

VIOLETA HERRERO

LA FUENTE
DE ORO



LA FUENTE DE ORO

Violeta Herrero

LA FUENTE DE ORO



Apellido y nombre del/los autor/es

Título del libro

1ª ed. – Salta: Editorial Hanne, 2008.

48 p.; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1264-34-6

1. Catalogación. I. Título

CDD 181.45

© Editorial Hanne – 2009

Alvarado 2049 – (4400) Salta – Rep. Argentina

Teléf. (0387) 422 9473

Correo electrónico: ymhanne@arnet.com.ar

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

Hecho el depósito de ley.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción de esta obra –en todo o en parte–
por cualquiera de las vías posibles, incluyendo fotocopia,
sin consentimiento previo de la editorial.

*"No sigas las huellas
de los antiguos.
Busca lo que ellos buscaron."
Poema japonés*

Introducción

Siwari casi no recordaba el día en que descubriera el Signo. Vagamente se le representaba que había sentido un breve dolor sobre su ceja derecha, ignorado al principio, y cómo había advertido –sólo varios días más tarde– que en el punto más alto de su arco superciliar acababa de despuntar lo que ella creyera un granito puntiagudo. Y también cómo, una semana después, en el mismo sitio sobre la ceja contraria, se había instalado otro igual.

Primero los rascó, sangró y apretó como al buen acné. Con el tiempo, hasta olvidó su primera rutina diaria de contemplarlos en el Espejo Blanco que colgaba en la parte más secreta de su dormitorio. Éste jamás le aclaró nada y Siwari cumplió, poco después, sus dieciséis años, con los pequeños promontorios de oro arraigados entre los sedosos y bien implantados pelitos de sus cejas.

Siwari está sentada sobre un tronco, mirando hacia el fuego. Éste crepita y crepita, rítmico y sin pudor, y presenta figuras y colores en permanente renovación. Su rostro se relaja mucho, los ojos parecen perforar más allá de lo visible. Cierta angustia incipiente pulsa cuerdas escondidas de su alma y dos lágrimas vacilan al borde de sus ojos. Los cierra y oprime con sus manos las sienes. Imágenes de tristeza se disuelven y, al dejar caer los brazos, despega los párpados nuevamente. Una sonrisa que no parece de este mundo le estira los labios hasta su máxima extensión y no siente temor cuando las llamas danzantes le devuelven dos ojos que sonríen. ¡Los ojos de su madre! El calor del amor materno coloniza su pecho y se abraza a sí misma, se levanta y gira alborozada, mientras por los alrededores retumba su “gracias, mamá”.

A veces le ocurre la magia del retorno...

Apaga el fuego cuando se desvanece la mirada maternal, permanece escrutando las cenizas perfumadas a resina y sólo entonces vuelve lentamente a casa. En ese momento no teme enfrentar al Espejo Blanco. Porque, ahora, éste le muestra una adolescente plena y tranquila.

“Tu mundo es el mundo que te procuras”, dice el Espejo, a su corazón, calladamente. Acaba de reconstituir su mundo, que muchas veces le tambalea desde hace un tiempo. “Es la adolescencia, no te aflijas”, le ha revelado su padre. “¿También es por la adolescencia que extraño a mami?”

Esa noche descubre, frente al Espejo, una leve luz color violeta que rodea su cuerpo, su cabeza... Nunca ha visto antes ese fenómeno. Mas no se asusta: presiente que es su mora-

da espiritual y que, si se encierra en ella, estará protegida. De pronto y sin previo aviso, la imagen de Voriel aparece en su mente y le sonríe. Tiene dos manchas rojas: una en la frente y otra en la mejilla. Contrastan con su boina, de color verde chillón. ¡Ay, Voriel! Siwari lanza una risita y se acuesta, su olfato impregnado del aromático olor de la pinaza, embebido de llovizna y tierra...

Voriel, a pocos kilómetros de allí, sigue pintando con el corazón fácil y el pincel liviano, ausente de los gritos y llantos de los chicos que su esposa no logra hacer dormir. Se rasca la frente; inadvertidamente deposita allí la tercera mancha roja y deja, también sin darse cuenta, mal puesta sobre la cabeza su boina chillona.

II

El aire estaba decididamente dorado. Ella extendió sus manos para tomarlo y él, dócil, permaneció esperándola. Unos pasos más allá, mamá tendía sábanas y toallones blancos. El silencio sólo resultaba cribado por los sonidos entrecortados de los insectos y los gorjeos de las aves entre las plantas del jardín.

Bucles de ese aire dorado se enredaban en los brazos de la pequeña, que se sentía cada vez más ligera y alada.

Desde el interior de la casona, la voz de Aló—i tronó con fuerza:

—Mamá, ¿dónde estás?

En ese preciso instante, Siwari comenzó a caminar por el aire, ¡no muy alto, no!, sólo un poco más arriba que las copas del aromo y la magnolia. Entretenida con los rizos envolventes del éter, poco caso hizo del disgusto de su hermano.

—Madre, ¿qué le pasa a Siwari? Dile que baje ahora mismo.

Mamá sonrió, silenciosa.

—¡Baja de inmediato, Siwari! —gritó su hermano mayor—. Van a creer que estás loca...

Siwari caminó aún un poco más y recién bajó, siendo suavemente depositada en tierra por una hojuela de aire sutil.

Aló—i corrió hacia ella. Su madre extendió un brazo:

—Déjala, por favor. Tu hermana es feliz así.

El muchachón de veinticinco años giró hacia la casa y abandonó a las dos mujeres.

—¿Cómo estuvo eso? —preguntó Gacela a la niña, tomada entre sus brazos, mientras seguía al chico.

—¡Muy bueno, mami! Muy bueno. ¿No quieres venir conmigo la próxima vez?

Mami rió encantada.

—Hace mucho que no practico. Pero cuando era niña, como tú, cada día me gustaba caminar por el cielo...

—¿Caminar por el cielo?

—¡Claro! Yo le decía así.

Habían llegado a la entrada trasera de su hogar, una antigua casona de piedras irregulares y grises. Madre apoyó a Siwari en el suelo y penetró por la añosa puerta de roble. La niña permaneció fuera y acarició algunas piedras de la pared. Las percibió cálidas y llenas de vida. Besó a una de ellas: “Hola, preciosa”, le susurró después, un tantico ceceosa.

Adentro, Aló—i se encontraba preparando su viaje. Al día siguiente partiría hacia una ciudad lejana, casi desconocida para Siwari: Adián. Pocos días atrás, el viajero había sentado a la pequeña sobre sus rodillas y le había contado que Adián era la capital del mundo, de los negocios y del dinero. Ante los ojos brillantes del joven, los cinco años inocentes de la hermanita interrogaron con mucha seguridad:

—¿Te gusta el dinero, Al?

—Sí, por supuesto.

—¿Y qué harás con él?

—Negocios, negocios, nenita. Voy a ser agente de bolsa—. Al decirlo, la pequeña tuvo la extraña sensación de que su hermano se había puesto más gordo. Entonces lo miró, asombrada, pero comprobó con alivio que no era así.

Todos ayudaron al vástago mayor ese día. Había muchas valijas que llenar y papeles que acomodar. Ya no era hora de consejos, pero papá y mamá aún dieron algunos, sabiendo en su interior que ya no tenían razón de ser. Hacía muchos años que el padre había comprendido el gran abismo que separa-

ba a su primogénito, en general, de toda la familia. “Sin embargo, está todo perfecto”, se dijo.

Cuando el tren a Adián se perdió a lo lejos, la mano de Siwari dejó de agitarse y sintió un pequeño desconocido vacío en el pecho, allí por donde el vestido lucía unos adornos de cinta. Miró a los adultos e incluso a Voriel, el hermano que seguía al mayor: también estaban silenciosos y reconcentrados. En ese momento, por ejemplo, Siwari no deseó caminar por el cielo.

III

Melisa había sido, hasta los ocho años de vida de Siwari, una osita rosada como corresponde: gorda y con cuatro patas. Dos ojillos fijos de plástico color castaño eternizaban su mirada algo boba; un moño azul hacía juego con su pollera de volados. Si bien Siwari no había resultado ser una niña muy precoz para hablar, sí lo había sido para mirar y sentir. Y en su corazón percibía muchas diferencias que la anonadaban. Los años transcurrían, no en vano, para ella: iba entendiendo aquellas diferencias, lo que, por cierto, no garantizaba que le agradara lo que veía.

Una mañana, correteando por el jardín pletórico de vida que ya conociéramos –el cual se juntaba, bueno es decirlo ahora, con un inmenso prado por detrás que se extendía hasta hermanarse con el mar, muy lejos–, Siwari se detuvo de repente frente a una planta de hojas verdinegras, cuajada de rojas flores brillantes y profundas como copas. Un colibrí vibraba entre ellas, introduciendo y sacando su pico fino de una de las flores. Contempló extasiada ese batir de alas un largo rato. De pronto miró a Melisa, que pendía a su lado sin piedad, escasamente agarrada por ella con su mano derecha.

La levantó y escrutó los ojos anodinos:

–¿Por qué no tienes alas, Melisa?

La interpelada siguió muda, aunque un rayo de sol –creemos– brilló en su mirada.

–Ahá. Quieres, ¿no?

Ésa fue la primera vez que la niña caminó por el aire dorado con la osita. La aplastó contra su pecho, consolándola con la promesa de unas alas.

—Voriel, ¿puedes pintarme unas alas plateadas así...? —dibujó en el aire lo pretendido. Bazul y su esposa miraron a la hija y, en seguida, al hijo, cesando la masticación de sus alimentos.

Voriel dejó el tenedor. Esta hermanita extraña siempre lo obligaba a replantearse la realidad.

—¿Y para qué las quieres?

—Tú hazlas... —replicó—. Ya verás.

El almuerzo prosiguió en armonía. Por su parte, el joven decidió cumplir rápidamente aquel encargo, sólo por la intensa curiosidad que había despertado en los comensales. Pero mientras se encontraba confeccionando unas etéreas alas de gasa, la comitente se acercó y sacudió su cabecita de oscuros rizos castaños:

—No, no... Así no... —se tapó la boca con los dedos y fijó en él sus bellos ojos almendrados—. Perdón, perdón, hermanito. Las necesito gruesas—. Observó el trabajo de Voriel con atención:

—El tamaño está muy bien, gracias.

Y salió corriendo, gozosa, a instalarse al lado de la pequeña fuente, donde la contemplación del agua, a esa hora del sol, le enseñaba muchas cosas.

La obra estuvo pronta un par de días después. Arrobadada y musitando su infantil agradecimiento mientras besaba sonoramente al autor, Siwari recibió las alas y corrió, escaleras arriba, hasta su habitación. Ésta tenía las paredes pintadas de amarillo, y las cortinas, de colores entremezclados en diseños de flores, en ese momento velaban el alto ventanal, permitiendo aún que la luz exterior bañara el recinto. Melisa descansaba sobre la colcha clara de la cama, inocente a todo proyecto para ella.

Madre metió su cabeza en la habitación varios minutos más tarde:

—¿Necesitas ayuda?

—No, no —saltó la niña, tapando con su cuerpo lo que estaba haciendo.

La adulta sonrió y la dejó sola. A la hora del té bajaron Siwari y Melisa. La osa lucía un espléndido par de alas de fuerte lienzo engomado, pintado de brillante plata. Mas, aunque todos aplaudieron la ocurrencia, ninguno de ellos —incluida la chiquita— vio jamás volar a Melisa.

—¿Qué hice mal, papá? —la pregunta, con voz entristecida, se oyó meses después.

Bazul le respondió algo muy misterioso:

—Nada hiciste mal. Sólo se trata de la naturaleza.

IV

Siwari estaba jugando con Melisa alada en el prado trasero, un día muy raro en el que, desde el amanecer, no se había sentido bien. Eran las vacaciones de invierno. Mientras advertía su nariz helada, vio venir a papá hacia ella. Él la tomó de la mano y, en tanto se acercaban a la casa, le fue explicando que mamá estaba muy enferma. Todo se puso negro para la niña y un ruido espantoso comenzó a percutir en su cerebro... una especie de aleteo desesperado y alevoso. Años después lo identificó porque muchas veces lo escucharía a partir de entonces: era la mariposa negra de sus miedos.

Así, presa de aturdimiento, con la visión oscurecida y Melisa fuertemente apretada contra su estómago, penetró en el dormitorio de sus padres. Gacela yacía con los ojos entrecerrados, pero estiró hacia ella su diestra, animándola a acercarse. Siwari la abrazó y pronto las lágrimas de las dos se confundieron. El médico de la familia, Bazul y Voriel, que acababa de llegar, se retiraron.

—¿Qué te pasa, mami? —juntó su oreja a la boca materna.

—Dios me llama, pequeña —pudo apenas murmurar—. Estaré muy bien, no llores —agregó con esfuerzo.

Siwari asintió y se quitó las lágrimas, lentamente, con una mano. Permaneció fascinada mirando el rostro de mamá, alegre ahora porque supo, de modo inexplicable, que la yacente no sentía más dolor. Tímida y dejando caer a la osa, le tomó con las dos manos una de las suyas y depositó sobre ella un beso. A sus espaldas escuchó nuevamente pasos que entraban haciendo crujir el maderamen del piso. Entonces hubo otro murmullo de la enferma, bajos ya sus párpados, y dándole un leve apretón con la mano:

–Busca... busca la Comarca del Aire Dorado... – dijo, o eso creyó entender la niña.

Los brazos de Voriel la apartaron lentamente del lecho y la apretaron con fuerza. Ninguno de los dos pudo evitar calientes lágrimas. La pequeña apoyó su carita en el hombro protector del hermano y durante largos minutos sólo mellaron el aire sonidos apagados y sin premura. Siwari levantó su rostro húmedo, con la frente llena de rizos pegoteados de pituita y llanto y miró hacia la cama: su madre estaba rodeada de luz, un campo de luz que se fue desprendiendo del cuerpo acostado, que tomó su forma y se detuvo, de pie, junto a la agonizante y que, ante la imprevista sonrisa de una Siwari atónita, le hizo un guiño y se elevó en la tarde, escabulléndose a través de la ventana cerrada. La infante, mientras se retrepaba en su posición de alzada, aguzó la mirada hasta que Mami Luminosa se confundió en el cielo con la luz declinante del ocaso. “Acaba de morir”, sentenció en aquel preciso segundo el médico.

Con la vista clavada en la niña que no se separaba del ataúd, la hermana mayor de Bazul intentaba razonar con éste.

–¿Podrás con ella...? Mira que es una chiquilla rara, igual o más rara de lo que era tu mujer –apuntó.

Bazul la miró y se dio cuenta, de pronto, de que los rígidos bigotes de su hermana le molestaban. Palmeó su mano, de todos modos:

–Quédate tranquila. Podré... espero.

Siwari tenía diez años y era probable que al principio le costara entender. ¿Entendería un niño que la muerte de su madre se hubiera debido a un infarto? ¿No era lo mismo eso que otra muerte cualquiera? ¿Sería capaz él de acompañarla hasta la juventud y, luego, a la región de la adultez? Entre-

tenido en tales elucubraciones, vio que la pequeña acariciaba las manos entrecruzadas, frías y translúcidas de su mujer. Una sonrisa delineaba los labios infantiles. La observó extrañado. La hija, tocada por esa mirada, giró hacia él y lo llamó.

—Papá, sentí aquí —se señaló el esternón— que mamá me decía: “Busca la Comarca del Aire Dorado”. Me gusta mucho lo que dijo, pero, ¿sabes lo que es?

Algo dubitativo, Bazul negó conocer ese lugar y apretó contra su costado, con un brazo resignado, a su hija. De veras era un poco rara, por suerte. Y mientras la conservaba contra sí, le vino a la memoria la ocasión en que Siwari naciera. Apenas producido el parto, Gacela le había confesado que no llegaría a conocer a Siwari grande. “Tú tendrás que cuidarla”, había agregado. Ahora aquel comentario adquiriría terrible significado.

Ciertamente, aunque nuestra amiguita recordaba con frecuencia y llena de paz el cuerpo luminoso de Gacela confundándose en el firmamento del atardecer y aunque no olvidaba la Comarca del Aire Dorado, la ausencia materna le causaba vacío. Demasiadas veces la extrañaba hasta un punto en que sentía que le faltaba el aire y se partía su corazón. Se le había vuelto normal caminar por el jardín y el prado, trepar a los árboles y al tejado de la casona cuando papá no la veía y quedarse allí refugiada, arrullándose con los piídos de los pájaros. Aló—i no había podido volver cuando la muerte de Gacela, y Voriel, al día siguiente del entierro, la había abrazado diciéndole “ánimo” y había regresado a Vonad, el cercano pueblo donde lo esperaban su mujer y sus pequeños mellizos. La casa le parecía demasiado solitaria mientras papá atendía a sus pacientes en el hospital, y ella pasaba

muchas horas con Ada, el ama de llaves que siempre había estado con la familia.

Habitualmente, cada vez que la perdía de vista, Ada salía a buscarla por el jardín. Se apenaba con el dolor infantil, aunque a veces se sorprendía de la fortaleza infantil. En ocasiones, sin embargo, Siwari no deseaba bajar del árbol de turno y la mujer volvía a la cocina para ver enfriarse, impotente, la taza de leche. Otras, la nena se encontraba al lado de la fuentecilla de mayólica y revolvía el agua, confesándole, alborozada: “Mami me está mirando desde la fuente”. Lo curioso era, entonces, que Siwari pasaba esa tarde y los días siguientes contenta y aliviada.

V

Fue tres años después de morir su madre. Esto lo recordaría siempre, pensaba ahora que iba caminando por una avenida ruidosa de la ciudad de Adián en busca de Aló-i. Había sentido entonces un dolorcito molesto en la frente y, al tocarse, había descubierto una cosa desagradable: bajo la luz del baño, el espejo le devolvió la imagen de un granito en erupción. Sorprendida y disgustada, indómita sensación de rechazo se difundió por toda ella. Nunca había tenido uno, pero sabía que le desagradaban en el rostro de otras personas. Se acordó de Yitas, el íntimo amigo de Voriel, quien en su juventud había tenido la cara y la espalda cubiertas de ellos. Un remezón de asco la empujó al comedor, donde se hallaba su padre leyendo un grueso volumen.

—Papá, papá, auxilio—. El hombre levantó sus ojos de la lectura, presto a alarmarse. Pero cuando escuchó la desgracia que vívidamente le fue relatada, se largó a reír. Así se desbloqueó Siwari, quien se plegó a la risa y se dispuso a escuchar a su padre.

—Ven aquí, quiero contarte algo—. La enganchó de un dedo y la tironeó tras sí hasta pararse frente a la biblioteca. Estuvo observando un rato entre los estantes y finalmente eligió un libro.

Sobre la mesa, lado a lado, durante los siguientes quince minutos la púber fue descubriendo, maravillada, un montón de figuras y, mientras el dedo sabio del médico le iba indicando sobre ellas lo que las palabras revelaban, Siwari fue cayendo de asombro en asombro al conocer el ciclo humano de la reproducción y, más aún, al darse cuenta de que, tal vez pronto, ella iniciaría su propio camino de maduración.

—Entonces, mi querida, este acné está indicando que en breve te habrás convertido en una mujercita...—. Ella masticó la frase, tomó su peso, mas igual agregó:

—¡Lástima que sean tan feos...!!!!

—Ven, Siw. Quiero darte algo — dijo su padre a continuación.

Al tiempo que hablaba, abrió la puerta de un armario del vestíbulo del piso superior y sacó una caja bastante plana. La fragancia de la madera inundó a la preadolescente; llena de fascinación, apoyó su mano sobre la tapa, queriendo abrirla. Su padre detuvo aquel movimiento:

—Espera. Debes conocer antes su historia...

—¡Rápido, padre! —interrumpió.

—Mamá y yo compramos esto unos días después de tu nacimiento; algún tiempo más tarde decidimos que te lo regalaríamos cuando fueras jovencita — ¿Siwari sólo lo creyó o la voz de su padre vaciló una décima?— y hoy me toca hacerlo solo, sin ella.

Siwari le apretó las manos, sonriendo. Bazul abrió la caja y extrajo de su interior un espejo brillante. La chica se observó en él y reconoció que la reflejaba tal cual ella se conocía. De inmediato se sintió atraída por aquella alma de azogue. Era ovalado, medía ochenta centímetros de alto y su marco era de marfil delicadamente tallado.

—Te lo regalo, hija. ¡Pero tienes que aprender a tratar con este espejo!

Ella lo miró, inquisitiva.

—Al principio, te molestará tu imagen con granitos frente a él porque es muy fiel. Mamá y yo lo usamos un tiempo y aprendimos a conocer sus virtudes. Por eso es que finalmente lo guardamos y decidimos regalártelo.

Mientras ella acariciaba apreciativamente el marco claro, Bazul agregó:

–Este espejo habla...

La mano de Siwari quedó en el aire. Fijó los ojos en el espejo y luego en su padre. Repitió la acción. Por fin:

–¿Habla?...

–Habla. No con la voz que tenía el de la madrastra de Blancanieves. La voz de éste sólo sonará en tu corazón cuando aprendas a escucharlo. Con el tiempo, te darás cuenta de que es sincero, de que te permite conocerte por dentro (mientras refleja tu imagen externa); entonces escucharás su voz.

Momentáneamente olvidada del acné y sin terminar de entender la enseñanza paterna, Siw tomó el regalo y penetró en su alcoba con papá pisándole los talones. Se detuvo en seco con su preciosa carga y analizó críticamente todas las paredes hasta elegir el sitio que ocuparía para siempre: pegado a la ventana, de modo que la ancha cortina pudiera mantenerlo habitualmente cubierto.

–Será mi amigo secreto, papá. ¡Gracias! Lo llamaré Espejo Blanco.

Bazul la dejó a solas, resbalándole una caricia por la nuca antes de volver a su lectura en la planta baja.

Pocos años más tarde, para cuando aquel problema de su piel pubescente la abandonó, Siw atinó a comprobar dos cosas: había aprendido a escuchar la voz del espejo en su pecho y había aprendido que esa voz se llama intuición.

VI

Desde su niñez –al menos es lo que podía recordar– Belajo había sido un niño solitario. Criado por una sobria tía abuela, vieja y estirada, rígidamente victoriana y semisorda, había gozado de grandes carencias sentimentales, pues aunque Odelia (que así se llamaba) sin duda lo había amado, siempre había desconocido los secretos de la ternura. Cuando él, observando a su alrededor con inteligencia dolida y penetrante, comenzó a formularse su origen y le preguntó por ello, Odelia le contestó, de una vez y para siempre, que su padre (sobrino de ella) había sido un bohemio sin habilidades financieras, que había dilapidado la fortuna familiar y abandonado este mundo, sin pena ni gloria, cuando Belajo tenía meses; y que su madre, “una pobre niña demasiado débil física y espiritualmente”, había quedado muerta en su parto. A los siete años, esta respuesta lo dejó más inquieto e incierto que nunca, pero jamás se atrevió a despegar sus labios, de nuevo, sobre el punto.

De la tía Odelia recibió, no obstante, la posibilidad de sentir placer ante la sola idea de la lectura. La adusta parienta supo facilitarle el acceso a la biblioteca de su propio padre, llena de magníficos volúmenes de filosofía, teología, historia, poesía y teatro. Y allí donde no pudo sentir las caricias que todos los humanos necesitan para crecer sanos, alcanzó a imaginarlas y formó su propio mundo de ilusión. Al morir su tía abuela Odelia, él ya era un afamado y joven profesor universitario, lleno de teorías propias y fuente de constantes novedades e inquietud.

Aunque al ayudar a acomodar a su tía en el ataúd percibió un rancio olor que no supo a qué atribuir y le produjo des-

agrado, se sintió feliz cuando el escribano de la familia le comunicó que era el único heredero y que se le había dejado un legado interesante. Con ese dinero salió a correr aventuras, un poco desparpajado porque el mundo exterior era mucho más tentador que su mundo interno y él adolecía de falta de frenos, o porque tal vez lo desbordaba, de pronto y sin Odelia a la vista, el exceso de libertad. La cosa es que despilfarró la pequeña fortuna y se trajo, de regreso, una esposa demasiado joven y algo bobalicona para compartir su magro sueldo docente.

Cierta noche, al volver a casa, descubrió que la mujercita se había ido, harta de pasar necesidades. “Te dejo al niño”, explicaba una escueta nota. “Hasta tu regreso del trabajo lo cuidará la señora Denn”. En ese momento en que todos sus estudios filosóficos no le alcanzaban para entender la fractura que acababa de instalarse en su corazón, sonó el timbre y el bebé pasó desde los brazos de la hosca señora Denn a los rígidos y desconcertados de él.

Su espíritu osciló entre la tierra y el infierno durante mucho tiempo. Una noche de especial tristeza, dormido ya el niño en su cuarto, Belajo contemplaba el fuego mientras bebía un whisky sin hielo. Esperaba que cada sorbo lo aliviara. De pronto las llamas parecieron dejar de crepitar y se hizo un silencio de aquellos que hacen que las buenas gentes murmuren “Pasó un ángel”. Una voz vino a su cerebro desde su corazón y le dijo: “Dentro de un tiempo encontrarás a una niña. Lleva el Brillo Dorado. Es diferente. Le enseñarás todo lo bueno que hasta entonces hayas aprendido”.

El siguiente sorbo de alcohol fue de nuevo acompañado por el ritmo envolvente de las llamas, llenas de pequeños estallidos. Belajo corrió al dormitorio de su hijo y verificó que estuviera durmiendo. Tocó su frente fresca y lo besó. Regresó cavilando al living....

El mensaje de esa noche atípica tuvo la virtud de cambiar su enfoque existencial: olvidó a la que había partido y comenzó a esperar a la que debía llegar. Pasaron años y cosas, aguas tumultuosas y extrañas mesetas de paz...

Un día... un negro día arribó a sus playas cierta barca trayéndole la muerte de su joven hijo y el dolor clavó una estaca en su voz: todas las montañas del mundo temblaron ante su rugido...

Pese a todo, después de un tiempo logró volver a abrir los ojos. Y vio. Vio a una niña que correteaba por los senderos floridos del parque público de La-Bé-Rhin. Muchos niños solían hacerlo. Era un sitio precioso, pleno de colores cambiantes y mágicos, flores, hojas doradas en otoño y pequeñas fuentes cantantes diseminadas aquí y allá. En este banco en el que aquel día descubriera a Siwari, siempre había permanecido solo. Quizás la tristeza se le notara demasiado. Quizás los adultos y los niños temieran a una persona que llevaba ropa tan holgada y desaliñada. Por motivos ignotos, las personas solían pasar caminando frente a él sin siquiera destinarle una mirada. Aquel día, sin embargo, la pequeña pasó saltando a la piola de ida y vuelta, observándolo cada vez. Varias pasadas después, Belajo le sonrió y Siwari se acercó sin miedo, enrollando diestramente la soga con las manos.

—¡Hola! —exclamó la pequeña. De sus ojos increíbles, almendrados y no muy grandes, emanaba un especial resplandor. “¡El Brillo Dorado!”, pensó el linyera con un vuelco de su músculo cardíaco. Se agitó.

—¿Por qué tienes esa luz? —interrogó ella.

—¿Luz? —ahora tocó a Belajo sorprenderse.

—Sí, sí. ¡Mira! Te sale de todo el cuerpo—. Con su mano libre hizo un gesto que envolvió su perímetro corporal.

Aquella tarde sólo conversaron dos minutos, pues Gacela venía por atrás para llevársela. Si ésta se sorprendió del interlocutor de su hija, fue suficientemente educada como para no mencionarlo. Lo saludó con una inclinación de cabeza y dio la mano dulcemente a Siwari, que partió risueña y agitando los dedos de la que le quedaba libre, en señal de despedida.

VII

Desde que le aparecieran los puntitos dorados en las cejas, que bautizara “puntini” (ningún médico consultado por papá y por ella, inclusive en Adián, había podido salir de su perplejidad —y hasta uno hubo que, de su aprensión—), Siwari había aprendido que algunos días se sentía más feliz, y otros, más melancólica.

Hoy era, precisamente, una de esas jornadas de grisura que no le gustaban. Había amanecido percibiéndose extraña, inquieta; su profesora de francés lo había notado, a tal punto que en un momento le pidió mirarla y vio sombras removiéndose en el fondo de sus ojos adolescentes. Tras empalidecer, no la molestó más durante el resto de la clase.

Hacia mediodía, Siwari no pudo probar bocado, alarmando a la buena Ada, que sabía de su excelente apetito habitual. Ni siquiera le volvió la serenidad paseando por el parque. Es más: se sintió frustrada por no encontrar a Belajo donde siempre. Sin embargo, se sentó en su banco y empezó a llorar en silencioso desconsuelo. Hasta la brisa disminuyó su ritmo al contemplarla...

Cuando su único pañuelo de tela quedó impregnado de melancolía y restos de nariz, se levantó con lentitud y caminó a casa.

—¡Hija! ¿Dónde estabas?— increpó Ada revoleando sus manos y señalando hacia la mesa, donde una gruesa capa de nata coronaba la taza de leche ya fría y donde las tostadas tampoco crujían como horas antes.

—Por ahí...—. Pasó de largo y encendió el televisor. Inesperadas imágenes de guerra en Lhijab le revolvieron de nuevo una tristeza de idénticas características a la que había sufri-

do desde el amanecer. Silenciosas lágrimas, nuevas, ya sin espasmo, rodaron a lo largo de su rostro y cuello, enjugándose en el borde del suéter morado.

Llegó el anochecer y a Siwari aún le dolían latidos en sus “puntini” y un gran cansancio entre las costillas. “Cansada como tú, padre Sísifo”, se dijo. Abrió la puerta del fondo y la impactó la luna casi llena que completaba y enaltecía con su brillo la noche calma.

Casi sin advertirlo, levitó de pie, suavemente, y permaneció erguida por sobre el aroma... Miró indecisa alrededor y enseguida sintió que un inmenso pájaro o una isla sumergida parecían surgir de su garganta, de pronto irremisiblemente abierta... Compelida por el cataclismo, caminó hacia un borde del tejado oscuro de su casa y allí se sentó, en el mismo momento que la voz le brotaba con tanta fuerza, que en elegíaca canción quemó sus penas, los odios de la guerra y las incomprensiones humanas que todavía daban vueltas por la tierra, desgarrando a las personas...

Estatua de plata, cantó y cantó hasta disminuir la intensidad en forma tan gradual que, al darse cuenta de lo sucedido, la joven se vio sorprendida porque poseía una dúctil voz y la capacidad de dominarla. Bajó del techo hábilmente, valiéndose de la vieja enredadera que abrazaba la pared.

Antes de acostarse, Espejo Blanco –creyó– le hizo un guiño; sólo entonces descubrió Siwari un extraño brillo dorado en sus ojos. Y también descubrió que, luego de cantar, su corazón había vuelto a reposar, libre de inquietud.

VIII

Bazul y Gacela daban vueltas por la cocina. Que, como toda cocina de casa antigua, poseía techos altos y paredes y pisos de piedra extrañamente cálidos. Sobre uno de los muros relumbraban algunos cacharros de cobre, siempre brillantes. Uno de ellos, especialmente, era muy panzudo y atraía a Siwari a presentarle morisquetas para generar un reflejo desmesurado y deforme.

Cuando era aún muy bajita, solía arrastrar un banco sólido hasta colocarlo frente a la olla y, trepándose, jugar frente al improvisado espejo cobrizo. Levantaba los brazos y los agitaba en actitud de vuelo, movía sus dedos, desbordaba los ojos y ensayaba sonrisas... En una ocasión, el “piloto” calculó mal el espacio y dio tal empujón con los brazos al utensilio, que lo precipitó escandalosamente sobre las piedras atónitas del piso.

Mientras el ruido ensordecía sin piedad a Gacela, que trajinaba entre las cacerolas puestas al fuego, la sorpresa y el temor paralizaron a la autora sobre su banquito. Sólo a tiempo de llegar Bazul corriendo, la niña pudo dar un brinco y huir a refugiarse bajo su cama. Como no bajaba, debieron subir a rescatarla, con lágrimas y otras cosas untadas por el rostro y el cabello tapizado de pelusas delatorias.

Hoy, Gacela deseaba contarle algo a su marido y se había detenido a mirar el fondo brillante del famoso objeto colgado en la cocina, buscando, probablemente, conexiones entre aquel acontecimiento de años atrás y lo que ahora quería decir.

—¿Sabes, Bazul?— el hombre la miró mientras la ayudaba sacando platos y apilándolos sobre la mesada de piedra—.

Esta mañana algunas mamás acompañamos a la señorita del Jardín de Infantes al parque. Los niños tenían programado un picnic para después de la sesión “dibujo”.

Bazul, interesado, disminuyó el ritmo con que se hallaba repasando la vajilla en aquel momento.

—Diona, por ejemplo, eligió pintar la glorieta de campanillas; Marú, la fachada de la iglesia... Un poco más allá, Sáfel se arrodilló sobre el césped para mirar, a su propia altura, una flor encarnada que quería pintar...—Gacela se rió y dio vida a una digresión—. ¡Pobre madre! Trabajo va a costarle sacar ese verde rebelde de las rodillas...

Bazul dejó el repasador y se acercó sonriente a su querida Gacela. La tomó por los hombros, mirándola dentro de sus ojos de profundo color calipso... —¿Y nuestra Siw? —no se impacientó: su mujer siempre resultaba deliciosa.

—Siw —reaccionó ella— encontró un árbol, aquel viejo árbol que siempre nos parábamos a observar cuando ella estaba aquí —se tocó la panza—. ¿Recuerdas que se movía?... —ambos hicieron breve memoria. La esposa continuó: —El árbol del dibujo era añoso, tenía ojos bondadosos y ojeras pronunciadas... ¡y sonreía!

—¡Qué lindo! —manifestó el hombre, sin percibir en realidad lo novedoso del caso, porque ambos estaban acostumbrados a la visión risueña de Siwari sobre el mundo. Entonces Gacela agregó:

—Luego se sentó contra el tronco, que realmente pareció adaptarse a ella como un sillón y... ¡hasta abrazarla!

Al registrar la sorpresa del rostro masculino, Gacela aclaró:

—Sólo parecía...—y se perdió dentro de sí misma, recordando cómo Siwari, sentada entre las raíces externas de aquel árbol, había entrecerrado los ojos, como quien escucha, plácida, la revelación de secretos demasiado secretos. Cuando

llegó el momento de partir y ella la llamó, con total naturalidad la pequeña se levantó, sacudió las hojas prendidas a su ropa y dio un beso al tronco, musitando “hasta pronto”...

IX

La joven caminaba lentamente por el parque. Había tenido una mañana dura, las lecciones habían sido aburridas y se había sentido hostil hacia los profesores. Después de almorzar, anunció a papá que saldría a pasear.

Era otoño y los caminillos entre los árboles estaban teñidos de hojas doradas y rojizas. La brisa cristalina le agitaba el largo cabello castaño, deshaciendo sus rizos, y la luz de ese sol de siesta deslumbraba su visión. Mientras pasaba frente al banco que habitualmente ocupaba su amigo Belajo, brotóle una sonrisa inesperada y recobró toda su alegría. El sabio linyera estaba allí otra vez.

—Siéntate —pidió el hombre con bríos. Siwari se ubicó junto a él.

—Hola —dijo en tono simple. Con su amigo filósofo las cosas eran siempre extremadamente sencillas.

—¿Qué haces? —preguntó la adolescente. Antes de contestar, el viejo miró, atento, las juveniles cejas bien delineadas. “Hmmm”, farfulló y procedió a sacar de su bolsillo dos dedos de metal. Levantó su mano y los hizo rodar entre los dedos, a la luz solar. Picada en su curiosidad, con una risa espontánea Siwari los manoteó.

—¿Qué son? —fascinada, giraba en su palma los dos adminículos, uno blanco y otro negro.

—Yin y yang —ni una palabra más.

Siw miró hacia los bolsillos del linyera. Belajo portaba siempre un blazer muy holgado (antes había sido gordo), provisto de enormes bolsillones. Adentro podía encontrarse cualquier cosa: un salero con sal o sin ella, una vieja cartita de amor, un chocolate (o su papel vacío)... ¡Hasta un testa-

mento verdadero! Siwari lo sabía. Conocía a su amigo desde mucho tiempo atrás pero siempre se maravillaba de aquel contenido mágico.

—¿Para qué sirven? —demandó, risueña e interesada, probándoselos en los dedos.

—Sirven para lo que quieras —fue la enigmática respuesta, mientras el autor fijaba su mirada en el interior vacío de uno de ellos—. Aquí veo —continuó, rompiendo el misterio— un mar proceloso y una pequeña barca al garete.... ¡Ay, ay, ay! ¡Parece que va a naufragar!... ¡Ffff!... pero no... Ha sobrevivido a la tormenta... —los ojos de Siw se habían agrandado y el silencio le secaba la boca.

—... Nunca debes tener miedo —sentenció mirándola, como enganchado en una conversación entre sordos. En ese exacto instante, la adolescente cobró conciencia del temor que había sentido. Prosiguió el filósofo:

—El miedo es animal y tú eres humana. No dejes que te tome; el miedo nos empuja a introducirnos por caminos indebidos y a hacer tantas tonteras, que luego no podemos con ellas...

—¿Tú también tienes miedo? —interrogó la jovencita, interesada.

—Ya no, amiguita, ya no.

Sólo entonces Siwari cayó en cuenta las profundas arrugas y el blanquísimo cabello de Belajo.

—¿Cuántos años tienes?

Silencio. Otro intento:

—¿De dónde vienes, Belajo?

Él la miró en aquel momento y la piedad suavizó sus pupilas:

—Del mismo sitio que tú, creo... —y sumió los ojos en las profundidades del dedal negro—. Toma —dijo entregando el blanco a su interlocutora—. Te lo regalo: él siempre te recor-

dará que no debes ser temerosa y que, en verdad, lo único importante es no de dónde venimos sino a dónde vamos...

Ella tardó en responder y lo hizo vacilando:

—¿Cuando tú ya no estés...?

—Sí —musitó el linyera, levantándose y emprendiendo el camino, entre el crujido de las hojas pisadas— ... Cuando yo ya no esté...

Siwari retornó del paseo como un renuevo. Maravillada y curiosa, como correspondía luego de cada encuentro con aquel personaje legendario. Tal vez lo mejor fuera que nadie parecía conocerlo, sólo ella lo veía e, increíblemente, siempre lo hallaba cuando sus aguas interiores se debatían en inestabilidad. El resultado, cada vez que compartía momentos con él, solía ser igual de bueno: su corazón se henchía de gozo, de sueños.

Al llegar a casa, papá ya había partido. Sonrió mientras corría hacia el jardín—prado del fondo. Ada brillaba por su ausencia: a esa hora, andaría por el décimo ronquido de su siesta. Intensificó la carrera y de pronto se lanzó a caminar por encima de los árboles. ¡Sin miedo!

Terminó suavemente, rozando, al descender, sólo unas alegrías del hogar que formaban matas detrás de la fuente. ¡Qué felicidad! ¡Qué sensación de fiesta! De pronto, se dio cuenta: era la primera vez, en meses, que caminaba por el aire.

—Querido amigo —dijo antes de irse a dormir, de pie frente al aludido—, acabo de descubrir que sólo puedo aceptar ese primer miedo de autoprotección y dejarlo en cuanto me haya prevenido. Los otros no sirven...

Espejo Blanco le devolvió en el acto una mirada esplendorosa: sus puntitos de oro se insinuaban ahora un poco más y parecía que de los pies le salían raíces. En su corazón, allí mismo donde moran las intuiciones y los ensueños, el Espejo le sopló que todo en su mundo estaba otra vez bien.

X

Gacela y Bazul comprobaron muy pronto que su hijita era una niña especial. Dejando de lado que las personas “especiales” (o espirituales, cual se prefiera) suelen ser vulnerables y propensas al sufrimiento, encontraron que aquella cualidad podía también ser fuente de dicha. El desafío para ellos, padres en un mundo crecientemente complejo, quedaría planteado en el tipo de educación que eligieran para Siwari y fue por ese sencillo motivo que decidieron permitir la libre salida de su modo de ser. Con el tiempo, fueron conociendo que, aunque era una criatura inquieta y movediza, resultaba de un humor bastante parejo, a veces dócil, a veces cuestionadora, siempre libérrima en la naturaleza donde ellos la dejaban crecer.

Pocos noes paternos jalonaron la infancia de Siwari, pues no fue externamente rebelde y solía aceptar de buen grado las indicaciones adultas. Sin duda, el natural bondadoso e igualitario de sus progenitores marcó en ella similar tendencia.

Siwari tenía dos breves años cuando, durante un paseo con papá y mamá por una avenida de Adián, la pequeña liberó sus manitas y caminó hacia la copa de un árbol solitario que terminaba en una solitaria flor. Los grandes se quedaron de una pieza y tardaron en apremiarla para que volviera. Ella bajó en sentido vertical, portando entre sus dedos la flor arrancada, y se ubicó de nuevo entre los atónitos padres, no sin antes regalar a Gacela la flor, untada de sonrisas.

—Mi vida —musitó mamá inclinándose y mirando su carita—. Siempre es mejor que no arranques las flores.

—Pero, mamá... —protestó—. ¿No ves que está solita?

Recién entonces el matrimonio registró el entorno, si bien, pese a que numerosas personas caminaban presurosas por allí, nadie parecía haber advertido lo sucedido.

—¿Qué experimentaste al verla? —preguntó Bazul a Gacela antes de beber su té, pocas horas luego del hecho.

La esposa rió: —Primero me asusté, pero después pensé: ¿de qué asombrarme? ¿No es esto casi natural en ella? —miró de hito en hito, profunda, los ojos de Bazul: —¿Recuerdas que cuando la poníamos en el moisés para dormir y no quería dormir... levitaba?—. Bazul asintió.

—¿Cómo lograremos que no parezca un bichito raro en la escuela o con sus amigos? —se preguntó el médico, de pronto, en voz alta. No ignoraba que el estado evolutivo era diferente en cada ser humano.

Dado que ninguno de los dos tuvo respuesta en ese momento, la vida se encargó de dársela. Descubrieron que Siwari, como impregnada de un pudor natural, sólo se elevaba por el aire —caminando o no— cuando se hallaba sola o entre familiares. Una única vez se le escapó caminar así frente a Diona, compañerita muy querida que había ido a visitarla en su noveno cumpleaños.

Gacela, entretenida mientras colocaba cortinas nuevas en el living, escuchó enloquecidos gritos infantiles en el jardín y corrió hacia allí, dejando caer los paños. Al abrir la puerta de la cocina, Dione casi la tiró al suelo, por el impacto de su carrera. Venía colorada, con los ojos grotescamente abiertos y los cabellos literalmente parados. Gritaba incoherencias mientras revolvía sus brazos en el aire como aspas de ventilador. Gacela la abrazó fuertemente, y por sobre su hombro convulso miró hacia el fondo del prado: Siw se hallaba parada con los pies juntos y los brazos unidos en la espalda. Sus ojos

relampagueaban felices, no logrando componer una postura de arrepentimiento. A esa distancia, el corto vestido amarillo parecía tan iluminado, que Gacela musitó para sí “ay, Dios mío”, mientras apretaba más aún a Diona contra su pecho.

Después de calmar a la aterrada visita y hacerle beber un vaso de agua azucarada, a pedido de la niña Gacela telefonó a su madre para que pasara a recogerla. Siwari intentó entrar en la cocina, pero su amiguita revivió el terror que la había desbordado antes y Gacela le pidió que esperara en el jardín.

La cara de la madre de Diona se mimetizó de inmediato con la de ésta y, alzándola como si fuera un bebé, la introdujo en el coche estacionado, aún en marcha. Sin entender lo que ocurría –pero murmurando entre labios– aceleró, quitando a Diona para siempre de la vista de esa familia.

Al volver de sus tareas escolares al día siguiente, en voz baja Siwari comentó, alrededor de la mesa del almuerzo, que Diona ya no iría a su colegio.

–Me he quedado sin compañera de banco –fue su corolario.

Gacela, que nada le había preguntado la tarde anterior (¿para qué?), relató en forma concisa y sin emociones la escena del día previo. Voriel la miró y, mordiéndose las comisuras de una sonrisa autofrustrada, con mal lograda seriedad demandó:

–¿Qué le hiciste?

–Nada –tardó la aludida en responder y cerró los ojos para revivir el hecho que, suponía, la había asustado–. Había un grupo de mariposas de colores justo por arriba del chorro de nuestra fuente y quise estar entre ellas... –A tiempo que sus ojos rientes se posaban sobre el plato de comida intocada, tres pares de ojos adultos tuvieron, a más altura, un divertido

encuentro. Sólo Aló—i apretó ceñudamente los puños, sin que pudieran entender lo que farfulló entre dientes.

Bazul cerró el incidente frente a la tacita de café posterior, compartida a solas con su esposa, con este comentario: —Extraña criatura esa pequeña Diona. ¿Dónde está su fantasía?

La pérdida de la amiguita no afectó demasiado a la paseante aérea. Por su parte, Diona no fue socialmente creída y, aunque no se la trató de “loca” por el relato que hiciera público acerca de lo acontecido en la casa de aquella familia “chiflada”, la adocenada sociedad de La-Bé-Rhin simplemente entendió que, a su edad, los niños tienden a fabular...

XI

En el delicioso espacio que separa el crepúsculo de la aurora, Siwari encontró a las hilanderas de la noche. La tarde previa, ella había encendido un fuego en el bosque lindero de su prado y convocado al espíritu de Gacela. Tras largo rato, aquél no se había hecho presente. “Justo hoy, que la necesitaba tanto”, se dijo volviendo a casa entre colchones dorados de hojas caídas que sus pasos dispersaron con displicencia. Había regresado a su dormitorio y, tomando un rosario que perteneciera a su madre, había orado mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas claras. Embargada de emoción, la campanilla telefónica la sobresaltó: papá anunciaba que no podría venir a cenar.

Tal noticia acentuó la sensación de soledad; marcó el número de Voriel quien, entre los ruidos y sonidos propios de adolescentes bulliciosos hacia el final del día, tampoco logró calmar su sensación.

Sintió punzadas, al mismo tiempo, en los sitios privilegiados de sus hermosas cejas castañas. El espejo del baño le devolvió la imagen de aquellos cuernecillos dorados mucho más brillantes que de habitual. Y aunque a veces no quería enfrentar a Espejo Blanco porque le susurraba cosas, hizo de tripas corazón y descorrió la cortina que lo ocultaba. “Hola, aquí estoy finalmente”. Se plantó frente a la superficie brillante y esperó. Esperó. Siguió esperando largos minutos inútilmente. Al comprobar que el desasosiego se le estancaba en los pulmones y la garganta, lo cubrió de nuevo y salió, desilusionada a más no poder.

La luna se metía escandalosamente en la cocina a través de los limpios, rigurosamente limpios, cristales de las ventanas, y coreografiaba un extraño concierto de chispas sobre los cacharros de cobre que colgaban sobre la pared opuesta... Ello la inspiró a salir y el sonido de los goznes de la puerta exterior le recordó a un castillo donde había vivido. ¡Se sorprendió del recuerdo! Hasta donde su memoria alcanzaba, toda su existencia había habitado esta vieja mansión... A Siwari, sin embargo, nimiedades de esa clase no la perturbaban por lo general.

Bebió el frescor de la luna y se le puso la piel de gallina. Se sintió desabrigada pero creció en ella el deseo de caminar por el aire... Se elevó hacia la izquierda en alarde de versatilidad, dado que su preferencia solía inclinarla hacia el lado contrario.

Llevada por la voluntad de la brisa refrescante, se internó por sobre los árboles del bosquecillo que, esta misma tarde, no había querido devolverle a mamá. Por algún motivo, el espacio se percibía inundado de olor a bayas, a rosas y a eucaliptos. Siwari amaba especialmente un claro que existía más allá del círculo de los chopos blancos e impulsó sus hombros fuertes pero delicados hasta dicho sitio; ya en el lugar, descendió con suavidad, se sentó en posición de loto y comenzó a tararear una canción infantil.

Leve sacudón la despertó y dio un respingo: una mujer, muy parecida a mamá, se encontraba inclinada sobre ella, mirándola con ternura.

—¿Mamá? —dijo a tiempo que se incorporaba, ágil y ahora plena de espíritu.

—No. Ven conmigo —la desconocida le dio la mano y ambas se elevaron y volaron mucho más lejos, hasta un acantilado donde las olas rompían en infinitos cristales transidos de diamantes lunares. Sobre una de las rocas se encontraban

varias mujeres semejantes a ésta, de edades indefinidas, cada una provista de un huso y trabajando, mientras todas vocalizaban melodías celestiales...

Siwari abrió tanto sus ojos de almendra, que se le pusieron redondos... ¿Quiénes serían?, atinó superficialmente a preguntarse.

—Somos las hilanderas de la noche —respondió su compañera, sorprendiéndola una vez más—. Nos enviaron a calmar tu tristeza y hemos venido a ayudarte a tejer nuevos sueños y expectativas. Sabemos que a veces te sientes sola y fuimos enviadas a decirte que debes tener fuerza. Inspira este aire benéfico. Llénate de él, para que la Naturaleza te alimente. Ella respira junto a ti, junto a todos sus seres. Armonízate con ella cada vez que tus cosas tambaleen...

Siwari volvió a mirarla con los ojos nuevamente de su tamaño.

—¿Dónde vivís vosotras? —alcanzó a demandar.

—Por todas partes. Somos hadas.

—¿Hadas?

—Hadas. Trenzamos las oraciones sinceras de las personas y las llevamos por doquiera, a pedido de los Seres Superiores. Trenzamos las fibras del corazón humano con alegría y espíritu de fuego, cuando flaquea...

—¿Cómo sabéis quién...?

—Nos mandan.

Ambas se acercaron al grupo y la joven aprovechó para pararse sobre el borde del risco y sentir su plenitud, henchiendo sus pulmones de viento y sal.

—Toma —le dijo una de las hilanderas alcanzándole un vestido translúcido y leve, a tiempo que cesaban sus voces. En ese íntimo y sobrecogedor, a la vez, silencio, ella se calzó la prenda y vio el mundo con otros ojos. Cerró los suyos y, al abrirlos nuevamente, sólo quedaban los husos sobre la tie-

rra. Una extraña somnolencia le relajó el cuerpo y se elevó caminando, sola, de vuelta a su jardín.

Al día siguiente despertó encantada. Tomó sus libros y corrió a la facultad dispuesta a llenarse de conocimientos. ¿Había sido un sueño? No le interesaba: estaba tan serena que podía sentir el murmullo cósmico de los seres de la naturaleza. Se sintió una con ellos y miró, a lo lejos, toda la maravilla creada que pudo entrar en su campo visual...

Por el otro extremo del sendero que conducía a su aula, venía Candia, uno de sus compañeros más queridos.

—Buen día, Siwari —la miró; dudó; finalmente le preguntó: —¿Qué tienen tu rostro y tu cabello?

—¿...? —pasando su mano libre de libros por las zonas indicadas.

—Siwari, ¡están brillando! Hay como... ¡estrellas en ellos...!

Lo bueno de Candia es que nada lo sorprendía tanto que no pudiera, como ahora mismo, romper en una risa fresca.

XII

Iban saltando por un sendero del parque. Siwari, enlazada del brazo de su amiga Tarquinia, se expandía vocalizando una antigua canción hindú que, años antes, le enseñara su amigo Belajo. Como Tarquinia la desconocía, sólo podía prolongar con su voz las últimas sílabas de cada verso, y el dulce eco producido las iba envolviendo en madejas de aire dorado. Los pocos paseantes de esa hora se apartaron, por turno, para dejarlas pasar, no sin fruncir la nariz en ese característico mohín de los corazones dogmáticos.

Acezando, las chicas cayeron de rodillas sobre un recorte de césped aterciopelado, a la vera del caminito, riendo en medio de su falta de aire. Tras un par de largos minutos, comenzó a normalizárseles la respiración.

—¿No tienes hambre? —Siwari, aludida, meneó afirmativamente la cabeza. Un impulso unánime puso en pie a las dos amigas y corrieron hacia el coqueto kiosquito, el mismo adonde sus padres las llevaban a comprar globos y pochoclos durante la niñez. Ahora, desplazando la belleza de los recuerdos, ambas pidieron sendos sandwiches y gaseosas y se sentaron en un banco cercano, cuya piedra estaba tibia de sol otoñal.

—¿Esto hace engordar, Siw? —preguntó Tarquinia, dando un gigantesco mordisco a la prenda recién adquirida.

—¡Por supuesto!— respondió aquélla a tiempo que con dos dedos impúdicos tomaba un rollito de carne de su cintura y lo agitaba en dirección a su compañera.

Estallaron de nuevo en risa.

—¿Qué vas a estudiar, amiga?— Tarquinia iba ya por el último bocado.

—Medicina, creo... No sé si por papá o por mí misma...—fijó sus ojos gatunos en el cielo diáfano, allá muy lejos—. Me atrae la posibilidad de ayudar a los que sufren... ¡Pero me aterra la sangre! —empalideció un tanto y devolvió la curiosidad— ¿Y tú?

—Letras. Estoy muy decidida. Quiero leer y leer y morir leyendo...—Siwari rió francamente: Tarquinia escribía, además, cosas bellísimas.

—¡Vamos! —determinó de repente la futura médica—. Quiero mostrarte algo...

La condujo hasta el costado del parque donde se encontraba el Árbol Sabio. O eso era lo que ella creía, porque... ¡en su lugar no había nada! Se paró de golpe, para sorpresa de Tarquinia. Una vez más, los ojos almendrados se pusieron como dos monedas... —¿Y mi Árbol...? —preguntó a nadie.

—¿Tu árbol? —repitió la compañera.

Sin responder, comenzó a mirar alrededor del sitio, donde el Sabio había estado arraigado los últimos cincuenta años (según le habían contado). Los detalles circundantes eran los de siempre: las mismas plantas, los antiguos senderos de grava, algunos pequeños bancos de mármol...

Desconcertada, caminó por el lugar y, sin entender lo que sucedía, cayó en el césped mientras un par de gruesas lágrimas anclaban en sus ojos y se negaban a caer. Tarquinia se arrodilló frente a Siwari y se los escrutó: menuda sorpresa la suya al percibir un suave brillo dorado. Nada le dijo, a fin de no sacudir más a su amiga, y tuvo a bien permanecer muda.

Después dirigieron un interrogatorio a los guardaparques, pero ninguno de ellos pudo darles noticia. Uno trabajaba en el lugar desde pocos días atrás, el otro era demasiado sordo como para entender su perentoria pregunta y el tercero parecía en las nubes...

Finalmente las chicas se separaron para ir a estudiar.

Tarquinia se hallaba elaborando un escrito en la computadora cuando sonó el teléfono...

–Es Siwari –llamó su madre.

–Parece muy alegre –susurró por lo bajo la mujer.

–¿Siw? –casi gritó.

–Tarquinia... ¿a que no sabes qué?

–No... –balbuceó.

–¡El Árbol Sabio!

–¿Qué pasa con él?

–¡Que está plantado en mi jardín!

También Tarquinia se enamoró del árbol. Pero nunca pudo remediar el dejo de celos que sentía cada vez que Siwari se sentaba contra él y era estrechamente abrazada... cosa que ella nunca pudo conseguir.

XIII

Cuando Siwari aprendió a manejar, Bazul le obsequió un vehículo para que se desplazara más fácilmente. Era rojo, tipo coupé, y muy bonito. Luego de dos ocasiones en que se quedara sin nafta, nuestra heroína aprendió a ocuparse de él, sin olvidar que no sólo necesitaba combustible, sino también agua con refrigerante para el motor, agua destilada para la batería, agua para el parabrisas, control periódico de aceite y de neumáticos, lavado de carrocería, etcétera, etcétera, pero sonrió ante el desafío y supo sacar provecho del administración andante.

Al principio, vivía la sensación de libertad que conducir le producía, como si se tratara de un sorbete muy fresco transcurriendo por su garganta. Se contenía de apretar el acelerador, deseando –es verdad– hundirlo hasta el fondo, mas los ojos de papá –y los de mamá por detrás!– clavados en su mente, le recordaban que un vehículo es un arma de doble filo.

Desde su posición frente al volante, tenía la sensación de que el verde de la vegetación era más verde, más azul el azul del firmamento y más brillantes, en general, los colores del mundo. Hasta...

... aquel día en que, frenada ante un semáforo, tocaron en su ventanilla los oscurecidos nudillos de un niño. Bajó el vidrio de inmediato y se puso a interrogarlo, sin advertir el cambio de luz. El cornetazo que le dedicó el coche de atrás le puso el cabello de punta.

–Espérame –ordenó al lustrabotas.

Estacionó más adelante y volvió apresurada a la esquina del encuentro. Ahora los niños eran tres (dos habían venido

a flanquear al primero) y la miraban con desconfianza. Ella sintió los acostumbrados dos breves dolores en sus cejas castañas, propios de sus estados de preocupación.

—Hola —dijo simplemente, a tiempo de estirar hacia ellos una limpia mano en señal amistosa. No advirtió la mirada extrañada de una amiga de Gacela, quien justamente pasaba por allí. “Claro” (este pensamiento no fue oído por Siwari), “¿qué más podría esperarse de una joven que quedó huérfana siendo niña?”

Siwari sonrió y los ojillos infantiles ya no parecieron tan hoscos. Ella se adelantó y les ofreció chocolatinas. Toda resistencia fue entonces manteca al sol y tres manos ilusionadas quitaron en un segundo el papel de envoltura, que dejaron caer sobre la vereda. Sin inmutarse, la joven se inclinó, lo recogió y lo metió en su bolsillo. El primer chico llevó su índice derecho a la sien y lo movió como un destornillador, para adelante y para atrás, mientras un reguero de saliva chocolatada le caía por una comisura de la boca. Ante la alegación tácita de chifladura, ella rió con energía. Nunca había experimentado, sin embargo, la sorda tristeza que, de pronto, se había largado a batir en su pecho...

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

—¿Tienes otro? —pidió el segundo chico, tendiendo la mano. Al mismo tiempo, los dos compañeros hicieron lo propio.

Tras rebuscar en su cartera, sólo encontró un paquete de galletas empezado. Los tres se lanzaron a arrebatarlo, codeándose.

—¡Hey, hey!— dijo ella, levantando la voz—. ¿Qué os ocurre? Os serenáis o me quedo con ellas.

Silencio inmediato. Entonces, procedió a contar cuántas quedaban en el paquete: —Dos, cuatro, ocho... ¡ocho! —concluyó—. ¿Cuántas de estas deliciosas galletitas rellenas corresponderían a cada uno?

Luego de muchas cuentas frustradas incluyendo dedos sucios, los niños menearon de lado a lado sus cabezas, con desaliento.

—¡Bien! —dijo ella, conmovida—. Si me cuentan a mí, seremos cuatro. Entonces, ocho dividido cuatro es igual a dos. ¡Dos para cada uno de nosotros!

El que había tocado su ventana endureció la mirada. ¡Qué pena aquellos ojos azules enojados!

—¿Por qué tenemos que compartir nuestras galletas contigo?

—Porque deseo ser vuestra amiga —contestó Siwari.

Los ojos azules se desconcertaron y no hubo más pleito. La chica sacó las galletas y las repartió. Tras tomar las dos de ella, les sugirió sentarse en el borde del cantero, donde una retama florecía como el amor.

El niño más opositor se llamaba Popíos; los otros dos, Manlín y Cranor. Estuvieron conversando un largo rato, hasta que Siwari miró el reloj.

—¡Uy! Llego tarde a la facultad... Me tengo que ir...

—¡No! No te vayas, por favor —pidieron a un sorprendente unísono.

—Muy bien. Voy a volver... —prometió.

Manlín se adelantó:

—Cuando vuelvas, te vamos a mostrar a Lúhar, un viejo muy extraño que conocemos...

Cuando arrancó, le temblaba la garganta. ¿Por qué esos niños tenían que estar allí, tan expuestos en la calle?

—Porque ésta es una sociedad muy enferma, hija querida —le respondió su padre esa noche, frente a dos grandes platos de ensalada que los reunían frente a la mesa. —Y porque cuando decimos que los caminos de Dios son insondables, también nos referimos al dolor que algunos seres necesitan atravesar para su completa evolución espiritual.

Antes de meterse en cama esa noche, Siwari estuvo parada ante Espejo Blanco durante una sucesión interminable de minutos.

–Dime por qué una persona puede ser tan pobre, mientras otras tienen de sobra y desperdician. Por qué un niño debe estar a la deriva, sin los padres cerca y con la inocencia perdida...

Espejo siguió impertérrito ante el silencioso llanto juvenil. Sólo más tarde, mucho más tarde, hizo resonar su voz en el corazón de la amiga. Ella supo, entonces, que para limpiar estos dolores sociales las únicas terapias son la educación – cualquier cosa que “educación” significara– y el amor.

XIV

Dos veces más pasó Siwari los siguientes días por la intersección de calles donde conociera a Manlín, Popíos y Cranor, en forma infructuosa. Los jovencitos, que tanto la impactaran, brillaban por su ausencia. ¿Qué edad tendrían? Ella era aún muy joven como para saber calcular edades, aunque no le pareció un despropósito pensar en doce o trece años.

En la tercera ocasión, sin embargo, pudo verlos. Esta vez, no bien ella hizo el intento de estacionar, los muchachos corrieron hacia ese sitio.

—¡Vaya, vaya, amiguitos! —sonrió—. Al fin los encuentro.

—¿Estuviste buscándonos? —inquirió, ahora sin miedo, Manlín. Sus ojos, dos inmensas manchas de betún oscuro, brillaban.

—¿Nos trajiste chocolates? —se relamió anticipadamente Popíos.

Ella rebuscó.

—No. En esta cartera no hay golosinas...

Siwari giró, observando si por allí había un negocio.

—Acompañenme, chicos.

Les compró cosas ricas con su dinero para fotocopias de la universidad, pero se sintió feliz no tanto por la felicidad golosa de estos preadolescentes sino porque... ¡le convida-ron a ella también!

Sentados en el borde del mismo cantero de la ocasión anterior, la combinación de sol estival y chocolate semiderretido no le pareció de las mejores; los chicos, por su parte, no perdían su tiempo en analizar dichas pequeñeces.

—La próxima vez que pares ante el semáforo, voy a limpiar los vidrios de tu autito —prometió Cranor chupándose el chocolate que tapizaba sus dedos.

–¿Quieres que vayamos a ver a Lúhar? –demandó Popíos de pronto.

Una mirada al reloj pulsera, una rápida operación mental y...

–Sí. Vamos.

Siwari no recordaba, de otros momentos, una alegría tan contagiosa como la de sus “niños del semáforo”, ahora, mientras iban en maratón hacia su vehículo. Dominó la natural aprensión por el chocolate, el betún y los cuerpos malolientes igual que la ropa, en relación con el pulcro tapizado.

Después de haberla guiado de un lado a otro, Siwari comprendió que los lustrines estaban perdidos pero no les interesaba: el paseo era algo inaudito para ellos.

Finalmente, llegaron. La joven estalló en carcajadas, pues el lugar buscado se encontraba a tres cuerdas del punto de partida.

–Lúhar, te presentamos a la amiga del auto rojo.

El hombre, que portaba un balde con mezcla y una cuchara, dejó de aplicarla sobre la pared y la miró. Gruñó. Ella interpretó que se trataba de un saludo.

–Ahora estoy ocupado –aclaró Lúhar a los chicos. No obstante, se dignó mirar a nuestra joven un segundo después y, fijando sus ojos peludos y desgredados en el Brillo Dorado que percibía en ella, la invitó:

–Ven cuando quieras. ¡Sola!

Al depositarlos de nuevo en “su” semáforo, Siwari sonrió a los chicos y les confesó algo ignorado hasta entonces: su nombre.

Por el retrovisor pudo observar aún, al acelerar hacia sus obligaciones, tres manos en saludo unánime.

XV

Así fue como, días más tarde, Siwari volvió por la zona de Lúhar. Lo encontró invariable, concentrado –cejas hirsutas y todo– en parchar las mínimas rajaduras de la misma pared de la vez anterior. Tan ensimismado lo percibió en su tarea, que permaneció de pie, alejada de él, tratando de descubrir qué remendaba. O de qué dolor venía y si buscaba algo en esa pared.

Lúhar giró hacia ella unos minutos después.

–Tus pensamientos gritaban, linda. La verdad, me ensordecieron. ¿Qué quieres saber de mí?

En primera instancia, la estudiante se sintió cortada.

–No quise molestarlo, disculpe –balbuceó. Luego, más entonada: –Me preguntaba por esa... obsesión suya por tapar agujeros en este muro...

–Ja, ja –la carcajada reveló a un hombre bonachón–. Ven, siéntate conmigo.

Siwari miró en torno... ¿Sentarse dónde? “¿En el cordón de la vereda?”, se preguntó.

–No, niña. Sígueme.

Pescada en falta una vez más, fue tras él a través de un boquete abierto sobre un portón de madera que interrumpía la continuidad del muro eternamente remendado.

Entraron en un baldío repleto de yuyos y arbustos en el que, como por arte de magia, existía un claro despejado, rodeado de plantas flexibles y salpicado de pequeñas flores. Tres bancas de hierro ofrecían asiento en el pequeño lugar.

Siw se acomodó en una pintada de violeta, que la atrajo por su color. Tras alzar aprobadoramente sus importantísimas cejas, Lúhar eligió para él la banca verde.

Frente a frente, se miraron.

—¿Siempre lees o escuchas los pensamientos de la gente?

—A veces —concedió él—, depende de quién sea la gente... Tú, por ejemplo, me interesas porque llevas el Signo y el Brillo Dorado...

—¿El Signo? —murmuró la mujer.

—Esto —dijo señalándole los pequeños promontorios de las cejas.

—¿Cómo los viste? —se asustó—. Nadie suele advertir que los tengo. Es decir...

—Sí, claro. Tu padre, Belajo y... para de contar.

—¿Cómo sabes tanto de mí? —su nivel de extrañeza ya la estaba desequilibrando.

—No temas, Siwari. Hace muchos años se me reveló en un sueño que te conocería: tu nombre, tu Signo y el Brillo Dorado que sólo contados seres de esta Tierra podrán detectar en tu mirada. ¡No me temas!

Ella trató de asimilar las palabras e inconscientemente movió sus mandíbulas, como quien realiza un tremendo esfuerzo por masticar...

—Y... ¿y qué era lo importante de ese sueño sobre mí? —logró articular entonces, ahora más desconcertada que asustada.

—Lo importante... no sé si es lo importante, pero me desperté sabiendo que debía transmitirme cosas...

—¿Qué tipo de cosas? —apremió Siwari.

—Cosas, conocimientos...

Siwari optó por callarse. Pensó que tal vez fuera mejor regresar a casa, donde un morro de libros la estaba esperando para los próximos parciales.

En ese preciso instante, Lúhar sonrió y le aclaró:

—No son conocimientos académicos, éstos te los da la universidad. Yo sólo deseo transmitirme otras verdades que te

ayudarán a vivir. Porque los estudios te darán saber e instrucción, pero mis verdades, si te sirven y las practicas, te darán sabiduría.

—¿Sabiduría? —repitió ella.

—Sí. Sabiduría, sabor de la vida. Sabrás para qué naciste, qué misión viniste a cumplir...

En un pantallazo mental, la joven recordó a su Espejo.

—¿Qué edad tienes, Siwari?

—Veinte.

—¡Muy bien! ¡Edad de enamorarte!

Ella se puso colorada. Nunca había podido aceptar un novio...

—...Porque no te enamoraste —completó Lúhar, haciéndole dar un respingo.

Totalmente rendida, decidió escuchar.

Su anfitrión le aconsejó que cuando eligiera a un hombre, tuviera buen cuidado de saber que la aceptaría como ella era, “porque eres muy extraña y diversa de la gente común”. Que le fuera mostrando sus aparentes excentricidades, su verdadero modo de ser, sus pensamientos más profundos..., “porque el dolor del amor frustrado es terrible y debes cuidar tu fragilidad emocional”, “porque el amor frustrado podría llegar a desviarte de tu camino”.

—No sé qué decirte... —aventuró la chica.

—¡No digas nada! Nadie te pide que digas nada. ¡Sólo cuídate!

Cuando se iba, Lúhar agregó:

—Serás médica. Pero la medicina, esta medicina, no será siempre lo tuyo. ¡Vete! —remarcó al ver que Siwari había echado raíces en la vereda.

Cuando llegó a casa, recordando los consejos de aquel loco lleno de cejas no pudo concentrarse en sus lecturas. En

un relámpago de memoria advirtió que no le había contestado para qué parchaba aquella pared, ¿y por qué esa y no otra? Pensó en que la medicina “no sería lo suyo”... ¡Dios! Era un exceso para su pobre alma. Deseó hablar con papá, que todavía no había regresado del hospital.

Con gesto automático anduvo hasta la cocina, se acercó a las ollas de cobre eternamente colgadas de aquella pared y, al ver a Ada cocinando al compás de una música alegre que emitía la radio, hizo una morisqueta deformada frente a la olla de base más ancha. Aunque el reflejo no le dio ninguna respuesta, el ambiente le mejoró de inmediato el ánimo y corrió hacia la mesada, robó del trabajo de Ada una zanahoria, abrazó como un relámpago a la mujer y pasó por la puerta abierta como alma que lleva el diablo, hacia el fondo. La carrera se suavizó cuando empezó a caminar hacia lo alto. Lleno de perfumes florales en este ocaso de estío, el aire móvil le impregnó los pulmones y le desordenó el cabello. Aparentemente, también ordenó un tanto sus ideas, pues se dejó impulsar hacia arriba y permaneció mucho tiempo flotando sobre los árboles.

Sólo regresó cuando Ada la apremió para la cena.

XVI

Estaba mirando hacia lo lejos, sin duda su lugar preferido, a tiempo que con fruición atacaba a lengüetazos un chupetín–bolita. Fue en el momento en que el sabor a limón la penetraba y erizaba, cuando una sombra, seguida de su propietario, la trajo desde la lejanía hasta sí misma, al cruzarse a través de su campo visual.

El chupetín cayó, inerte e inerte, de su mano... pero no llegó lejos: quedó pegoteado sobre el pullover de bremer. Muda y redondeando sus alargados ojos como un dos de oro, trató de fijarlos en la hermosa imagen masculina delante de ella. Le costaría recordar, tiempo más tarde, el motivo del encuentro y las palabras que ambos intercambiaran en dicho cruce.

Ese mismo día, Siwari se bilocó por primera vez. Abrumada de amor a primera vista, comenzó a sentir sensaciones extrañas, planos físicos mezclados, olores diferentes: mientras entraba en su cocina llena de olor a potaje y se abrazaba de Ada, se percibió también caminando detrás de quien –luego sabría– se llamaba Pantier, por el medio de su querido parque...

Comprendida la inédita situación, juntó sus dos cuerpos en casa y se sentó en el jardín posterior. No pudo, durante toda la tarde, regresar a su escritorio lleno de libros, y apenas si saludó a papá cuando salió a buscarla.

Todo ese tiempo estuvo pensando en Lúhar, que le advirtiera sobre el hombre que debería buscar. O aceptar. ¿La entendería este precioso sujeto que acababa de conocer en un recreo? ¿Caminaría a través del aire, como ella?

Ada la oyó cantar aquella tarde por ratos. Intrigada, salió a mirarla y la descubrió irradiando algún tipo de luz. Ya estaba acostumbrada, de todos modos, y la dejó a solas. Sólo horas después, cuando la luna tendió su terciopelo plateado sobre los tejados de la ciudad, la vio, a través de la ventana de vidrios impecables, elevarse suavemente y perderse entre las copas de los árboles del bosquecillo del fondo.

XVII

—Lo que pasa es que los seres humanos andamos dormidos por la vida —sentenció Siwari—. Y cuando estamos así, vivimos como sonámbulos... No sabemos ni dónde estamos parados... Caminamos, sí, pero en la ignorancia, en la inconsciencia...

Popíos, Cranor y Manlín la escuchaban boquiabiertos. La tarde anterior ella los había invitado a comer una pizza y hoy la habían esperado preparados y... casi limpios. Aunque su ropa y las manos con sus uñas no habían logrado perder todas las manchas y lucían bastante percutidas, el esfuerzo por la presentabilidad había arrancado un temblor de la garganta de la mujer y una emoción incontenible.

Mientras sus compañeros atacaban las generosas porciones llenas de salsa roja y queso derretido, Popíos la miró profundamente y le preguntó a qué llamaba ella “caminar dormidos”.

—Es como ir por tu existencia en piloto automático. ¿Sabes cómo funciona eso en los aviones?

Popíos asintió, permitiéndole proseguir.

—Bueno, es igual. Quiere decir que en vez de ir por tu camino pensando y sintiendo cada cosa que haces y te sucede, alerta porque sabes que cuando te equivocas, las consecuencias de tus actos erróneos vuelven a ti y tienes que asumirlas con dolor, tomas cualquier camino y te dejas llevar sólo por el impulso...

—¿Está mal tener un impulso? —demandó Cranor, que acababa de engullir su tercera porción, convidándole también a la remera una generosa cuota de salsa sobre el esternón.

Mientras Siwari intentaba retirarle la mancha con una servilleta, sonrió francamente divertida y contestó mirando a los tres, uno por uno, despaciosamente.

—No creo que todos los impulsos sean malos. A veces necesitamos cosas y parece que Dios nos hace dar cuenta y nos crea algún impulso para satisfacer esa necesidad... —se detuvo al advertir tres expresiones perplejas y tres manos en el aire con tres trozos de pizza detenidos frente a tres bocas cómicamente entreabiertas.

—Los estoy mareando, ¿verdad? —preguntó desencantada.

—Para nada— la reacción fue de Popíos. Los otros asintieron.

—Bien. Con un ejemplo van a entender—. Pensó mientras fijaba la vista en el cielorraso—. Cuando llegamos a almorzar, los tres pillines que están conmigo pidieron cerveza al mozo...

—¡Tú le dijiste que no y cambiaste por gaseosa!

—A eso iba. Tuvisteis el impulso de beber alcohol con la pizza. Yo sé que la combinación es sabrosa. Pero también sé que a vuestra edad, cuando vuestros cuerpos y mentes aún no han madurado del todo, el alcohol no es conveniente...

—¡Pero todos los chicos que vemos en la calle lo beben...!

—Ya sé. Esos chicos y los adultos que no hacen nada por ellos... ¡están dormidos! No se dan cuenta de lo perjudicial que es beber a vuestra edad, mucho peor si bebéis en demasía... O no les importa...

Los seis ojos masculinos registraban una sorpresa mayúscula, transmitida a los carrillos que, de pronto, habían acelerado su desempeño, haciendo tronar las inocentes porciones. Entonces vio Siwari que en la pizzeria sólo restaban migas y que la botella y los vasos se encontraban atravesando un período de sequía. Levantó su mano y el mozo se acercó a ellos.

–Señor, nos gustaría otra pizza y... más bebida –observó a los adolescentes, que al unísono aclararon “¡otra gaseosa!”. Risueña y satisfecha, continuó.

–Eso es estar despiertos: ahora sabéis que la cerveza no es buena y habéis elegido algo que no os hará daño.

La nueva fuente llegó rápida, por suerte, y estuvieron todos en silencio... de palabras, por un largo rato, mientras otros sonidos variopintos y múltiples hacían las delicias de los oídos de la joven.

XVIII

Siwari salía pensativa de la universidad. Algo la había perturbado toda esa tarde, algo ajeno a los claustros y a sus saberes, algo extraño a sus compañeros, algo... que latía en sus propias sienes y en las entrañas. Venía pensando en papá, que había estado un tanto enfermo esos días.

Ya de lejos advirtió que Manlín permanecía de pie junto al coche rojo estacionado y pensó: “Sombrío Manlín”. Al inclinarse a saludarlo con un beso, saltaron a su vista lágrimas de camino oscuro y secas sobre el rostro no tan limpio: hoy el adolescente no se había esmerado en su arreglo personal...

—¿Ocurre algo?

—Muy grave, Siwari. Se incendió el rancho de los abuelos de Popíos...

Una mueca sorprendió los músculos faciales de la joven... mas esperó en silencio las próximas palabras. La abuelita de Popíos había muerto asfixiada, y una hermanita del muchacho.

Mientras conducía, enmudecida, hacia el asentamiento de la catástrofe, el lustrabotas, a su lado, parloteaba historias entrecruzadas, fragmentarias y tristes. Ella captó que los padres de Popíos se habían ido en busca de oportunidades varios años atrás y el jovencito y dos hermanos menores que él, Lavén y Jiliú, habían quedado con sus abuelos maternos.

—¿Son muy pobres...? —se atrevió a interrogar la conductora durante una pausa del chico. Manlín la miró como si fuera estúpida. ¿Creería Siwari que en los asentamientos vivían gentes de dinero? La perdonó, sin embargo: toda la noche había ayudado en la casilla del drama y estaba cansado para

discutir. En tanto, Siwari captó estos pensamientos y musitó, avergonzada:

—Perdón...

El muchacho guió a la joven por sitios que ella no conocía y que le fueron llenando los ojos de un interrogante siniestro, trabado finalmente en su garganta: ¿y la Gran Inteligencia? ¿Dónde estaba cuando esta parte de la historia humana se construía?

Hileras e hileras de casuchas se iban sucediendo más o menos parecidas y se le reveló que la pobreza no distinguía, no era creativa ni bella. Hasta el aire sabía enrarecido y el mismo cielo se veía más gris que en el centro de la ciudad.

Ojos torvos o despectivos miraron pasar el auto brillante de tan limpio, mota indecente de color entre tanta angustia evidente. Se le metieron en el corazón los niños, decenas de ellos que callejaban tras una pelota de trapo o junto a perros sarnosos y hambrientos como sus dueños. Cuando Manlín señaló “aquí es”, ella frenó e inclinó la cabeza sobre el volante, dejando fluir el dolor...

Siwari no percibió la extrañeza de las miradas al entrar en el ranchito de unos vecinos donde estaban velando los dos cuerpos alcanzados por el fuego y el humo. No pudo evitar comparar con esto la tarde en que muriera Gacela... Ahora se sentía devastada, no entendía nada y los ojos le ardían. El ataúd más grande estaba cerrado, pero desde el más pequeño la carita angelical de Jiliú parecía ignorar que la asfixia había sido, la noche anterior, el Hada Mala.

La habían limpiado concienzudamente y una muñeca rota y vieja dormía, con ojos abiertos, sobre su pecho. Siwari no pudo evitar un remezón atávico que la hizo tambalear. Fue Popíos quien la sostuvo y la llevó afuera, lleno de lágrimas él también, y de temblores.

La luna comenzaba a levantarse, inmensa sobre los restos de la tragedia. Un coro de voces de mujeres había comenzado a susurrar un rosario... “Secretos de las piedras”, dictó una voz dentro de los oídos femeninos. Llorosa y contrita, su caudal interior se detuvo. “¿Quién eres?”, preguntó mentalmente. “Tu Voz Interior”, le fue respondido. Y Siwari supo, una vez más, que no estaba sola, que nunca, nadie, estaba solo... aunque lo estuviera. Mirando a la luna, abrazó a Popíos quien, durante los últimos meses, había crecido hasta casi alcanzarla. Siwari le escrutó los ojos marinos y abrió su boca perfectísima en una lacrimógena sonrisa de esperanza.

—Todo, todo lo que sucede en nuestras vidas encaja en el orden maravilloso del Universo, Popíos. Aunque es normal que ahora no lo entiendas, todo este horror no es para siempre.

—¿Cómo te atreves? —se ofuscó, deprimido y escéptico, el jovencito, a tiempo que se sacaba de encima el brazo de la joven.

—Me atrevo porque te amo. Está bien que te sientas así. Acabas de recibir un puñetazo en plenos ojos y todo lo estás viendo negro y desequilibrado. Verás, sin embargo, que las cosas se irán acomodando...

Popíos la miró interesado, mientras sonaba su nariz con un pañuelo que ella le había dado.

—¿Entiendes lo que quiero decirte, Popíos? Tendrás que aprender de esto, Dios sabe qué. Aunque el dolor te arrase —aquí se quebró la segura voz femenina—, no bajes los brazos... Después de la tormenta... ¡nunca dejó de salir el sol! — el abrazo que los unió se recortó nítidamente contra el disco plácido de la luna ya ascendida.

XIX

—No puedo explicártelo, Lúhar... —las femeninas manos cruzadas se posaron, aves cálidas, sobre su pecho.

—Claro, claro —refunfuñó el hombre, alisando por enésima vez los ya mil veces alisados remiendos de la pared—. Sígueme —agregó resignado, metiéndose por el boquete del portón.

Adentro, las cejas pobladas se orientaron hacia los ojos de almendra dulce de su amiga.

—Ah, lo inefable, Siwari. ¡Qué tema el de lo inefable! —permaneció mirando sus manos callosas y percutidas de argamasa. De repente pareció recordar algo y metió una de ellas en lo que debió ser un hondísimo bolsillo, para emerger, segundos más tarde, con un chocolate de excelentes dimensiones. Hacía, a esta hora de la siesta, bastante frío.

—¿Ya te conoce? —interrogó de pronto.

—¿Qué pregunta es ésa? —se desconcertó la estudiante, deteniendo la prolija tarea de quitar la piel plateada de la golosina obsequiada.

—Si le has contado cómo eres, si le has... mostrado... ejem, ejem... algunas de tus particularidades...

—Todavía no se dio la oportunidad... —pescada en falta, Siwari se eternizó masticando la primera porción, un poco enlentecida, con deseo de plantarse en ese segundo y no moverse más. El aquí—ahora le gustaba: las críticas estaban ausentes, el aire frío y cristalino le recordaba que era un ser vivo, el sol pálido la iluminaba serenamente....

—¿Estás segura? —insistió.

—No, Lúhar, sabes que estoy buscando una excusa.

—¡Temes, mujer enamorada, temes decirle! —tronó el hombre, con un portentoso temblor de sus cejas y un gesto de resignación de sus bastas manos.

—¿Por qué? ¿Por qué me obligas a confesarle... mis rarezas? —le chocó hablar de sí misma como rara.

—Porque si tu rareza no le importa, no le importará ahora ni nunca y te aceptará como eres... En cambio, si ahora retrocede al saberlo, te ahorrarás el dolor...

—¡No conoces a Pantier! —se defendió la chica.

—No, a Pantier no... Pero sé bastante sobre el género humano...

Cercanos piídos cortaron el silencio entre ambos, mientras una línea de agua salada y caliente mojaba el rostro de Siwari y le corría un dejo de rimmel por la cara. El pajarillo propietario del sonido aleteó imprevistamente y frenó ante la triste joven. Ella sonrió entre sus lágrimas, extendió los brazos y abrió diez suaves dedos para refugiar el ave. Lúhar también sonrió, suspiró y le palmeó la parte superior de la cabeza.

—Sólo deseo tu felicidad, Siwari. Te advertí que el hombre que amaras debía saber todo lo posible sobre ti. No quieres hacerlo y me preocupa...

—Tengo un gran miedo, Lúhar—. Se levantó y caminó alrededor del jardincillo. Besó el piquito del pájaro y lo lanzó a volar—. Si él supiera la verdad de Espejo Blanco, que camino por el aire, que mi Voz Interior me guía... ¿no saldría huyendo?

—¿Y qué harás si lo sabe el día de mañana, cuando estéis casados o haya un hijo entre vosotros? —machacó el anciano.

—Entonces... ¡él no se irá, Lúhar! ¡Me ama muchísimo!

Lúhar prefirió sonreírle ampliamente y encomendarla al cielo. Un silencio preñado de preguntas y secretos, de perfume a castañas asadas y de tardías flores los rodeó y compri-

mió con suavidad. Siwari corrió unas cortinas imaginarias y caminó hasta el portón. Se inclinó a mirar desde el boquete hacia la calle. No había circulación. Ni un auto, ni un ómnibus, ni una persona. Lejos, alguien acababa de abrir una ventana...

De golpe, en dos zancadas la joven se volvió y situó frente a su viejo amigo.

—¿Por qué ya no escucho a mi Voz Interior ni a Espejo Blanco? —una nueva lágrima se abrió paso por la anterior huella de rimmel, aún fresca.

—Porque estás llena de miedo y, para protegerte, inconscientemente los has hecho callar... ¿Recuerdas que ellos siempre te dijeron la verdad?

Siwari asintió muda: estaba tratando de optar entre el miedo y la recuperación de Espejo y su Voz...

Pocos días más tarde, una sonrisa radiante frenó junto a la acera. Lúhar oyó el chirrido y giró. Siwari gritó:

—¡Se lo dije, se lo dije! —y aceleró nuevamente; por lo visto, apurada.

El anciano la saludó con la mano en alto, aferrada aún a su cuchara de albañil...

“Sí, todo, menos que me elevo a voluntad...” El paso que el color verde le habilitara coincidió con un suspiro femenino.

XX

A días como el de hoy Siwari los denominaba “mis jornadas hormonales”. Le dolía el cuerpo, se le inflamaba todo, incluido el cabello, y se sentía irritable.

–Estoy poco social, Ada –dijo esa tarde al pasar por la cocina, rumbo al jardín posterior de la casona. Cerró la puerta tras de sí y se detuvo a otear el terso prado que prolongaba el jardín hasta lejos, junto al mar. Miró en derredor y a su espalda descubrió las altas montañas azules que la habían protegido desde su nacimiento. Buscas algo pero ignoras qué, ¿verdad, Siwari?

Le pareció que Árbol Sabio emitía un resplandor especial y allí se dirigió.

–¿Sabes, Árbol querido? No me siento yo misma ahora.

Árbol ahuecó su tronco añoso, la mujercita se sentó en él y recibió el infaltable abrazo. Entrecerró los ojos y percibió cosquillas de brisa primaveral en el cuello, sabiendo que su falda floreada ondeaba.

–¡Despierta, dormilona! –una chillona voz la sobresaltó. Su reloj pulsera sólo indicaba diez minutos de descanso.

Miró en torno: silencio absoluto, ausencias absolutas. Un gesto de sorpresa desdibujó su boca.

–¿Quién habla? –intentó saber.

–¡Vaya, vaya! Además de dormilona, distraída...

La vocecilla cascada provenía de más arriba de su hombro izquierdo. Un ser saltó a tierra desde una benevolente rama de Árbol. Siwari lo miró: ¡qué cosita bellamente grotesca era aquélla! No más alta que su dedo corazón parado, de piel marrón, cabecita pequeña, cuello grácil... ¡y ojillos saltones, demasiado negros y, por lo que se veía, curiosos!

Siwari, una vez más, supo que la sabiduría de Árbol le había quitado sus molestias menstruales y sonrió encantada ante la aparición. Extendió su mano hacia ella y la digna pequeñez trepó a horcadas sobre su muñeca, tal vez dispuesta a una cabalgata muy deseada. Si cabe, los labios femeninos se expandieron aún más, hasta tocar los confines de alguna sonrisa imaginaria... Es posible creer que en cada comisura labial yaciera enterrado un tesoro. Inexplicablemente, en el firmamento se dibujó un arcoiris.

—¡Ya, ya! No abras tu boca, Siwari. Soy un nol; de hecho, uno de los más simpáticos de mi tribu.

—¿Tribu? ¿Dónde está tu tribu?

Un gesto grandilocuente de los desnudos bracitos marrones quiso abarcar el universo completo.

—¡Por todas partes!

—Ya veo... —musitó la niña— mujer—. Eres un hado padrino.

—¡No, no! ¡Qué dices! Las hadas son vecinas deliciosas y los noles las amamos. Pero no somos lo mismo.

Siwari se levantó.

—¿Quieres caminar conmigo hacia la copa de aquellos árboles? —señaló con el brazo libre en dirección a los lueños acantilados.

—Ah... bueno. Pero ten cuidado y no vayas a tirarme. El zangoloteo aéreo me provoca vómito...

Lo que provocó el comentario fueron carcajadas en la joven mientras se elevaba parada, por un simple impulso de voluntad y, esta vez, sin mover sus piernas. Árbol la siguió con sus bondadosos ojos llenos de aprobación y silencio.

Junto al borde de las rocas bañadas por las gotas saladas del mar que rompía en ellas, el nol y la muchacha se sentaron.

—¡Uy! Se me mojaron las posaderas...

–Lógico, Pequeño Nol. ¿Qué esperabas?

–Escucha, ya tomé mi baño mensual el domingo pasado.
¡No quiero una nueva ducha!

Siwari no pudo perder su alegría durante la exótica entrevista. Cada tanto, atravesaba un puente hacia la sorpresa y en seguida continuaba escuchando, fascinada.

–Cuando eras pequeña, jugabas con nosotros –confesó el marroncito a su amiga. Ella buscó y buscó en su memoria.

–También jugabas con las hadas. Solían visitarte las más pequeñas y saltarinas. ¿No recuerdas que cantabas con ellas?

Lentamente, la nebulosa se fue disolviendo en la mente femenina y hubo más claros recuerdos...

–“No me quites mi trozo de pan
o un susto mis noles amigos
pronto te darán...” –canturreó Siwari.

–¡Muy bien! ¡Ah! –suspiró el nol–. Me hiciste asustar, niña desmemoriada.

–Ahora recuerdo... Eran unas muñequitas diminutas que hacían la ronda frente a mis ojos mientras cantábamos. ¡Lucécitas! –cerró los ojos para visualizarlas mejor–. Luego venían... otros... ... ¡¡Vosotros!!!!!!!!!! ¡Erais vosotros los pequeñines que se acercaban detrás de las hadas!

Mecida por remembranzas que necesariamente la ubicaban en la órbita de Gacela, los ojos maternos ocuparon la pantalla mental y Siwari, percibiendo una emoción agri dulce en la garganta, depositó al nol en el suelo y comenzó a caminar tierra adentro. Su amigo la siguió a los saltos, sabiendo que poco a poco Siwari iría recordando.

–... Sí –completó ella, que había escuchado el discurrir mental del nol–. Una vez me reprochasteis una mentira que dije a papá y mamá...

Silencio.

—...Otra, me dictasteis una poesía que había olvidado, para hacer una prueba en la escuela...

—¡Ése fui yo, ése fui yo!:

“¡Arroyo claro,
fuente serena!

¿Por qué te vas tan lejos
de la plazuela?” —recitó el hombrecito.

—“¡Voy en busca de magos
y de princesas!” —completó ella.

—“¿Quién te enseñó el camino
de los poetas?”

—“La fuente y el arroyo
de la canción añeja.”

Siwari, embargada de infancia y de poesía, hizo un silencio que llegó al centro de la tierra, colocó al nol entre sus manos y caminó por sobre toda la extensión del bosque hacia su casa. El aire estaba impregnado de oro aromático y por alguna razón le vinieron al recuerdo su madre y la Comarca del Aire Dorado.

—¿Cómo se llamaba el autor de aquellos versos? —su mirada ensoñada no podía enfocar al nol, ambos ya en tierra firme.

—¡Federico García Lorca!...¿No lo recuerdas?...

Siwari revolvió los ojos, resignándose ante la falta de memoria...

—...Aquel poema era “Balada de la Placeta”...—se escuchó decir, entre pontifical y resignado, al viejo nol.

XXI

En sus jóvenes años felices, Bazul gastaba una hermosa barba rubia, que en este momento, precisamente, se estaba mesando mientras contemplaba a Gacela y su hijita de siete años, entretenidas en conversar frente a los cuadernos y lápices de la escuela. Hablaban tan animadamente, que el médico casi se tentó por sentirse excluido de tanta intimidad. Un ramalazo de racionalidad, finalmente, lo contuvo. Su sonrisa se amplió y meneó la barbada cabeza.

Desde su hamaca –donde se encontraba leyendo un ajado tomo de poesías– podía apreciar perfectamente los dos perfiles de sus mujeres, pero se detuvo en especial en el de Gacela, cuya frente despejada y pómulos altos siempre lo habían atraído tanto. En ese instante los adorados ojos se fijaron en él y hubo un guiño intercambiado y cierta sonrisa cómplice. Bazul pensó que su boca era todavía primorosa, húmeda y vital, apta para generar y contener –de pronto y sin esfuerzo– las risas más auténticas y las palabras más maravillosas.

–Entonces, ¿quién es este hermoso personaje que has dibujado aquí? –sonó lejano en sus oídos, en tanto su mirada interna se volvía a un momento preciso durante su noviazgo, ocasión en que el crepúsculo ya se insinuaba y Bazul, que pasaba por allí perdido en sus pensamientos, había encontrado a Gacela sentada frente a la iglesia en la plaza, sonriendo breve y alternadamente, y breve y alternadamente moviendo los labios cual si conversara... con nadie.

La novia no había advertido su presencia a varios metros de ella y siguió en la misma actitud deliciosa pero extraña.

Sólo cuando pareció quedar sola y calló, Bazul caminó hacia ella. Si cabe, el sonrojo femenino la presentó ante él como mucho más hermosa. Se dieron un beso y el hombre se sentó junto a ella en el banco.

—¿Con quién hablabas, amor mío? —interrogó divertido; para su espanto, fluyeron varias lágrimas de aquellos ojos felinos de extraño color calipso.

—¡Me descubriste! —musitó. Tras una espera corta y haciendo un visible esfuerzo, explicó: —Con frecuencia veo apariciones y converso con ellas—. Remató el sonrojo con otra intensa ardorada.

Curioso, sorprendido, él quiso saber.

—¿Qué apariciones?

Ella pensó, empezó varias veces la frase, la cortó y, finalmente, haciendo con las manos un garabato en el aire, pronunció:

—Como hadas, duendecillos, gnomos... ¡Qué sé yo! A veces pienso que se quedaron conmigo desde los libros de cuentos de mi niñez...

Bazul la miró, sintiendo oscurecerse los ojos con interrogantes. Gacela percibió en ellos una sombra y contuvo el aliento... Mas lo soltó de inmediato, al salir de nuevo el pleno sol sobre el alma de su novio. Éste la abrazó con fuerza y le preguntó sobre aquellas charlas que solía mantener con sus apariciones.

—Me cuentan cosas lindas sobre los procesos de la naturaleza, sobre la energía que fluye por todo el universo y por mí misma... Me recitan poemas y me dan consejos para despertar mi conciencia... Siempre me llaman la atención sobre la necesidad de despertar y estar alerta... —Lo miró seria a los ojos y agregó: —Insisten, insisten desde que era niña en lo indispensable que es tomar cuenta de las pequeñas cosas,

de lo sencillo y cotidiano de la vida porque allí reside lo esencial...

Bazul la abrazó y un halo de potencia amorosa embriagó sus corazones de emoción...

—Me piden abrir los ojos y no permitir que el corazón se me apegue ni a los bienes materiales ni a las personas —los ojos de gata, endiabladamente hermosos, se perdieron en alguna morada lejana del horizonte y los labios temblorosos murmuraron: —Los noles me han revelado que sólo con libertad interior y el corazón desapegado podré llegar al centro de mí misma, a mi esencia... y cuando ello ocurra, encontraré la verdadera felicidad para nunca más perderla...

Bazul había registrado el desconocido vocablo que su novia pronunciara y tuvo un sobresalto al escuchar la actual voz de Gacela, mientras su dedo fino y rematado en una uña prolija seguía el perfil del dibujo de Siwari sobre el cuaderno: —Éste es idéntico a los noles que me visitaban en la infancia y en la juventud.

—¿Ya no vienen a verte, mami?

—Hmm... no, únicamente en sueños—. Abrazó a la pequeña, cuyos ojos irradiaban maravilla—. Ahora prefieren visitarte a ti... —rieron ambas. Bazul, atento, había regresado al presente—. ¿Qué te dicen, Siwari?

—Me hablan de ser libre, de amar a todos los seres que existen, porque cada cosa que existe es importante y todo tiene un orden en la creación de Dios... —se detuvo, indecisa—. ¿Puedes explicármelo mejor, mami?

Gacela cerró el cuaderno, murmuró mirando a su hijita “vamos al jardín y te muestro”, y lo dejaron solo.

Bazul parpadeó y se sumergió nuevamente en la lectura:

“Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir... ..”

Por algún motivo, en esta ocasión las “Coplas a la muerte de mi padre” lo hicieron sonreír.

Mentalmente, sin conciencia de estar jugando con los dedos entre los pelos de su barba joven y clara, Bazul pidió risueñas y plácidas disculpas a Jorge Manrique...

XXII

Era sumamente tentador el crujido de los dientes de Siwari sobre las semillas de girasol, su golosina preferida. Sentada a horcajadas en uno de los brazos más altos de Árbol Sabio, oteaba distraída el horizonte ya bañado en el oro del atardecer. Marcé, su íntima amiga, se había ido un rato antes, algo enfadada porque la dueña de casa había sufrido un ataque masivo de caminata aérea y no deseaba bajar. “¡Me voy!”, había gritado desde el césped. “Luego te hablo”, había sido la divertida respuesta desde el aire.

Nuestra joven se puso a recordar a Marcé, a quien había conocido un día en la universidad.

—¡Qué bellos tus adornos de las cejas! —le había espetado, inclinándose a mirar el Signo.

Siwari había empalidecido al instante. Mas cuando la afinidad vibracional instaló entre ellas una amistad duradera, le relató poco a poco la historia. De ello a una admiración fascinada por Siwari, hubo el ínfimo trecho de diez segundos.

Marcé brindó una amistad entusiasta y libre de celos y envidia por las facultades y poderes que fue descubriendo en su amiga. El día que fueron médicas, pidieron compartir el destino de su práctica en un pueblo interiorano, a gran distancia de La—Bé—Rhin, lo que anudó, si cabe, con más fuerza, sus corazones. Sin embargo, aquella sección de sus vidas estaba aún alejada de esta tarde de crepúsculo y semillas de girasol.

Cuando la pereza se lo permitió, Siwari entró en la casona siempre tibia y encontró a Bazul abrazando su panzuda copa de brandy. Papá tenía esas extravagancias y la hija se preguntó si no hubiera sido mejor estar bebiendo un refresco

helado. Entendió en seguida, empero, la necesidad paterna de cierta calidez alcohólica dentro de su cuerpo: había tenido una comunicación telefónica con Aló-i y había salido malparado de ella.

—Le pedí que escuchara a su corazón, pues su vida es muy externa, muy distante de la afectividad que necesitamos para vivir... —lamentó con pesadumbre.

Siwari le besó la frente y se sentó a su lado, apoyando su cabeza de largos rizos sobre el hombro paterno.

—¿Sabes, papá? —una sombra veló el resplandor dorado que traían sus ojos—, también a mí me ocurre no poder llegar a su corazón y se me estruja el alma cuando creo advertir que él vive su vida equivocada... ¡No puedo evitar que me dueña!... Pero luego el dolor pasa, cuando recuerdo que cada uno elige su vida y que cada elección tiene que ver con la apertura de conciencia de cada cual... Ni tú ni yo tenemos que ver con eso...

Un suspiro profundo de su escucha enterneció a Siwari, que abrazó sonriente a Bazul.

—Arriba el ánimo, padre. Deberíamos tener presente que todo lo que ocurre, todo, todísimo, aunque no lo entendamos ahora, responde al orden perfecto del Universo.

Los ojos del médico emergieron del abismo y se fijaron, ahora claros de nuevo, en los de su hija.

—Tienes razón, querida. ¿No era mamá la que siempre nos decía que el amor no espera nada del otro, que simplemente lo acepta tal como es?

Las sombras de la noche los encontraron en silencio, con los rostros pacíficos, cada cual sumergido en sus pensamientos.

XXIII

Aquel domingo de febrero en que Siw estaba meditando sentada sobre el tejado de su casa, la espalda apoyada recta contra la chimenea, sintió soberano susto –contemporáneo de un vuelco de su músculo cardíaco– cuando supo que se hallaba en dos sitios al mismo tiempo. Sin duda, en este momento meditativo, el perfume de pinos y flores en torno a ella era infinitamente mejor que el olor a pólvora, sangre y tierra de su bilocación. Arrasada por la curiosidad, no obstante, persistió en explorar el lugar desconocido, extenso desierto por donde caminó sin ser detenida y totalmente ignorada por los soldados que deambulaban por allí, cual si fuera invisible. Era evidente que el bombardeo que acababa de terminar había sido cruel: hombres mutilados y sangrantes, quejidos incomprensibles, sangre que manaba totalmente olvidada de la alegría de la vida, sembraban la inhóspita extensión de arena. Prosiguió siempre adelante con levedad, sin dificultad, cual si su cuerpo no pesara, hasta arribar a un poblado por donde también el horror había pasado. Pensó que jamás olvidaría la imagen de aquel padre llevando en brazos a su hijito muerto, la de aquella mujer llorando a gritos sobre el cuerpo de su hombre destrozado por una explosión... Pozos incendiados, aroma a petróleo, destrucción y muerte...

Cuando se juntó con su cuerpo apoyado en la chimenea, cobró conciencia de lo vivido y, de veras apenada, bajó velozmente.

Al encender más tarde la televisión, la cadena internacional de noticias le mostró las imágenes que acababa de ver: otra vez los Amos del Mundo habían dejado una estela de

salvajismo en Morduk y en Isikal. Sin desprenderse del horror de la pantalla, la jovencita se dejó deslizar rectamente sobre el sillón y sólo entonces cayó en cuenta sus pies enlodados y ensangrentados, su rostro bañado por llanto silencioso y aquel dolor voraz que le quemaba sin respuesta las entrañas.

Espejo Blanco tuvo a bien reflejarla, aunque también permaneció en silencio mientras ella, por fin, se sacudía rota por redoblados sollozos. Cuando cesó, le preguntó nuevamente:

—Espejo Blanco, Espejito Blanco querido... ¿por qué tanto sufrimiento? ¿Qué culpa tienen aquellas personas de la locura que lleva a la guerra?

Su incertidumbre y su desasosiego crecieron ante la falta de contestación y corrió a que Árbol la abrazara. Pero tampoco él le dijo nada. Miró su reloj: era la siesta. Calzó zapatillas y corrió hacia el parque. Iba rezando para que Belajo estuviera en su banco.

—¿Cómo anda la niña hermosa? —saludó el buscado con su afecto desaliñado de siempre.

—¡Belajo querido! —musitó y en su alivio profundo rompió a llorar de nuevo. Su amigo le ofreció un caramelo, que ella tomó y metió en su boca desesperando por dulzura. Enjugó sus ojos mientras una sonrisa le quitaba la tormenta del rostro...

—Perdóname —dijo y le relató su experiencia del mediodía—. ¿Sabes? —concluyó—, ni Espejo Blanco ni Árbol Sabio me contestaron. Vine a buscarte interesada en una respuesta, Belajo.

—La respuesta la tendrás tú sola, Siwari. Si quieres llegar a la Comarca del Aire Dorado, necesitas desarrollar sin demora dos virtudes: serenidad interior y desapego...

Un atisbo de enfado pintó aquellos ojos gatunos, sospechando...

—... Sí, a eso me refiero. Lloras y lloras por la locura del mundo y olvidas que el mundo está así por su propia locura... Deja de llorar, deja de sufrir: el sufrimiento es algo que tu mente construye mientras te pegotea a las cosas, a las personas y a los hechos.

—¿Qué quieres que haga, entonces? —se levantó furiosa con su amigo y desconcertada.

—No quiero que hagas. Sólo te recuerdo que, si no te tranquilizas, ni Espejo ni Árbol ni tu Voz Interior te darán la respuesta.

De pronto, Belajo empezó a farfullar palabras incomprensibles, a tiempo que revolvía los consabidos bolsillones mágicos de su inmenso saco. Extrajo un anillo de oro brillante, cuya banda central estaba íntegramente esmaltada de azul. Lo tendió hacia Siwari sin pronunciar palabra. Ella lo tomó y examinó, cuidadosa, al sol. Su brillo pareció tranquilizarla. Fue entonces cuando descubrió una inscripción grabada en la cara interna de la joya.

—¿Qué dice...? —balbuceó interesada.

—Es un jeroglífico. El sentido de darte este anillo es que tú lo descubras. Ello ocurrirá cuando hayas conseguido serenidad y desapego.

Cuando Siwari dio por terminada la visita con un “gracias” que le salió desde los talones, mientras jugaba con aquel anillo que en su mano había adquirido una tibieza amigable, las últimas frases de Belajo tuvieron a bien acompañarla hasta su domicilio:

—Recuerda que los apegos y el tumulto interior te atan peor que las cadenas. Sé libre, Siwari, sé libre si quieres llegar a la Comarca...

XXIV

Cuando Bazul acompañó a su pequeña hasta la glorieta entretejida con enredaderas de flores blancas y margaritas de color violeta, su pensamiento permaneció fijo en Gacela, rogándole en todo momento que la vida de Siwari fuera feliz junto a Pantier. Se emocionó mucho ante la carita radiante de la novia, quien protagonizó la Ceremonia de las Flores y del Agua Pura con la misma pureza del agua que el novio virtió sobre sus perfectos pies desnudos. Luego besos, abrazos, lágrimas mal retenidas y copas en alto, música y danza.

En un momento, Siwari se escurrió por la puerta del fondo y caminó vivazmente por el aire llamando a Gacela. Sintió los brazos maternos alrededor de su talle y, al cerrar sus ojos, los de mamá se presentaron mentalmente y la bendijeron. Por último, su Voz Interior le recordó que para llegar a la Comarca del Aire Dorado debería cuidarse siempre de estar donde deseara de corazón estar.

Bazul sentía picotazos de temor en su pecho, de vez en cuando. A veces intuía que Pantier no era tan afín con su hija. Ella estaba enamoradísima y se mostraba transparente. El joven marido no lo era tanto y, más bien, parecía a veces molesto cuando ella relataba alguna experiencia puntual, de ésas tan extrañas que solían acontecerle y representaban, para ella, hechos normales.

Inmensa fue la alegría, no obstante, cuando él terminó su carrera y logró ingresar en el mismo hospital donde Bazul se desempeñaba desde hacía cuarenta años.

Otro feliz día fue también cuando Siwari les informó de su embarazo. Los más contentos por la noticia fueron Ada, Bazul

y Siwari. Ada notó que la alegría del futuro padre era más bien forzada...

Un punto oscuro había quedado en la tranquilidad de conciencia de la joven embarazada: no haberse sincerado con su esposo acerca de sus paseos por el cielo. Por ello, cada vez que tenía el impulso, lo reprimía arduamente si el joven estaba por allí. En una ocasión en especial difícil debió abrazarse a Ada, rogándole que la sostuviera porque sus muslos y pantorrillas empezaban a temblarle espantosamente. Ada la calmó como a un bebé y el deseo fue cediendo de a poco.

La pancita, por su parte, crecía en forma paulatina. El cabello ondulado, más sedoso y brillante que nunca, caía ya casi hasta la espalda de la joven. Sus ojos, mansos como siempre, parecían más llenos de enigma que nunca. Todo aparentaba placidez maravillosa y era por ese detalle que Siwari no entendía qué quería decirle Espejo cuando ella lo enfrentaba cada noche y le hacía experimentar una comezón en el esternón. Inquietud que comenzó a aumentar de noche en noche, inexplicable.

La primavera la encontró con la protuberancia de su maternidad bastante avanzada. Una tarde, plena tarde y bella como pocas, el eterno deseo la acometió de pronto y se apresuró hacia el jardín. Casi corrió hacia el cielo, sin siquiera pestañear por el peso suplementario. Una vez arriba, se dejó flotar hasta el lejano borde de los acantilados. Como era natural, las hadas hilanderas no estaban allí, mas Siwari descendió y descansó sobre las rocas, llenándose de maravillosas salpicaduras marinas. Cuál no sería su relajación, que el viejo nol apareció junto a sus rodillas plegadas, como una manchita inquieta. Mientras le sonreía, Siwari se preguntó por la edad del pequeño ser de color marrón: hoy su expresivo rostro contenía más arrugas que nunca. El nol pronunció pocas palabras: “cuídate y sé fuerte”. Ella lo prometió y decidió

regresar. Sólo faltaba una hora para que Pantier volviera del hospital y deseaba recibirlo con la comida caliente y un abrazo enamorado.

Al flotar sobre el prado de casa, un dolor espantoso atravesó su pecho y, sin entender qué presentía, se detuvo y bajó algo atolondrada hacia el césped... Pantier se encontraba de pie allí, contemplándola con una expresión horrorizada, mientras Ada, por detrás de él, hacía desesperados y mudos gestos hacia su chiquita. Ella levantó la mano hacia Pantier, al posarse sobre el jardín. El aire se había detenido y los pájaros habían callado; las flores se cerraron ante el primer grito de Pantier:

—¡Loca, chiflada, chifladaaaaaaaaaa...! ¿Qué hijo será ése que llevas en tu vientre? —el niño se sacudió en ese preciso momento—. ¡Me das asco, asco! ¿Entiendes? ¡Nunca más me busques!

Ni Siwari, ni Bazul, ni Ada... volvieron a verlo.

XXV

Iliar y Siwari hacían pequeños descubrimientos en esas viejas fotos. Eran las de su casamiento, muchos años antes. Madre e hijo vivían en Samboctú, un pequeño poblado lejos de La-Bé-Rhin, donde ella ejercía como médica y era extremadamente amada por su dulzura personal y sus aciertos profesionales. Iliar, ya de ocho años, descollaba en la escuela y era un marcado líder entre los otros chicos. Su mayor felicidad era cuando abuelo Bazul viajaba de visita. Siempre cargaba lindos juguetes para todos los chicos de la escuela y maravillosos libros que el pequeñín se encargaba de compartir con los compañeritos.

Mientras Iliar miraba por enésima vez aquella foto grande de su papá, tan hermoso en traje de novio, la mente de Siwari voló al día de su partida definitiva. Un calvario. Su vida, en un segundo alquímico lleno de perversidad, había devenido un abismo de desconsuelo. En su camino al Gólgota, había caído más de tres veces bajo el peso de su panza y de su cruz. Y, otras tantas, el pensar en su primogénito nasciturus la había puesto en pie e impulsado a caminar para adelante.

Cuando mucho tiempo más tarde fue a buscar a Lúhar, llevaba en un cochecito a Iliar y en ambas manos todas sus lágrimas secas y todas sus preguntas vacías. El arrepentimiento se agazapaba encaramado a su espalda.

Lúhar la vio llegar con su bagaje y meneó la cabeza. La abrazó como nunca antes.

—¿Y ahora, Lúhar? —un cuervo de sombras tapó el sol.

—Y ahora... ¡tienes esto! —señaló con sus tupidas cejas hacia el niño.

—No, no... —entornó los párpados, los labios parecieron agrietarse y suspiró apenas—. Te pregunto por el camino a la Comarca...

—¿Te perdiste?

—Sí. Espejo Blanco está oscuro, Árbol Sabio se volvió ignorante y a mi Voz Interior le salieron nódulos en las cuerdas vocales...

—Entonces, ahora vas a tener que enfrentarte a ti misma y dejar de hacer más tonterías, Siwari. ¡Baja al interior de tu corazón mientras estés en meditación! Sólo en estado de oración Dios se te manifestará...

En la primera bajada hacia su corazón salieron a recibirla los Defectos. Entre ellos, su credulidad, su falta de astucia, su... poca lucidez. ¿Su capricho? Siwari se debatió intensamente contra ellos y cuando se volvieron muy molestos, volvió a visitar al loco remendón de paredes.

—Intégralos, Siwari. Hazlos tuyos y pídeles su energía para hacer mejores cosas...Pero no luches contra ellos.

Volvió confundida a casa.

Otro problema de regulares dimensiones debió enfrentar en la cerrada y dogmática sociedad de La-Bé-Rhin: la pésima fama que sobre su salud mental había hecho circular Pantier antes de irse a un país allende el mar. Si bien ella pudo manejarla (aunque los últimos tramos de sus estudios fueron fatales), pronto advirtió que la cuestión sería menos llevadera para Iliar. Y por eso, rendida la última materia junto con Marcé, su valiente amiga, ambas optaron por aquel alejado Samboctú.

Marcé se convirtió en “tía Marcé” y los tres desarrollaron una hermosa vida durante dos años. Cuando su amiga, pasado ese tiempo y con su práctica concluida, regresó a La-Bé-Rhin, Siwari logró ser contratada en el pequeño hospital local

y permaneció entre estas buenas gentes, de quienes aprendió muchas cosas de la Sabiduría.

El día que Iliar cumplió sus catorce años, impregnados de lúcida madurez, Siwari retornó a la casona de piedra de su padre. Espejo Blanco le produjo regocijo en el alma, el abrazo de Árbol Sabio tuvo fuerza inusitada y la placidez del jardín la invitó a caminar por el aire.

—¿Vienes, Iliar? —éste pensó, se puso serio, sonrió y dijo “sí”, tomándose al principio de la mano materna, para convertirse, en seguida, en un eximio paseante aéreo.

Meses más tarde, al salir del quirófano particularmente cansada, la mujer tomó una decisión y condujo silente y reconcentrada al volante de su coche verde. Al frenar ante el viejo semáforo, sin embargo, detuvo su mente y recordó a Popíos, Cranor y Manlín. Un hondo suspiro abrió sus bronquios. “Todo cambia”, pensó, “es lo natural”. Manlín había muerto de sobredosis, de Cranor nadie le había sabido dar razón y Popíos era ahora un estudiante avanzado y brillante de Leyes. Puso el guiño, manoteó para borrar una lágrima y dobló hacia la izquierda.

Al entrar en casa, dejó caer su cartera y enfrentó a su padre. Lo vio más viejo aunque no vencido.

—Papá, voy a decirte algo.

Y como Bazul siempre la había respetado en sus decisiones, esta vez volvió a hacerlo. Fue así como, al finalizar el año, finalizó también una etapa algo turbulenta de la existencia de Siwari.

—Ve en paz, hija. Sigue tu propio camino, aunque sepas que tu búsqueda es la misma de todos los humanos de buena voluntad.

La mano paterna, agitando un pañuelo blanco en la terraza del aeropuerto, se hizo más pequeña a medida que la nave remontaba las alturas. En la valija de Siwari, sus ahorros, su esperanza y la firme voluntad de adquirir fortaleza antes de llegar a la Comarca del Aire Dorado.

XXVI

Hoy había amanecido con su mente fuertemente adherida al recuerdo de Voriel. Y, pegada a él, la imagen de papá. Luego, por sucesión de estampas asociadas, un hilo de pena había enhebrado perla tras perla en su tráquea. Ahora, en el avión, le costaba respirar. Trató de pensar con otras palabras, buscó reconstruirse como una nueva zona espiritual, mágica y poética. Echó mano de algún verso simbólico: al repetirlo mentalmente, tuvo la percepción de regiones fantásticas sucediendo mientras transcurría, fuera de foco, su razón.

—¿Por qué lloras, mami? —Iliar siempre le descubría los secretos.

—Porque nos vamos, Iliar.

—¿Por qué nos vamos, entonces? —una expresión perpleja escindió en violetas y verdes el maravilloso azul—Pantier de sus ojos.

—Porque la vida continúa...

Pensó en la última conversación con papá, la noche anterior. También preocupado por Voriel y su bohemia irredimible, llena de irresponsabilidades paternas y conyugales, Bazul había intentado ahogar su aflicción para no agregar peso a la mochila de la que partía.

—Te entiendo, papá... ¿Qué hace que una persona bien criada, rodeada de ejemplos valiosos... sea, simplemente, un delicioso pero insufrible Voriel? —con ojo crítico consultó sus uñas esmaltadas de rojo, que ya lucían una pequeña mella.

—No hay respuestas, hija. Tal vez sea una cuestión de punto evolutivo. ¿Quién conoce el grado de evolución de quién? —un silencio pesado los envolvió. Luego: —Puede que

la sal de la vida esté en lo inesperado de los frutos de cada árbol humano...

Hoy, Siwari partía a rumbos ignotos con su maleta pletórica de esperanzas. Esperaba haber cerrado para siempre su maletín de médica. Buscaba otras metas. Buscaría, por fin, la Comarca sugerida por mamá. Y sabía que partir —una suerte de morir/nacer— significaba la dejación de cosas. ¡El desapego, al fin y al cabo! Sólo había traído su Espejo Blanco... y, por supuesto, los últimos consejos de Belajo y el postrer recuerdo de Lúhar. Lúhar, que días después aparecería muerto, con la frente apoyada en la eterna cuchara remendona y desusada placidez en sus poderosas cejas, tal vez feliz por haber cumplido su destino. También Marcé y el Árbol Sabio quedaban atrás.

El largo camino aéreo que definió su avión se le antojó aburridísimo, algo impensable cuando marchaba livianamente por el aire. Tras la cena plástica que la amable azafata le sirviera, Iliar había caído presa de Morfeo y de su propio tedio y Siwari se dedicó a pasar sobre su pantalla mental proyecciones —algunas olvidadas— de cosas y personas de su pasado. “El pasado no existe”, terció su Voz Interior. Sin embargo, el reflejo de aquél le mostraba cierto sabor amargo, porque ser como era la había signado como una solitaria. Y a su sueño de amor eterno, el capricho del destino había opuesto una historia diferente. Era un milagro la existencia de Iliar y, probablemente, la luz más grande en su panorama. “No seas terca”, oyó de nuevo decir a su Voz.

Vinieron en tropel a su memoria los Defectos que un día tanto la asustaran. Ahora sabía, por lo menos, que no debía ahuyentarlos sino integrarlos a su Energía Radiante. Había aprendido, tropezones más, tropezones menos, que su gran enemigo era el Miedo y que el Miedo se dividía en pequeños miedos dispuestos a entorpecer su destino. Sabía que se

disfrazaba de mil maneras para confundirla... Sabía, al cabo, que el Miedo viene desde el Lado Oscuro de la Vida. Pero ya era un incalculable tesoro conocer estas circunstancias. Cerrando un suspiro, Siwari se propuso trabajar para despertar su conciencia.

Bajó la escalerilla metálica del airbus con sorprendente seguridad, sonriente... y ligera de equipaje.

XXVII

—El gobernante justo, señoras y señores, es aquel que primero piensa en su pueblo y mira por su pueblo; el que al pensar en su pueblo, primero le da amor y respeto y luego trabajo y alimento...

Concentrado aplauso abrochó sus palabras, pero en los ojos de Siwari sólo sonrieron unas pocas gotitas saladas. Siempre sería así mientras las palabras fueran sólo palabras y los aplausos sólo sonido, y faltara mucho, mucho todavía, para llegar a los hechos. Su Voz, de nuevo, susurró: “Tú dedícate a sembrar, cabezota; los frutos no te pertenecen”. El rostro, entonces, le floreció y, profundamente apaciguada, extendió sus manos sobre el público y pronunció:

—¡Dios os bendiga!

Esa noche terminó su meditación y comenzó el desfile de consultas, interminable cantidad de personas que parecían tenerlo todo, para acabar confesándole que no tenían nada: ricos riquísimos que carecían de salud, bellos bellísimos que habían olvidado la música de la risa; eruditos incapacitados para comprender la Unidad de lo Viviente; sacerdotes sin fe en la divinidad que decían representar. Y también niños y niñas, ancianos y ancianas que sufrían y pretendían de ella, sencillamente, la imposición de sus manos piadosas y llenas de curaciones.

Iliar y Siwari compartieron un té rojo cuando el último sahumero del día se hubo apagado, dejando una estela de amor aromático en su habitación.

—Te ves cansada, madre... —murmuró el muchacho, alcanzándole la tacita de porcelana.

—Calla, calla... Tócame algo en la guitarra.

Y mientras el joven la complacía, ella se levantó risueña

y comenzó a moverse. Como cada vez que bailaba, un coro de lucecitas se movía a su alrededor. Esta noche, su Signo brillaba más que nunca... ¡Cansada, sí, más cansada que en otras ocasiones! Pero contenta, feliz porque este cansancio era parte del “sí” que había dado a sus deseos, pese a su permanente sensación de incertidumbre y de no-lugar en este planeta...

En ese momento, unas palmadas, afuera, interrumpieron la pequeña fiesta. Era Maese Lepisma, el herboristero, llamándola porque su hijita moría víctima de una extraña infección. Siwari tomó en brazos a la niña.

—¿Qué sientes, Ibqú?

—Falta de fuerzas, Siwari. Tengo paz. Ya no me duele nada...

—¿Ves a alguien?

—Sí... —en seguida el tono dubitativo cambió-. Es una señora, Siwari, que me dice que te tenga confianza, porque tú me ayudarás a cruzar el Río Violeta.

Como en otras ocasiones semejantes, Gacela venía a apoyarla en su labor de apoyo.

—Fuerza, Ibqú. Voy a recostarte en el barquichuelo que viene a llevarte a la Tierra Prometida.

—¿Es lindo allí, Siwari? —un hilo de voz fue todo lo que se oyó.

—Es muy lindo. Encontrarás la Luz y la Paz duraderas. La señora te ayudará a pasar...

Con los mismos dedos con que cerró los ojos de Ibqú, Siwari acarició la cabeza de Maese Lepisma.

—¡Llora pronto, padre amante, y luego corta tu llanto para que ella pueda ascender!

Más tarde, pese a la oscuridad de su habitación, sentada sobre una estera en posición de loto, Siwari se veía como encendida y etérea; el Signo, fuerte, reinaba entre sus cejas todavía oscuras...

XXVIII

A veces la extraña mujer caía, profundamente perturbada... “¿No había yo superado estas dudas?”, se decía entonces. Comenzaba en seguida el lento remontar de su experiencia y de su sabiduría. “No, Siwari, todavía no eres sabia”, recriminaba la Voz. Pero sus Ananses –pequeñas voces de desafío que se le habían revelado al encontrar la punta de su ovillo, ya muy adulta– la impulsaban a seguir en ruta. “Si te quedas aquí, no llegarás nunca”. Entonces amaba conversar con su hijo.

–¿Qué es lo que más te cuesta, madre?

Siwari pensó un largo rato... ¡Le costaban tanto tantas cosas...! Sin embargo:

–Pensar, sentir y actuar en unidad, sin fisuras. Cuando me disocio, sufro y pierdo fuerzas... –respondió–. ¿Y a ti?

–La paciencia, mamá. Soy impaciente, intolerante. Con frecuencia me vuelvo injusto...

Unas campanadas, a lo lejos, no pudieron disolver en ese instante la brutalidad de algunas noticias vociferadas por el televisor: habían descubierto, en cierto lugar, que se alimentaba cerdos con partes mutiladas de los cuerpos de unas prostitutas.

–¡Eso, madre! Eso me mata –la mano masculina se había alargado, rígida, hacia la pantalla–. Me cuesta infinitamente recordar que hasta lo más terrible tiene su razón de existir y no me pertenece. ¡Entonces me siento un Mesías y deseo salir con mi lanza a cambiar el mundo...! – silencio opresivo siguió a aquellas palabras...

–¿Y entonces? –animó suavemente la mujer–. ¿Por qué no corres a cambiarlo?

–Porque no he venido a cambiar el mundo sino a ser mejor persona...

–... a evolucionar hacia niveles altos... –continuó ella...

–...¡A ser feliz! –completaron a dúo.

Entonces rieron y mamá abrazó aquella joven cabeza obcecada...

XXIX

—¿Sabes, Ada? —el hablante y la aludida vigilaban con la mirada a la pequeña huérfana, entretenida junto a la fuentecita de piedra, más allá de los últimos parterres de la plaza central. Un sinfín de mariposas de colores revoloteaba alrededor de ella. De repente, las campanadas de las doce levantaron desde la torre del templo un millar de palomas, justo a tiempo que un millar de mariposas se posaba sobre Siwari: su vestido blanco quedó disfrazado de arcoiris. Bazul, ante un hecho más, sonrió; Ada, menos ducha en estos menesteres, disimuló su carraspeo.

—...Siwari es una nenita diferente de las otras que conocemos —completó Bazul. El dejo de nostalgia en su afirmación trasuntaba la tristeza de la pérdida de Gacela—. Cuando mi esposa vivía, era más fácil para mí criarla. Ella... ella parecía entenderla en todo, la presentía, la miraba y ya sabía qué sucedía...

—Eso suele ocurrir siempre con las madres, doctor —apuntó la práctica mujer—. No hace falta que la hija sea diferente... Bazul sonrió bonachón. Era verdad...

—...Pero precisamente por ser nuestra hija tan especial, la presencia de su madre era más necesaria...

Siwari se había sentado sobre el pasto (Ada pensó que se ensuciaría, porque había llovido el día anterior, mas nada dijo, pues su patrón era de los que pensaba: "Se lava la ropa sucia y listo"). Un perrito sin pedigrée charlaba animadamente con la niña sentada, que reía en forma saludable. Los cortos ladridos del animal y la risa de ella atrajeron a unos lustrabotas cercanos. Ada se puso en guardia; Bazul, una vez más, nada dijo. Sólo recordó una antigua y repetida frase de

su esposa: “Ella emana energía amorosa. Dudo que alguien desee herirla”.

Al corro de junto a la fuente se habían unido otros niños y niñas y más perros. Una algarabía luminosa demostraba a los paseantes que todavía el mundo era un sitio para la esperanza.

Llegada la hora del almuerzo, Bazul se acercó a su hija, que en ese momento tomaba de la mano a un niño de su tamaño y edad, sumamente pálido y de ojitos ausentes. El hombre percibió la fuerza de una corriente entre la mente de la chiquita y el corazón del muchacho.

—¿Sabes, papá? —comentó ella al alejarse del grupo—. Ese niño va a morir pronto. Pero su mamá y su papá lo esperan en el cielo, así que todo está bien.

Pocos días más tarde, el periódico mostraría su pequeña foto en una esquila participada por los compañeros de colegio. Como médico, sólo pensó que la Vida, en el cumplimiento de su ciclo, a veces resulta dolorosa; como padre, un sentimiento de confusión atenaceó su garganta... ¿Habían decidido bien, él y su esposa, tantos años atrás, al respetar el modo de ser de Siwari y no llenarla de reglas sociales? ¿Qué precio podría tener esto en la joven vida de Siw?

Para el siguiente cumpleaños tuvo una primera, incluso provisoria, respuesta.

—Doctor Bazul —el tono preocupado del ama de llaves lo llevó a levantar la cabeza del diario con presteza—. Se aproxima el cumpleaños de nuestra niña.

—¡Tienes razón, Ada! ¿Quieres hacerle una pequeña celebración? —se entusiasmó, plegando las grandes hojas impresas y dejándolas abandonadas. La sola idea lo puso de pie, restregándose las manos, regocijado.

—Justamente, señor... Pero ella dice que no tiene amigas...

—¿Y las compañeras de escuela? —se sorprendió él.

—Dice que la miran con desconfianza, que algunas se le burlan...

Bazul se mantuvo caviloso por varios días, inclusive luego del cumpleaños que no pudo ser celebrado.

La directora del instituto (cuyo pomposo nombre recordaba la “educación integral del alumno, incluso la emocional”) lo recibió un tanto aprensiva.

—Ocurre, señor, que su niña es demasiado rara.

—¿Podría usted explicar qué es “rara”?

—A ver... —se puso a pensar con velocidad—. Mire. El otro día se metió un perro en el colegio; como venía corriendo, hubo gran desbande en el patio, ya que estábamos en el recreo. Todos nos escondimos en las aulas, pero Siwari, que estaba comiendo un emparedado de queso, lo miró y caminó sonriendo... ¡sonriendo y sin miedo!, ¿me sigue?, hacia el animal, diciéndole: “Sé que prefieres la carne, pero este quesito está delicioso y te gustará”. Se arrodilló a su lado y le hizo comer su merienda. Luego lo alzó, como pudo, hasta el bebedero, y lo hizo beber...

—¿Y entonces? —indagó el hombre, totalmente entregado a la causa de su hija.

—¿Le parece poco, doctor?... Entonces, Siwari besó la cabeza del animal y lo acompañó a la puerta. ¿Sabe con qué discurso lo despidió?

Bazul negó con la cabeza, divertidísimo.

—“Ahora vete tranquilito y no vuelvas a hacer asustar a la gente, porque podrían castigarte”. ¡Señor, nunca conocí a nadie así! —concluyó, enteramente agotada.

—Yo sí conocí a alguien así... ¡No, no personalmente, claro! Se llamaba Francisco de Asís...

Mientras desandaba el trayecto a casa, disfrutando a pleno pulmón de esa mañana que, por alguna razón, acababa de tornarse más plena, Bazul pensó que no tenía sentido sacar de esta escuela a Siwari: al fin y al cabo, en todas sería igual. Advirtió también, en ese instante, que la directora tenía una sombra de bozo que no le sentaba bien...

XXX

El elegante político había tomado asiento en el único sillón frente a su anfitriona. Se veía un tanto sorprendido, pues había esperado encontrarse en una imponente biblioteca construida por sesudos libros de política, historia y filosofía y, en cambio, se hallaba ante una sencilla mujer, vestida de larga túnica amarilla, sandalias y sin maquillaje. Su rostro perfecto y de porcelana, por el contrario, guardaba vivacidad inocultable, una sabiduría no ostentosa pero perceptible.

—¿Qué lo trae en mi busca? —interrogó con suavidad.

Algo en esa voz profunda, tal vez la velada confesión de que sí sabía cuál era el motivo de consulta, lo puso en guardia.

—Quiero que me diga cómo ser un presidente justo... —respondió inseguro. Ahora mismo se estaba preguntando qué impulso había seguido para viajar tantos miles de kilómetros —exactamente desde el lado opuesto del mundo— con el fin de hacer esta pregunta. Caviló y recordó que sus consejeros no habían tenido una respuesta y el filósofo le había sugerido hablar con Siwari. Su fama era ya extendida.

La mujer sonrió y el presidente extranjero descubrió una suerte de extrema juventud en ese espíritu. Se sintió ahora seguro y le planteó que todo lo que se proponía hacer acababa boicoteado y destruido por los grandes intereses.

—... Ni siquiera sé cómo he podido mantenerme en el gobierno —terminó.

—Eso es fácil, señor Presidente. Usted sigue allí porque la Inteligencia Divina que todo lo gobierna, aunque a veces lo olvidemos, necesita que usted siga firme en su cargo.

—¿Necesita...? —dudó el hombre. En sus cuarenta años de político, jamás se había sentido más débil.

—¡Claro! Mire: el mundo está cambiando. La gente ha comenzado a despertar y forma parte de la historia humana que este cambio se produzca.

La pausa de Siwari fue interesada; en seguida continuó:

—Lo que quiero decirle es que los seres humanos estamos redescubriendo la afectividad, el mundo de nuestras emociones. Un sabio, un antiguo sabio nos lo reveló hace dos milenios: hay que amar a los otros como nos amamos a nosotros mismos; hay que perdonar a los enemigos; hay que dar agua, compañía, pan y amor a los que nos necesitan...

—¡Jesús! —exclamó el presidente.

—Sí, Jesús. Fíjese usted cuánta claridad hay en su mensaje. Si usted no juzga a los otros, tampoco será juzgado por ellos; si usted no odia y deja que su corazón sea como el agua cristalina de las fuentes, su mente y su corazón serán sanos y transparentes y la ausencia de odio será garantía también de salud física...

Dicho por ella, parecía una novedad. De pronto, recordó algunos rostros que para él representaban la contradicción de este mensaje tan profundamente humano y su cara se ensombreció.

—No, no —adivinó ella una vez más—. Los nuevos tiempos pueden permitirle cualquier cosa, salvo bajar los brazos y entregarse—. Siwari abrió una puertecita de la reducida biblioteca y tomó un libro pequeño y viejo del estante que apareció ante su vista. Muy usado.

—Tome —se lo ofreció—. Es una obra de teatro de Sartre, el filósofo francés. Lo curioso es que tiene terrible actualidad.

El político miró el título: “El engranaje”.

—¿Desea que lo lea?

—¡Por favor! Volverá mañana como a esta hora, ¿verdad?
—aseguró ella.

Al día siguiente, Fértul le confesó que le había ocurrido, al asumir la presidencia de su país, lo mismo que al protagonista de la obra que leyera la noche anterior.

—¿Y qué decidió hacer? —indagó Siwari con fuerza.

Fértul, nuevamente inseguro, no despegó los labios.

—Anímese, señor Presidente. ¿Cuántos millones de personas dependen de usted? ¿Cuántos creyeron en sus promesas? ¿Cuántas vidas mejorarán... o empeorarán... según sus decisiones?

—¡No me agreda! —exclamó el hombre, poniéndose de pie como un muñeco accionado mecánicamente. Suspiró en lo profundo e inició una caminata interminable alrededor de la habitación. Diez minutos más tarde, Siwari le pidió que se calmara.

—Me ha mareado, señor.

Fértul rió y se disculpó. Tomó asiento y le clavó dos ojos renegridos sumamente interrogadores. Ella le entregó una tacita de infusión de tilo. Volvieron a reír. Cuando reiniciaron el diálogo, Siwari estaba seria.

—No hay empresa ni vida valiosas que no conlleven riesgos. A más riesgo, más valor. Las grandes empresas no son para los tibios que Jesús vomitará de su boca.

Silencio cargado de preguntas y respuestas. Un sorbo de té de Siwari, un sorbo de Fértul...

—No cambiará usted la historia ni la suerte de su gente si no cambia su propia interioridad. Sólo si es usted capaz de reconocer que su pueblo está formado por personas iguales que usted, con sus mismas necesidades, con idénticas expectativas y sueños, podrá hacer algo por ellos. Sólo si sabe que Dios no se esconde en los templos sino que se cruza diariamente con nosotros por la calle, será el líder que nece-

sitan. Sólo si se arremanga para trabajar a destajo, respetando un plan previo pero siendo creativo cuando las circunstancias lo impongan, podrá salir adelante...Señor Fértul: le estoy hablando de la nueva espiritualidad.

El pitido lejano de una locomotora llenó la boca inmensa de la noche, más allá de la ventana iluminada de los interlocutores. Siwari sonrió internamente al recordar una antigua pregunta: “Mamá, ¿a dónde van los trenes?”...

—Pero hay algo que un gobernante nunca debe olvidar...- Habían dialogado toda la noche. Hablado de petróleo y oro, del agua escasa y la necesidad de industrialización del lejano país, del dinero amoral y de los mercados y de quienes parecían concentrar toda su fe en los recursos económicos. Siwari miró a través de los cristales el inminente advenimiento de la aurora:

—Vea, señor. Embébase de estas nubes rosadas llenas de fantasía. ¡Disfrútelas y piense que éste también es un modo de mirar el mundo! —se volvió hacia él y concluyó su idea:

—¡La educación, señor Presidente! Nunca olvide la educación, principal fuente de todo tipo de riquezas. Eduque a sus niños, niñas y jóvenes para ser felices. Enséñeles a ser humanos, alegres y confiados. Que aprendan poesías, que rían, que sepan cantar y bailar. La vida bulle en el alma niña de todas las personas. Aliméntela... Ensalce esa vida... ¡Luego me cuenta!

XXXI

La hermana bigotuda de Bazul había llegado de visita. Sin grandes miramientos criticó a Ada la poca limpieza de la cocina, el olor a encierro y escasa ventilación del living y la falta de encendido del gran hogar. Ada tragó, respetuosa, y se disculpó mientras el dueño de casa, sin excesiva simpatía, pensaba no por vez primera en lo conveniente que sería para Pernicia el uso de cera depilatoria.

—¿Dónde está la niña? —exclamó la visitante, pechando la puerta trasera con un movimiento tan robusto como el propio brazo que utilizó para hacerlo. El chirrido de sus goznes motivó otra crítica al ama de llaves, ya a punto de roerse los nudillos...

Y allí estaba la endemoniada niña, tal como lo sospechara. Tiempo hacía que había detectado la absurda preferencia infantil por los espacios abiertos. Sentada en el único banco de hierro pintado de verde, allá lejos entre los abedules pero en una ubicación tal, que quedaba directamente expuesta a la vista de lince de la tía.

—¡Si-wa-rí, Si-wa-rí! —llamó a gritos con aquella acentuación odiosa que siempre ponía en el nombre de su sobrina (“¡ese nombre tan poco cristiano que tú y tu esposa le pusieron!”).

—No, mami, no —musitó la pequeña, sosteniendo con resistencia un sahumero de canela encendido entre sus manos, sin permitir que la llamita se apagara. Entre sus colores cambiantes y ondulados veía ella a Gacela, la de los ojos risueños, y no quería abandonar tan deliciosos momentos para recibir a su poco empática parienta.

—¡No, no! —insistió Siwari. La sutil imagen de Gacela le hacía breves señas de ir con los adultos. Finalmente pareció convencerse, sopló el fueguito impregnado de mami y caminó, indecisa al principio, hacia Pernicia y Bazul. Más tarde, esa misma noche, juró una y diez veces ante papá que ella no se había dado cuenta “y sólo cuando vi a tía Perni caer desmayada en el pasto” percibió que había iniciado una de las tantas caminatas de su felicidad.

La desgraciada mujer reaccionó finalmente merced a las habilidades y conocimientos médicos de Bazul, quien intentó convencerla de que todo había sido un mal sueño. Sin embargo, algo demasiado vívido y picante en las pupilas infantiles alertó a Pernicia, quien no sólo salió huyendo y sin dar razones, sino que nunca más, nunca jamás y jamás de los jamases regresó a la casona maldita.

—¿No la extrañas, papá? —preguntó Siwari muchos meses después, sintiendo que ella sí extrañaba mucho a Voriel y un poco menos a Aló—i cuando no venían o no telefoneaban.

—No, mi amor —respondió aquél con inmensa ternura brotando de sus ojos azules y pellizcando con suavidad la tersa mejilla arrebolada de corretear y volar por el fondo—. A veces nos juntamos a tomar un café en el centro o yo paso por su departamento.

¡Cuestión zanjada!

Y colorín colorado,

nunca un desmayo fue más festejado...

XXXII

Desde que descubriera aquella deliciosa cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones (que nunca fueron más de cuatro, ni tampoco ladrones sino científicos), la novel estudiante no dejó de concurrir allí al menos una vez por semana.

El laboratorio quedaba en el último piso de la universidad y hasta allí, por razones técnicas nunca aclaradas, el ascensor no llegaba. Era necesario emprender la subida por una escalera de caracol, labrada en chirriante y helado hierro negro. Altas y brillantes paredes de azulejos blancos protegían, como nutricia matriz, la Ciencia que en ese sagrado recinto se albergaba. Decenas de microscopios, máquinas y aparatos de nombre extraños y extraños olores y lucecitas parpadeantes se daban cita en el lugar.

Dado el horario de sus visitas, Siwari solía encontrarse con Zarús, uno de los biólogos. Hombre que duplicaba su edad, la centuplicaba en solemnidad, especialmente cuando la joven, cada vez más confianzuda, se metía con su microscopio y con su microespíritu... Era una broma femenina frente al agnosticismo masculino.

—Cuando veo esto —señalaba ella de vez en cuando hacia el microscopio en funcionamiento— me parece poco creíble que no creas en Dios.

—Dios, Dios... ¡ah, vosotros, los que creéis en semejante patraña! Déjame a mí de estupideces que no puedo medir o pesar...

Acostumbrada al discurso, Siwari solía lamentar lo que el buen científico se perdía por pensar así. Porque para la joven una flor podía ser un conjunto de estambres y pecíolo —u otras partes— pero sólo la poesía y la infinitud explicaban la

expansión de su pecho cuando los parterres del prado trasero de su casa florecían o cuando brotaba, junto a la ventana de su dormitorio, la primera rosa amarilla.

Pese a todo, entre los dos existía sincero cariño y respeto profesional. Ella, futura médica, y él, actual científico, habían encontrado numerosos puntos de convergencia en sus saberes y disfrutaban debatiendo sobre todo ello. Para la época en que Siwari dejó de ser alumna, notó que Zarús declinaba en un montón de cosas: en primer lugar, en su admiración por ella (“con ese pensamiento mágico que tienes, jamás serás buena médica”); en segundo, en su mirada sobre la vida en general y el mundo (“cada vez creo menos en todo, incluso en la ciencia”); por último, en sus afectos: no tenía, ni le importaba, amigos ni relaciones duraderas con sus parientes. Y pese a que a veces su brutalidad con ella la conmovía, nunca dejó de vivenciar una intensa piedad por él, habiendo lloriqueado más de una vez sin ambages, frente al científico, “por todo lo que te pierdes, Zarús, por todo lo que no vives”.

En alguna ocasión prefirió elegir otro horario de visita, para encontrarse con el físico o el químico que trabajaban de madrugada, justo cuando el amplio techo de vidrio transparente dejaba pasar la “aurora de rosados dedos”* y el día, como un irreverente Caballo de Troya, se introducía en el laboratorio con su miríada de milagros cotidianos. Porque el físico y el químico sí creían que en los micromundos y en el macrouniverso convivían las ciencias con la poesía.

Varios años después de abandonar la universidad y varios prejuicios existenciales, y también después de haber superado miedos, juicios y apreciaciones innecesarios para ser feliz, Siwari regresó al antiguo laboratorio un día de aquellos que había amanecido nubífero y huidizo.

* Homero, "La Ilíada" (N. de la A.).

—Zarús murió el año pasado —le explicó Franjof en voz baja y nada alegre. Había aprendido mucho y bueno del ausente y era doloroso hablar de ciertas cosas de él frente a la antigua amiga.

Siwari bajó, lenta y pensativa, los estrechos escalones de hierro, reconociendo que nuevos chirridos se habían añadido a los que conociera. No supo muy bien si era la falta de luz exterior o de la suya propia, pero el pasillo hacia la salida del edificio se había tornado de pronto opaco y desconocido. También la puerta vidriera sonó a dolor de goznes cuando la empujó con escasa fuerza... Venía recordando su última pregunta a Franjof: “¿De qué murió?”, y la respuesta: “De color gris y falta de fe”.

En ese instante, unas gotas ácidas de lluvia tintinearón sobre su frente desprevenida...

XXXIII

Había caminado a buen paso, enérgica y sin concentrarse en pensamiento alguno. Cuando llegó al final del espigón solitario, el agua fría y oscura que se revolvía allí abajo la saludó con la alegría de sus salpicaduras. Alrededor, el mundo parecía haber caído en el sueño, ni una gaviota graznaba, ¿estarían también los peces dormidos? Sólo las campanadas de las ocho de la noche, en algún templo de la ciudad, rasgaron el aire sin herir el incendio absoluto que, cuévano poderoso, contenía ahora todo lo que su vista podía abrazar.

Siwari dio la espalda al mar y miró la larga avenida por la que acababa de llegar. Las palmeras, en silenciosa imploración a lo alto, parecían trazos negros de Picasso, aquellos que con su eterno plumín solía dibujar —sólo unas líneas que traducían toreros y toros— sobre las breves servilletas de su Café preferido.

Levantó, tras rebuscar en un bolsillo, el dedal blanco que le obsequiara Belajo. Y miró adentro: sin miedo, llena de preguntas. Había palpado la nostalgia por su padre y dudaba sobre los próximos pasos a dar. Anoche, Iliar había telefonado para tranquilizarla: abuelo Bazul estaba aún saludable y bien atendido por Pupé, la nueva ama de llaves.

—¿Y Ada? —primera oleada de miedo en sus intestinos.

—Tranquila, mami. Se jubiló y ahora vive con su gente.

Una sonrisa habíale aliviado la tensión, aunque sabía que otras nostalgias viboreaban pretendiendo enroscarse a sus tobillos. “No se lo permitiré”, sentenció.

Dedalito, dedalito, ¿qué tienes hoy dentro de ti? ¿Qué ignotos horizontes a intentar o qué viejos caminos a clausurar? La mujer, colmada de naturaleza y apertura expectante,

desanduvo el trayecto hacia las gráciles palmeras oscuras, resistentes en la luz que moría para renacer en sombras plenas. Cuando se sentó en un banco de piedra de la avenida, acababan de estallar la noche, sus luces, sus bocinazos, tanta alegría... ¿Alegría? Apretó el dedal entre sus manos tan cerradas como los ojos, mientras la pantalla interior comenzaba a desgranar una vieja memoria de su infancia, una escena ya casi olvidada. Curiosamente, percibió recién en esta nocturna soledad el temor que sus padres habrían experimentado aquella vez. Siwari estrechó el dedal y sintió que había crecido... Lentamente, comenzó a llevar sus manos hasta la altura de la boca y a despegar los párpados, en cámara lenta, buscando enfocarlos entre aquellas manos en ascenso... ¡Como había sospechado! El foco de neón cercano a su banco hizo brillar la estatuilla de plata bruñida que le ocupaba y desbordaba las palmas, desbordándole también cascadas de emoción y llanto en tanta cantidad, que un niño que pasaba andando en bicicleta se detuvo junto a ella y le preguntó si necesitaba algo. Sorprendida por esta muestra de sensibilidad en una ciudad, como toda gran ciudad, indiferente y pasotista, fijó sus ojos de almendra en los ojos de almendra del pequeño y vio en ellos el Brillo Dorado. ¿Dos diminutos promontorios separaban apenas sus cejas o era sólo la claridad de su cabellito rubio?

Siwari corrió las lágrimas hacia los costados y sonrió, sonándose discretamente.

—¿Cuántos años tienes, Pliné? —quiso saber ella.

—¿Me conoces? —se asombró el infante, bajando decididamente de su bicicleta plateada.

—Puede ser...

—Ocho. Tengo ocho años —estaba menos sorprendido ahora.

—Me siento bien, Pliné. Gracias. No pierdas nunca tu delicadeza...

Pliné pensó que eso era imposible, con la voz insistente de su Ángel de la Guarda, siempre sugiriéndole cosas...

—Me emocioné recordando unas escenas de mi infancia. Era más pequeña que tú, entonces—. Extendió la estatuilla brillante hacia el niño—. ¿Qué ves en ella?

La bicicleta estaba apoyada en el banco; Pliné y Siwari, sentados, encontraban semejanzas entre sus visiones de las figuritas que conformaban el objeto observado.

—¿Te llamas Siwari? —preguntó él tras un sacudón.

—Sí—. La mujer rió con su risa de niña, ya sin curiosidad.

—Bueno, mira, amiga Siwari. Éste de aquí es un nol; ésta, un hada viejita, y esta otra, una más joven; estas dos son hilanderas de poesía y música: están hilando los sonidos de la creación; éstos son gnomos de los bosques y éstas, sirenas de las aguas mansas...

—¿Sabes, Pliné? Coincidimos... Ahora... ¿Qué están haciendo?

—Una ronda. ¿Ves que están tomados de las manos y de las cinturas? —un dedo inteligente confirmó las palabras pronunciadas, señalando las uniones de los diminutos personajes—. ¿Sabes, Siwari? Si los seres humanos pudiéramos hacer rondas, siempre he creído, no tendríamos guerras, ni asesinatos, ni sufrimiento de ninguna clase...

—¿Qué miran hacia lo alto?

—¿No lo sabes, Siwari? Agradecen sus vidas a la Gran Inteligencia que gobierna lo existente...

Antes de separarse, la mujer le ofreció el objeto de plata como regalo.

—¡No, no, Siwari! Es tuya. Ya he sido feliz por conocerla y no la necesitaré para recordarla... Sólo dime... ¿De qué material está hecha?

—¿Tú qué crees? —sonrió la propietaria.

—¡De luna!

—De luna, pues; es de luna.

Liviana, alegre y tumultuoso su corazón otra vez infantil, Siwari regresó a casa expandiendo sus pulmones para apresar en ellos el aroma de los miles de nobles jazmines que perfumaban la ciudad. No le costó, en tal estado, regresar por el atajo de sus recuerdos hasta sus mágicos cuatro años, a la escena recordada antes de aparecer Pliné. Aún humeaban en el living las cuatro velitas que había apagado con sus padres y hermanos, y la cumpleañera ya estaba sentada en el perdido banco de hierro de su jardín. Gacela se había entretenido en los menesteres de la cocina y, cuando salió a buscarla, la encontró embobada mirando el inusitado disco de la luna llena, casi—casi a la altura de sus manos...

La llamó en vano. Cuando se acercó a la niñita, lagrimones espaciados profundizaban en su rostro la suciedad del merengue rosado de la torta.

—Mira, mami—. Alzó sus manecitas que pesaban bajo una estatuilla brillante.

—¡Qué bello! —Gacela se inclinó y pudo percibir vagamente las mínimas formas de diversos seres fantásticos, enlazados en una ronda y con los rostros elevados hacia el cielo. No pudo evitar la pregunta: —¿De dónde lo sacaste?

Siwari sollozó de nuevo y explicó:

—Estaba tan hermosísima la lunita, que le dije “lunita querida, ¿qué me vas a regalar por mis cuatro años?” ¡Y ella, pobrecita, se derritió un poco sobre mis manos y... apareció esto!

Gacela por poco no cayó sentada. Respiró profundo, tomó a la niñita de su mano y ambas corrieron hasta el escritorio, donde Bazul organizaba papeles.

—¡Mira, mira pronto, Bazul! —apremió.

Apenas pudo el hombre hacerlo, porque Siwari se soltó de mamá y volvió velozmente al prado posterior. Pisando sus talones llegó el matrimonio, a tiempo para verla levantar sus manos portando el bruñido objeto y exclamar:

—Toma, lunita. Llévatelo, porque no quiero que te falte ese pedacito. ¡Quiero verte muy, muy grande y redonda como siempre! Igual gracias por tu regalo. ¡Nunca lo olvidaré! —gritó la última frase.

El adorno de luna se desvaneció ante dos confusas miradas adultas...

—¿Veis? —preguntó Siwari girando hacia ellos y apuntando con un dedo feliz hacia el astro en cuestión—. Ha vuelto a ser toda redonda... —Tanta felicidad en el rostro la volvía translúcida.

Cuando llegó a casa tras aquel enigmático paseo, Siwari anotó la fecha de esa jornada y una frase: “Hoy conocí a Pliné”. Por el camino, la estatuilla lunar había vuelto a desaparecer y, en su lugar, el dedal blanco de Belajo se mostraba inocente y otra vez pequeño.

Siwari pasó toda la noche preparando sus muy escasas pertenencias. Cuando Iliar volviera de visitar al abuelo, abandonarían esa ciudad para siempre: por fin había llegado Pliné.

XXXIV

Iliar estaba tirado panza abajo en la galería de la casona. Ni siquiera escuchó que mamá volvía del hospital, demasiado ocupado en cortar una lenta y gorda babosa que circulaba por el piso y volcarle un salero entero encima.

—¡Hijo! ¿Qué haces? —preguntó Siwari apresurándose hacia él, no bien vio en qué estaba entretenido.

—Nada, mamita. Verás que en seguida la babosa se convierte en agua...

—Ven, Iliar. Acompáñame, por favor.

Lo hizo dejar salero y cuchillo, lo tomó de la mano y se internó con él caminando hasta el borde del jardín en que empezaban los árboles.

—¿Qué ves? —señaló con un movimiento envolvente de su brazo toda la creación que los rodeaba.

—... Árboles —contestó el niño, ignorando adónde quería arribar su madre.

—¿Qué más? —apremió ella.

—Nubes en el cielo... pasto... mariposas...

—¿Oyes algo?

Los ojos expectantes, bajo el flequillo espeso de Iliar, escucharon con atención.

—Oigo los cantos de los pajaritos y algo raro y ruidoso...

—Sí, el canto de las chicharras...

—¿No oyes nada más? —preguntó mientras giraba hacia la fuente de mayólica. Iliar miró el sonido indicado.

—Sí, mamá. Escucho caer el agüita de la fuente.

Siwari se sentó en el banco de hierro y apretó a su hijo contra sí.

–¿Sabes, Iliar? Todo esto forma parte de la Creación. La Inteligencia Infinita de Dios creó todo lo que vemos... –Iliar comenzó a mirar, interesado, a su alrededor.

–Todo lo creado por ese maravilloso Ser tiene un orden perfecto. Cuando nosotros quitamos la vida de las cosas creadas, sin necesidad, alteramos ese orden perfecto... Y eso es grave, hijito, ¿sabes?

–¿Cosas creadas? –había comenzado a entender—. ¿Qué son cosas creadas, mamita?

–Todo lo que ves. Nosotros. Las montañas. Los mares. Los animales. Las plantas. Todos somos seres con un tipo de vida especial, que tenemos que respetar para poder vivir bien en la Tierra.

Iliar miró hacia la galería y de golpe se largó a correr, seguido por su madre, que lo llamaba infructuosamente. Tomó en sus manos los restos de babosa salada y enfrentó a Siwari lloriqueando, a tiempo que se los exhibía:

–¿Cómo puedo hacer para que vuelva a vivir esta babosita..."creada"...? –demandó sumamente contrito.

Siwari sonrió, lo limpió y le lavó las manitas y la cara arrugada de compunción en el cuarto de baño.

Alzándolo, pese a lo pesado que resultaba, cargó a su hijo hasta el Espejo Blanco y lo puso de pie frente a la pulida y amigable superficie.

–¿Qué ves allí? –interrogó mamá.

Iliar pensó, rindiéndose ante lo obvio.

–Veo a Iliar.

–Muy bien. Mamá, en cambio, ve también a mamá–chiquita.

–Yo no te veo. Me veo yo solito.

–Sí, amor. La mamá que yo veo en tu reflejo es Siwari–muy–niñita –el pequeño sonrió regocijado: siempre lo hacía

cuando hablaban de mamá—niña—. ¿Y sabes qué veo ahí? Me veo con un cuchillito en la mano, tirada boca abajo en la galería, cortándole dos patitas a una hormiga que cargaba una hoja verde y pesada...

Con sorpresa sin límites, Iliar entendió y preguntó si la hormiga gritaba mucho y qué había ocurrido luego.

—Abuelita Gacela se acercó a mí y me enseñó que no debía hacer sufrir a un ser vivo... nunca. Yo le pregunté si con goma de pegar podía armar de nuevo al pobre bichito y abuelita me abrazó. Me explicó que ya era imposible curarla y que era necesario matarla para acabar con el sufrimiento que estaba teniendo...

—¿Qué hiciste, mamita? —vivamente interesado, los ojos de Iliar se habían pegado a los ojillos reflejados en Espejo.

—La pisé—. Siwari recordó la dolorosa escena y el súbito sabor a culpa. Pero también volvió a su memoria el abrazo de mamá, enseñándole a no sentirse culpable sino a ser responsable. Después de aquella ocasión, nunca pudo la pequeña volver a matar ni una araña...

Esa noche, en cama y antes de cerrar los ojos, el niño preguntó a su madre qué era lo que ella decía cada vez que tenía ganas de matar un insecto...

—¿Lo que decía? —dudó la joven.

—Sí, mamá, lo que dices para que se te pasen las ganas... ¡Me lo dijiste después de la babosita creada! —se impacientó el muchacho, somnoliento pero ansioso.

Siwari cerró los ojos y...

—Ah, sí, sí. Pienso en el Maestro Jesús y le pido: “Dame un corazón compasivo como el tuyo”.

Sólo entonces el sueño veló aquellos ojos ávidos.

Siwari salió del dormitorio sabiendo que, por lo menos en este asunto, Iliar había dejado atrás la tierra de la inocencia.

XXXV

Venía una tarde, cabizbaja, por el sendero de los ocozoles, entre rojos y dorados aquella jornada de otoño. Con mirada pensativa seguía el dibujo de las juntas del sendero, construido cientos de años atrás en aquella universidad. Las gastadas piedras grises tenían un atractivo de intimidad tal, que llevaban a Siwari a sumergirse en su contemplación para desentrañar el significado de lo que acababa de sucederle.

En la biblioteca se había encontrado con Méntori, un poeta joven aunque ya muy conocido en La-Bé-Rhin. Pese a carecer de título académico formal, todas las universidades le abrían las puertas dada la exquisitez de sus creaciones, algunas de las cuales habían sido calificadas de “sublimes” por la crítica especializada.

Si bien Siwari no entendía demasiado de poesía, era capaz de emocionarse ante la lectura de un poema y su sensibilidad estética estaba fuera de duda. No obstante, al leer cierto poemario de Méntori que Pantier le regalara para un cumpleaños, no se le habían revolucionado las venas, ni un incendio de colores y sonidos había enloquecido en su cerebro. Eso sí: tenía ritmos y rimas perfectos y trataba temas profundos.

—Escucha, Belajo, estos versos —propuso una tarde al linyera, sentándose a su lado y convidándole una banana madura igual que la que ella estaba masticando. Belajo asintió y la escuchó sin que uno solo de sus cabellos blancos se alterara.

—Pura matemática —sentenció el hombre al finalizar la lectura de la última estrofa.

Siwari había quedado en un mar de incertidumbres hasta esta tarde, al entrar en la biblioteca a buscar un libro. Méntori ocupaba una mesa contigua al inmenso ventanal. Rodeado de obras que la bibliotecaria había tomado de varios estantes, pensaba, escribía y miraba alternadamente de libro en libro. Siwari, poco habitual esta actitud en ella, se dedicó a observarlo, antes de ponerse a estudiar. Motivo por el que advirtió en forma muy clara cómo el poeta se dirigía a la chica que atendía, solicitándole algo más.

Siwari no escuchó las palabras intercambiadas; sólo sabía que la joven era una empleada nueva y la vio, además, negar algunas veces con la cabeza.

Las subsiguientes palabras gruesas y descorteses del poeta la sorprendieron. Sufrió en silencio por la ardorada de vergüenza que cubrió el rostro de la aludida y observó salir al hombre con un portazo que hizo tamborilear todos los cristales de la sala.

Los otros lectores permanecieron impasibles. ¿Sordera o indiferencia? Muy confundida, Siwari se acercó a Yen, que así se llamaba la bibliotecaria, y le ofreció ayuda y consuelo.

—Gracias, estoy bien —contestó y su sonrisa fue un sol desencapotando el cielo de su rostro.

Siwari permaneció estudiando un par de horas y se despidió de Yen con un beso.

Al pasar por el cubículo de la fotocopidora, se cruzó con Zarús, que levantó hacia ella una mano cariñosa. Fue bueno verlo; un rostro calmo y conocido en esta nueva inquietud instalada en el alma de Siw.

Era la escena de la biblioteca lo que la traía confundida por el caminito flanqueado de árboles cobrizos. Gran sorpresa la suya cuando, ante sus propias narices, el viejo vehículo de Méntori fue topado sin estridencia por un alumno que

venía detrás. Méntori bajó del coche y el autor se disculpó en voz alta:

–Perdóname. No frené a tiempo.

El poeta no se detuvo, abrió la portezuela del conductor y lo bajó de un tirón, aplicándole un puñetazo certero en la cara.

Siwari sintió caos en su cabeza y se apresuró hacia el autito rojo, mientras otros iban en auxilio del agredido. Consciente de su perturbación, ella condujo con mayor prudencia, sin poder dar crédito a la contradicción que la ganaba. “¿Cuál contradicción?”, se preguntó.

Sin respuesta aún, encontró a papá en casa y le planteó su interrogante.

–Ocurre que, en general, todos esperamos –explicó Bazul– que quienes se dedican al arte y a las letras tengan su conciencia expandida, una suerte de amor universal que los caracterizara...La poesía es un acto de bondad universal –musitó casi como para sí.

–¿Y? –exigió ella.

–Si tú ves groserías y violencias, sabes que aún no llegó ese punto donde es posible considerar que se está en el camino del despertar espiritual...

La claridad de su padre pudo ir poniendo cada cosa en su lugar y ante el nuevo orden cedió la sensación confusional que la había impregnado. A continuación, papá y ella se pusieron a recordar a Gacela, su alegría, su magnanimidad, y el día terminó mejor de lo que transcurriera.

Contemplando desde su habitación la luna inmensa y mágica que tanto amaba, Siwari abrió la ventana de cristal biselado y una brisa fresca hizo volar su largo camisón. Sonrió, entonces, y se elevó caminando gozosa, absorbiendo, al sobrepasar las copas de los pinos, el penetrante aroma a

resina e infancia. Encontró en el camino a dos hilanderas de la noche y oró con ellas por la paz del universo.

La Siwari que se deslizó más tarde entre sus sábanas tibias de inocencia recuperada, era leve como una pluma, y el caos se había esfumado de su cabeza. Acababa de descargar una nueva tristeza e incorporar un conocimiento doble: no todos los poetas usan su poesía para vivir felices, y sólo quienes son felices, aunque nunca hayan tenido contacto con un verso, son los verdaderos poetas de este mundo.

XXXVI

Las muchachas de cántaro en la cabeza abrieron un hueco en su ronda para dejar entrar a la recién llegada. No detuvieron su canción: la pequeña Siwari acordó su voz con las de ellas y potenció su felicidad en luminosas escalas. Cantaron durante una hora, más o menos, y luego se separaron, en silencio, a lo largo y ancho del prado posterior de la casona de piedra. El aire espejeaba de libélulas; la paz del cielo se prodigaba con generosidad sobre los árboles y plantas, sobre las flores y los pastos, sobre la fuentecilla...

Respondiendo a una seña invisible, las mujeres se reunieron alrededor de la fuente, que pareció crecer y agrandar su diámetro hasta poder contener a todas. Perfectamente coordinadas, se sentaron en sus bordes, unieron sus manos frente al rostro en actitud orante y, cerrando los ojos, comenzaron a entretejer una plegaria que adquirió ribetes de ensamble instrumental, casi inaudible por momentos, profundo y oscuro instantes después, jugando, jugando locamente con la densidad tímbrica. Plegaria que, de repente, acunó una metamorfosis inesperada...

Siwari y sus pocos años se habían quedado a un costado mirando, arrobados, cómo oraban las mujeres sentadas al borde de la antigua fuente de mayólica, la cual súbitamente había dejado de ser como era: ¡ahora, la fuente entera relumbraba! Una Voz susurró a la niñita: “¡Ahora es de diamante!”

La pequeña construcción, sin su habitual chorro de agua, brillaba y brillaba cada vez más, mientras el sonido entretejido por las gargantas que rezaban, llenaba la creación con excelsitud. Siwari quedó pasmada: la fuente, liberada de la Tierra, empezó a levitar y permaneció fulgurando en el aire.

Sólo cuando la oración disminuyó rítmica y melodiosamente, descendió como una hoja suave y descansó, inocente y plena y aún diamantina, sobre el césped claro. Bucles de aire dorado iniciaron una invasión del prado y se depositaron en cada arista de la fuente, haciéndola estallar, si cabe, en más luz.

Las mujeres silenciosas y de ojos mansos se levantaron con lentitud. La mayor de ellas, de hermoso físico y cabeza grácil, se acercó a Siwari, se inclinó un tanto y la miró a los ojos.

—Querida niña, vuelve a tu cama. No olvides lo que viste.

Siwari estuvo pronto otra vez dentro de sus mantas floreadas, recordando aún el último fulgor de aquella noche de la ronda de mujeres con cántaros. Con las pupilas redondas de tan fijas en el techo, principió a tararear inconscientemente una de las recientes canciones y su entusiasmo creció tanto que levitó sin poder evitarlo. Papá y mamá, que habían escuchado la bellísima melodía, entraron en puntas de pie para encontrarse con este cuadro de la pequeña, instalada en pleno centro de su disfrute.

Gacela detectó el ventanal abierto y se acercó a mirar hacia el prado posterior. Los últimos vestigios de aire dorado se iban dispersando y una luminosidad desconocida embellecía aún la lejana oscuridad. Se sentó en una hamaca de cáñamo trenzado, que colgaba entre dos parantes. Allí solía descansar la osa Melisa, así que la mujer se la puso sobre el regazo: habría que esperar el capricho de Siw, que cuando levitaba perdía la noción de tiempo—espacio y olvidaba bajar.

Una hora más tarde las canciones de la niña fueron cesando, a tiempo que su leve cuerpo iniciaba el descenso.

Gacela encendió el velador amarillo y Siwari le dedicó su más compradora sonrisa.

—¡Mami querida! ¿Qué haces aquí?

Gacela bostezó y le dio un beso.

—¿Recuerdas dónde estuviste, mi amor?

Bazul, en tanto, la arropaba bien y le alcanzaba su muñeca de trapo, para que durmieran abrazadas.

—Sí, mamita. ¡Algo muy bonito! Estuve afuera —señaló con su brazo extendido hacia el prado—. Muchas señoras jugaban a la ronda y cantaban. Después rezaron y la fuente se puso brillante como... —miró alrededor en actitud de buscar algo similar— ¡ah, sí! —recordó— como ese anillo tan, tan bellísimo que te pones cuando vas a una fiesta...

—¿El de diamantes? —preguntó Gacela, sorprendida.

Siwari recordó lo que le susurrara la Voz.

—Eso, eso, ¡diamante! ¡Todo, todo era de luz, y había una música hermosa, taaaaaan, taaan ...hermosa, mamita!

La noche, afuera, hilaba enigmas sobre el destino de cada ser humano y los entretejía alrededor de un nido de secretos deliciosos para descubrir... Lejanas, las estrellas jugaban con su propia música y su propia ronda e influenciaban a las almas buenas que se les rendían...

—¿Algo más, Siw? —Gacela esperó que saliera de su arrobamiento.

—Una señora muy linda —continuó la hija— me dijo que no olvide lo que vi...

Bazul y Gacela se miraron apenas, sin entender. ¿Qué habría visto?

—¿Qué viste, amor? ¿Recuerdas? —interrogó el médico, tocándose la barba con gesto pensativo.

—Eso. Muchas señoras cantando y rezando, jugando como jugamos nosotros a veces dándonos de las manos. Y mientras cantaban, todo se ponía brillante, la fuente subía y... había un olor —Siwari cerró los ojos para atrapar este recuerdo fugaz—, un olor como el de los limones de la frutera, y de

manzanas y de duraznos y de.....-los ojos infantiles se perdieron lejos de allí.

Gacela y Bazul atribuyeron el extrañamiento de la carita infantil a la adicción que la párvula sentía por esas frutas... Mamá, sin embargo, supo que algo diferente había ocurrido esta vez. Besos en la frente y dulces bendiciones; luego, el pequeño grupo se dispersó.

Mientras la mujer se cepillaba el cabello frente al espejo, Bazul la contemplaba, cada vez más enamorado. Y cuando las sábanas de color marfil los cubrieron, la abrazó con infinita ternura:

—Gracias por ese tesoro de hija que me diste —depositó en el oído femenino, sensible y también enamorado.

XXXVII

Siwari miró hacia el grupo de mujeres frente a ella: las había de diversas edades, colores y condición. Jóvenes y viejas, bellas y no tanto, gordas y delgadas llenaban su salita. Todos aquellos ojos se encontraban concentrados en el Brillo Dorado de los de Siwari y atrapados en ellos sin remedio.

La más anciana tomó la palabra:

–Vinimos a verte porque nos dijeron de tu sabiduría...

Ella rió y se sentó en posición de loto, meneando la cabeza:

–Sólo transmito lo que me dicta la Voz Interior...Vosotros también la tenéis. Todas las personas de este mundo llevan adentro la sabiduría que requieren para vivir...

Las féminas le seguían los gestos atentamente: sus manos se alzaban de repente como palomas, sus mejillas se ruborizaban, su voz sugería magnífico sonido a cascadas...

–¿Y qué es lo que queréis saber hoy?

–Por favor, dinos cómo ser felices y cómo hacer felices a nuestros seres queridos –respondió la que había hablado primero.

Siwari paseó su mirada en rededor. La imagen de las orantes en ronda que conociera siendo una infante se presentó ahora nítidamente a su memoria y se preguntó si estas mujeres podrían producir la alquimia de transformar sus vidas y sus familias problemáticas en diamantes... ¡Entonces entendió! Aquella noche había “visto” lo que es posible hacer con unión y alegría. Una sonrisa carnal y generosa pero a la vez espiritual suavizó su rostro; dio unas palmadas y dijo:

–¡Comencemos!

Acto seguido propuso un juego:

–Yo os preguntaré y vosotras contestaréis.

El acuerdo fue general.

–Va la primera pregunta, entonces –anunció Siwari. Se levantó y comenzó a pasear entre ellas:

–¿Alguna de vosotras se sintió feliz alguna vez?

Varias voces se atropellaron. Nuevas palmadas de Siwari ordenaron el caudal de respuestas...

–Cuando me casé...

–Cuando conocí a mi pareja...

–Cuando nació mi primer hijo...

–Cuando tejí el primer pullover...

Las más inverosímiles situaciones hacían feliz a cada mujer...

–Es decir que todas vosotras podéis ser felices, ¿verdad?

Miró a una por una y retomó el interrogatorio:

–¿Todavía eres feliz con tu marido?

–¿Todavía tu hijo te hace feliz?

–¿Todavía tejer te hace feliz?

Cuando retornó el silencio, posándose sobre el atento grupo como una manta de seda, Siwari les habló largamente.

–La felicidad está escondida dentro de vosotras. Aunque las cosas y las personas de afuera no vayan bien, en cada ser humano existe una chispa divina que debemos encontrar y mantener encendida: la llamamos espíritu... Nuestra felicidad no depende de nada externo, porque si creemos eso, quiere decir que son otros los que tienen poder sobre nuestra vida...–. Se detuvo, para luego agregar: –Mientras no la descubrimos, la felicidad es una fuente de mayólica gastada que llevamos en el jardín del alma... ¡Pero cuando lo hacemos, se transforma en un manantial de diamantes!

Luego fue sugiriendo a cada una cómo podía hacer para encontrarse a sí misma.

—Y cuando tú halles tu chispa adentro del corazón y tus ojos brillen sin fin, cuando seas feliz y, por lo tanto, mejor persona, tu mundo alrededor también cambiará y será feliz...

Las respiraciones, de manera unánime, se habían relajado hasta convertirse en murmullo.

—Mujeres —agregó, ya fatigada y deseando terminar la reunión—, enseñad esto a vuestros hijos, amigos y vecinos. Si todos nos cuidáramos de amarnos a nosotros mismos, amaríamos mejor a los demás y la Tierra sería un bello sitio para vivir. Pero quiero advertiros algo importante —subió la voz. — Me decíais que vuestro deseo es poder hacer felices a los demás. Os digo que no, que nadie ha nacido para hacer feliz a nadie, sino para buscar su propio centro espiritual y así ser feliz. Sólo cuando esto ocurra, la felicidad de cada cual podrá engendrar felicidad alrededor...

A medida que iban saliendo de la habitación, las mujeres saludaban a Siwari, agradecidas y serenas. Una de ellas la miró con el Brillo Dorado expuesto en total desparpajo dentro de sus pupilas castañas. Era muy joven; Siwari le tendió la mano y la hizo detenerse.

Compartiendo luego una taza de té aromático y un trozo de pan blanco con miel, conversaron unos minutos.

—Sí, mi Voz Interior me dice qué hacer. Pero he venido a verte para que me orientes, porque el mundo exterior está lleno de maldad y odio y quiero protegerme...

La hermosa joven se veía bastante colonizada por atávicos miedos.

—¡Deja el miedo, Yoplén! Tienes en ti la Fuerza, tu palabra guiará a pueblos enteros. ¡Ama! Ama y ése es el único secreto. Cuando ames en serio, cada minuto de cada hora de cada día el mundo empezará a dejar el odio... ¡Además, mujer,

portas el Brillo Dorado: no tienes más remedio que amar hasta el agotamiento...!

La joven escrutaba los labios y los ojos de Siwari con el aliento en suspenso...

—Yoplén, el universo te pedirá cuentas. Si recibes mucho, debes dar mucho...

Desde el instante mismo en que Yoplén abandonaría su compañía, iniciaría su camino, doloroso y solitario al principio y lleno de misterios. Por la mente de Siwari pasó entonces la imagen de Belajo, la de Lúhar y la de Bazul. Un guiño mental, entonces, y una sonrisa espontánea para ellos.

La mujer entró en su casa y apagó las luces de la calle. No sabía si todas las visitantes que acababan de irse lograrían transformar cerámica en piedras preciosas o hacer levitar una fuente. Lo dejó a la Inteligencia que todo lo sabe.

Más tarde, desde el centro de su pequeño jardín se elevó por sobre los árboles. Esta población no era tan bella como La-Bé-Rhin, pero había sitios de paz, como aquel pequeño promontorio junto al puerto, de fina arena dorada.

Llegó hasta allí caminando por el aire, como envolviéndose en volutas de energía brillante que la depositaron sobre la arena, fría a esta altura de la noche. Meditó allí una hora larga. Mientras se elevaba nuevamente para regresar a casa, recordó sin esfuerzo que al día siguiente de la ronda de las mujeres con cántaros sobre la cabeza, la pequeña Siwari había regresado presurosa a la fuente otra vez de mayólica y con su chorro saltarín de agua fresca, y había encontrado un pañuelo de seda violeta tirado al lado del borde. ¡El pañuelo de la mujer que le hablara! Lo había guardado consigo, secretamente —ni a mamá se lo había mostrado— y todavía lo conservaba. Por alguna razón este trozo de género sencillo le recordaba el amor, el perdón y la solidaridad entre los humanos...

Besó la frente fresca de ese fornido y magnífico mocetón que era Iliar; apagó el velador y retiró de sus manos el libro que entre ellas se le había dormido.

XXXVIII

La mujer tanteó la mesilla hasta el teléfono y atendió, sin encender la luz. Pupé le pedía, en nombre del Dr. Bazul, que regresara a casa.

Aprontarlo todo le llevó un rato; Iliar prometió encargarse de lo que sobreviniera y ella abordó un avión hacia varios regresos: presentía que papá se encontraba a bordo de su nave de retorno al Padre.

Agotadísima por interminables horas de vuelo, Siwari arribó a casa al amanecer.

—Hijita, hijita mía —exclamó con voz quebrada el hombre enfermo, a tiempo que la recién llegada lo abrazaba con infinita ternura.

—¡Padre mío! —acarició la cabeza blanca y le acomodó las almohadas.

Reanimado por la presencia de la viajera, el moribundo pidió ser sentado en su cama la mañana siguiente. Mejor color en su semblante, el viejo brillo en sus pupilas.

—Te he extrañado tanto —musitó acariciando las mejillas de Siwari, sentada a su lado. Ya no eran tan lozanas como antes, pero su nena aún conservaba la alegría; es más, la alegría parecía haber aumentado en ella. Y también irradiaba paz.

Bazul encontró fuerzas para preguntar por su vida.

—Iliar me contó algunas cosas. Cuéntame las otras... —su voz perdió intensidad.

Siwari, que habría preferido callar, habló. De sus viajes, de sus búsquedas.

De los sitios adonde había vivido.

De los sitios en los que había trabajado.

Habló de aeropuertos.

Habló de estaciones de trenes.

De gentes que iban y venían.

De hombres y mujeres con quienes se había cruzado. De sus olores y sabores. De sus dolores y miedos. De sus cobardías. Del amor que cada uno, con su experiencia, le había enseñado...

—Mira, Siwari, tras de ti.

La hija obedeció pero no vio nada anormal, salvo el breve movimiento de las cortinas de muselina, al compás de la brisa que la ventana a medio abrir dejaba pasar.

—Es Gacela, allí está.

Siwari sintió su presencia:

—¿Viene a buscarte, padre? —inquirió al borde de un acantilado de tristeza.

—Aún no... —sonrió y enfocó con mayor agudeza su mirada sobre los ojos color miel de Siwari—. Vino a recordarme que nunca te conté su sueño.

—¿Un sueño? —en ese momento se le representó su propio sueño recurrente desde niña: ella misma, transformándose en serpiente dorada. Jamás lo había revelado a nadie y tampoco lo hizo ahora. Sólo se aprestó a escuchar. La voz de Bazul había cobrado renovado brío.

—Los noles habían dicho a tu madre, cuando ya estábamos casados, que iba a serle muy difícil concebir. Ella se entristeció y un día echó a andar por el prado trasero, atravesó los bosques y llegó a los riscos junto al mar, que a ti tanto te gustaron siempre.

Aunque se sorprendió de que su padre lo supiera, no interrumpió al narrador.

—Ya se había levantado la luna, una luna grande y casi dorada en la atmósfera silenciosa. Sentada sobre las rocas húmedas y saladas, su llanto empezó a fluir como un breve

río que se deslizó hacia las rocas de abajo, cuando... ¡cuál no sería su asombro al escuchar una voz de mujer que venía del borde del mar, desde la misma sima de los riscos, y al ver, primero, una mano que le entregaba un collar de perlas transparentes y, luego, a la mujer a la cual venía unida esa mano...!

Bazul se detuvo, inspiró y bebió un sorbo de agua amorosamente alcanzada por Siwari. Los ojos del anciano no habían dejado de brillar, inquietos y colonizados por la increíble historia que contaba.

—La mujer era una hilandera de la noche, que al entregarle aquel collar le dijo “guárdate tus lágrimas para otra cosa” y le ofreció concebir a un ser especial... si ella era capaz de criarlo en libertad. Gacela aceptó y la hilandera desapareció, a tiempo que tu madre, sin recordar la larguísima caminata de regreso, se encontró de nuevo en la habitación...—. Descansó el enfermo en su relato, mientras la hija intentaba vivenciar, en carne propia, las vivencias maternas. Miró su reloj.

—Padre, ¿no estás cansado?

—Sí, sí... pero ya termino...

Fuera, el gorgceo de los pájaros llenaba el ambiente pacífico. Cristalino y profundo, el azul que no es azul del firmamento afirmaba una naturaleza plácida...

—Mamá se acostó en el acto y soñó que de ella nacería un ángel, un mensajero que debía ser libérrimo para poder encarnar la Serpiente Dorada—. Bazul calló, emocionado. Siwari, sacudida por las palabras escuchadas, recordó su antiguo sueño, que cada tanto volvía, y casi se deslizó al suelo por la sorpresa...

—Yo regresé días más tarde y fuimos al médico. Nos confirmó el embarazo de la que serías tú...

El inmenso esfuerzo hizo que Bazul pidiera:

—Déjame ahora descansar... Tú... vete a jugar.

Cuando la respiración de Bazul fue tranquila, ella abrió del todo la ventana y veló el hueco con las leves cortinas. Afuera, la brisa y el sordo sonido de hojas en movimiento incesante la tentaron. Su alma de tarralí la hizo salir por la ventana y trepar por la pared hacia el techo. Además de descubrir algunas tejas desprendidas, sintió llenársele el pecho de aire de La-Bé-Rhin, del que estuviera tanto tiempo ausente. Una palpable e impensada energía le movilizó las piernas y sintió que podía elevarse, grácil, como antaño... ¡Querido papá! Qué dulce, mandarla a “jugar”.

Cuando el anciano despertó de su siesta, Siwari se acercó de nuevo para conversar.

—¿Recuerdas mi pregunta de niña sobre la Comarca del Aire Dorado...? —indagó ella.

—Perfectamente— respondió su débil aunque lúcido padre.

—Bien. A lo largo de todos los viajes que hice en mi peregrinaje tras esa Comarca, busqué cualquier cosa que fuera dorada. Y aunque no lo creas, una noche llegué a un Templo de Oro. ¡Fue tanta mi ansiedad cuando creí haber arribado! Yo era muy joven, de todos modos. A la mañana siguiente, casi sin haber dormido, volví y fui admitida a hablar con un sacerdote. Estuvimos con Iliar viviendo en aquel monasterio. Fui preparada, día tras día, durante muchos días... Al principio, pensé que había llegado al Reino... Entonces, imprevistamente me fue dado a conocer cómo eran estos sacerdotes con la gente... Mira, padre, ¡nunca había percibido yo tanto dogmatismo en nombre del amor, tanto desamor en nombre de Dios...! ¡Una noche no pude más y huí con Iliar a rastras!

Bazul había entrecerrado sus ojos, hoy ya de un azul desvaído. Siwari calló para sostener el descanso del enfermo, pero no pudo acallar los recuerdos de su infancia, construida

y disfrutada en libertad, sin dogmas. En su búsqueda sin fin de la Comarca había aprendido que los dogmas causan guerras y muertes injustas, crucifican e incineran a personas y las privan de pan sobre la mesa...

El anciano abrió sus ojos y gritó “¡Hola!”. Luego miró a su hija, que había sentido el frío correr por su espina, y le explicó, en cómplice susurro:

–Ahora sí. Viene a buscarme. Adiós, hijita mía...

Siwari cerró los ojos amados, selló la frente y las mejillas con varios besos y más lágrimas, y lo acarició con su mirada de aceptación:

– Por todo lo que fuiste, padre mío, Dios te reciba en Su Gloria...

XXXIX

Con ocasión de la muerte de Bazul, Siwari tuvo la oportunidad de volver a ver a su familia. Inclusive Aló-i y Voriel estuvieron presentes, el primero con su esposa e hijos; Voriel, abandonado por su propia familia, llegó sólo con su bohemia y su drogadependencia.

La tía Pernicia, apoyándose en un trípode, se le acercó y la miró con un impertinente.

—Ah, Siwari —exclamó estremeciéndose—. ¿Tienes tratos con el diablo, que sigues tan joven?

Siwari no despegó sus labios.

—Mira —agregó la tía vieja—. No tengo dudas de que tu padre murió de pena: tú lo abandonaste, Voriel, su adorado, es un desecho, y Aló-i nunca se acordaba de él... —tras sus tan positivas palabras, Pernicia optó por retirarse al comprobar que Siwari no haría comentario alguno.

Cuando la casa se vació de visitantes, los tres hermanos se reunieron a solas alrededor de la mesa de la cocina. La hermana preparó unas minutas cuyo aroma exótico les abrió el apetito. Aló-i descorchó un vino de vieja cosecha y lo escanció en las copas que hacía mucho no se usaban. El fuego crepitaba en el hogar y, mientras la cocción se completaba, Siwari se plantó frente a las ollas de cobre, haciendo muecas como en su infancia.

—¿Qué haces? —quiso saber Aló-i, extrañado.

—Vuelvo a mi infancia.

Volvió, en realidad, junto a la marmita productora de tentadores olores y sabores y revolvió dentro de ella un rato más.

Después del café pudieron conversar. Siwari, de todos modos, no había tenido mucho contacto con sus hermanos, pues Aló—i había dejado la casa paterna cuando ella era muy niña y Voriel, aunque más joven, se había ido muy poco después. Así que de hablar generalidades pasaron a recuerdos de los padres, de su niñez... hasta que el primogénito reprochó a Voriel la vida que hacía. El criticado, que a su modo había amado mucho a Bazul, fue también tildado de irresponsable y culpable de su muerte... Su reacción casi inmediata fue largarse a llorar como un bebé. Siwari tuvo que acunarlo, pensando “mi pobre niño”.

Olvidadas las lágrimas, Voriel devolvió su gentileza al hermano:

—Tú también lo hiciste sufrir. Esa vida de persecución al dinero, de neutralización del espíritu, que llevas...

—¿Pretendes que viva del espíritu como tú, que ni siquiera pudiste conservar a tu mujer y a tus hijos? ¿Tú, que por correr tras el arte y las drogas, no te ocupaste de ellos?

La discusión subió de tono. Siwari no intervino, pero en su corazón guardaba el dolor paterno por estos dos hijos habidos por Bazul de su primer matrimonio. Y aunque habían amado y respetado a Gacela, quien se había encargado oportunamente de ellos cuando eran aún pequeños, era evidente que ya su influjo no había sido suficiente: Aló—i parecía reverenciar el dinero y se afanaba permanentemente tras él. Ahora mismo su color ceniciento no agradó a la hermana, quien sintió una punzada de advertencia. En cuanto a Voriel, no había alcanzado a tener disciplina ni equilibrio...

Siwari los miró en perspectiva y, pese a su sororal tristeza íntima, no dejó de pensar que cada cual es lo que decide, vive cosas de las que tiene que aprender, y que ella no tenía nada que hacer allí, porque todo renacimiento y toda fecundidad

espirituales nacen en el interior de cada uno y nadie, desde afuera, puede forzar ninguna situación subjetiva.

Siwari esperó a que amainara la discusión, recogió las copas y las tazas, apagó el hogar y subió a acostarse tras dar un beso a cada hermano. Desde su ventana se puso a mirar afuera: la luna era un exabrupto de belleza y sintió tentación de salir. Algo, sin embargo, la empujó dentro de la cama y la indujo a decir sus oraciones.

De golpe el cuarto se llenó de extraña luminosidad y ella abrió los ojos desmesurados: Bazul y Gacela jóvenes, de la mano, le sonrieron y, sin palabra, sin mensaje, le dieron la espalda y caminaron hacia el fondo. A tiempo de evaporarse la luz anterior y las apariciones, Siwari sonrió tiernamente entre dos gotas de llanto: un mensaje, pese a todo, le había llegado. Aló—i y Voriel tendrían que ocuparse de sus vidas, y ella, de la suya.

Se durmió pensando en la revelación de Bazul en su lecho de muerte. Y esa noche soñó nuevamente que se convertía en Serpiente Dorada.

Días más tarde, completados los papeles de la herencia con abogados y notarios, Siwari cerró la casa de piedra y entregó la llave a la vecina más antigua, para que se ocupara de ella de vez en cuando.

—Estoy muy triste, Siwari —murmuró la señora—. Primero Gacela, ahora tu padre...

Durante las horas que duró el vuelo de regreso, la mujer vino cavilando en su propio misterio: aunque supiera que las cosas debían ser así, aún era triste pensar en Gacela ausente y en Bazul, cuya despedida acababa de iniciarse. Quedaba

por delante la lenta ruta de las lágrimas, del despertar recordándolo hasta recordar la realidad; la percepción, nuevamente, de las raíces cortadas...

Pensó en sí misma ahora. No había perdido esa sensación permanente de enigma, este saberse inasible como el viento y el fuego... aunque siendo agua. Agua que todo lo fertilizaba y a todo se amoldaba pero que también, desbordada, podía llegar a destruirlo todo. Tampoco había desaparecido la provecta percepción de ser extranjera hasta en su propia casona... ¡En todo lugar donde ponía pie!

De pronto, para ella, todo el universo devino duda. Se sintió errática y añoró la alquimia. Estaba aquí el deseo que acicateara, más de veinte años atrás, su peregrinaje. ¡Y había peregrinado, por cierto! Había rastreado la Comarca, la felicidad, las fuentes... Recordó sus escenas infantiles, sus conversaciones con animales, su percepción de cada cosa que ocurría, el sentido que daba a todo, incluida su propia vida. ¿Entonces era cierto que debía continuar su peregrinaje, el mismo de siempre? ¿O era menester buscar en otra dirección?

Iliar la recibió cariñoso y cálido. Esa noche, comiendo semillas y dátiles, Siwari le dijo:

—Terminó mi búsqueda, Iliar. Me voy de esta ciudad...

—¿Y la gente que te requiere cada día, mamá? ¿La abandonarás?

Siwari rió. Su hijo tendía a pensar así a veces.

—Sabes que no la abandono. Le di lo que pude. Si debe dar fruto, lo dará. No me toca quedarme a comprobarlo...

—Y tú, ¿qué harás?

—Posiblemente vuelva a la casona de La-Bé-Rhin. Me pareció que me llamaba en silencio...

Iliar decidió quedarse en Mizún.

–Por ahora, madre. Yo sí tengo lazos en esta ciudad: trabajo, amigos...

Siwari tenía lazos en todas partes pero ello no le impedía partir cada vez que lo decidiera. Sonrió para sí misma.

XL

Era un día de fiesta para la familia: ¡domingo! La noche anterior Bazul había preguntado a sus hijos qué deseaban hacer al día siguiente.

El pragmático Aló-i respondió conciso:

–Lo que vosotros queráis.

Voriel, enamorado de su paleta y sus pinceles, simpático y empático, se adhirió:

–Lo mismo que Aló-i, si es que puedo pintar.

–¿Nuestra princesa ya ha decidido? –el hombre miró a la infante, entretenida en obligar a la osa Melisa a dar cabriolas con sus infructuosas alas plateadas.

–¿Yo?– se quedó pensando. Pensó de nuevo. Y una tercera vez–. ¡No sale nada! –exclamó preocupada. Miró a Melisa: –¿Tú no me ayudas, osa mala?

Carcajada general. Siwari se destrabó entonces:

–Bueno –contemporizó– esta noche voy a soñar lo que quiero hacer.

Cuestión zanjada, la familia tuvo una cena agradable: el pequeño personaje concitaba la ternura de los otros cuatro miembros del grupo y era poderosa la energía de amor que los unía. Hasta el práctico, excesivamente práctico Aló-i, era especial con ella. De vez en cuando, al regresar de la calle, le traía sus golosinas preferidas: o una bolsita de dátiles frescos o semillas de girasol. Ella le pedía entonces que le relatara un cuento.

–¿El de Caperucita Roja? –quiso saber él la primera vez que se lo pidió.

–No, no, Aló-i. Ése me lo cuenta mami siempre. ¡Yo quiero un cuento de la calle, de la gente que va por ahí caminan-

do...! A veces miro a las personas desde la ventana del living, pero no entiendo por qué no van alegres si todo esto es tan lindo—. Con sus brazos expresivos y un movimiento de cabeza abarcó el mundo alrededor—. ¿Tú entiendes por qué van tan apurados y tan serios?

Aló—i le dijo aquella vez:

—Van preocupados, Siwari. Tienen plazos que cumplir, horarios para entrar, dinero que pagar... ¡y a veces no tienen el dinero y deben conseguirlo!

Ella pensó y extrajo algo de su banco de memoria:

—Mamá siempre me enseña a no preocuparme. “Sólo debes ocuparte”, me dice... Todavía no entiendo demasiado bien, ¿sabes?

Con extrañeza, el muchacho la abrazó. Ella aprovechó para mirarlo directamente dentro de los ojos y confiarle:

—Mi amigo viejo del parque dice que hay que darse tiempo para vivir. ¿Esa gente preocupada tiene tiempo para vivir? —interrogó muy interesada.

—¡Claro! Su vida es justamente andar en sus preocupaciones....

Voriel también la divertía, con sus cabellos largos y sus boinas coloridas y con todos aquellos pinceles que tenía.

—¿Me dibujas una fuente? —le solicitó Siwari a la mañana siguiente de haber soñado una.

—¿Me dibujas un barrilete para que viaje al sol?

—¿Me pintas este atardecer, por favor?

—¿Me...?

Decididamente, la niña amaba a Voriel y sus pinturas.

Esta noche de sábado indeciso, con la que comenzamos, Gacela preguntó a los varones si repetirían una taza de té o café. La negativa fue generalizada y enseguida los jóvenes se retiraron.

—¿Puedo ir afuera? —preguntó Siwari, ahora única hija. La noche estaba tibia y serena; media luna casi anaranjada gritaba las bellezas de la creación, y el perfume de pinos, heliotropos y rosas embargaba el ambiente como suelen hacerlo las más fuertes emociones.

Papá y mamá la pusieron entre ellos, tomada de las manos y Gacela preguntó:

—¿Nos dejas acompañarte?

Los recibió el banco de hierro, que a la luz lunar parecía de terciopelo marrón oscuro. Los adultos —notó Siwari— siempre tenían cosas para andar cuchicheando y besitos para darse, así que los dejó allí y se acercó a la fuentecita de mayólica para observar los relumbres en su agua fresca.

Una chispa movediza sobre el borde atrapó su atención. La extraña lucecilla tenía movimiento propio y se inclinó a mirarla de más cerca. La Voz que a veces le hablaba desde adentro, le dictó:

—Es un hada.

Siwari apoyó su barbilla en aquel borde y la llamó:

—¿Eres un hada?

La lucecita hizo un mar de cabriolas delante de ella.

—¿No hablas, pequeña hada?

Otro mar de cabriolas.

—No, no hablas... ¿Quieres que te llame Chispita? Pareces una chispita.

La lucecita pareció enloquecer y dejó perpleja a la niña.

—Voz, ¿sabes qué quiere decirme?

—¿Pero es que no escuchas? —se sorprendió la Voz.

—No, por eso te pregunto.

—Vaya, Siwarita, tienes que aprender a escuchar. La noche está serena, casi no llegan ruidos de la calle... ¡Esfuézate por escuchar!

Encantada por el apelativo y desesperada por conocer la respuesta de aquel ser, al ver que la cuestión no funcionaba, intentó otra estrategia con su Voz invisible:

–Mientras yo aprendo a escuchar, ¿me harías tú el favor de decirme lo que contestó?

–Dijo que sí, que la llames Chispita –rió la Voz Interior.

Siwari pidió a Chispita que trepara sobre la falangeta de su índice derecho (cosa que la lucecilla hizo de inmediato) y entonces, caminando como si portara el mayor de los tesoros, se acercó a la farola y bajo su luz potente enfocó los ojos almendrados sobre el dimiser (dimiser fue el vocablo que inventó, siendo adolescente, para designar a los seres diminutos que alegraban su vida).

Chispita se parecía a su muñeca Lux, que estaba colocada sobre una repisa del dormitorio. Y aunque esa noche no logró entender lo que le decía, la siguiente vez que se le apareció –una tarde tediosa de lluvia– ya pudo conversar con ella.

Mamá y papá, inocentes, pronto la llevaron a dormir.

La mañana del domingo, un fantasmín de camisón rosado se paró junto a la cama, del lado de mami y gritó, a pleno pulmón:

–¡Buenos días! ¡Ya sé qué quiero hacer!

Gacela y Bazul desayunaron escuchándola relatar el sueño. Decimos Gacela y Bazul porque la nena estaba muy excitada y no probó bocado.

–¿Ni un dátil, hija? –ofreció papá.

–No, no, no tengo hambre.

Había soñado que se convertía en una hermosa serpiente de oro.

–Era una viborita buena, mami, descuida. Pero... ¿sabes qué era lo mejor de todo?

Los padres la miraron, suspendiendo la mordida de sus galletas con miel.

—Cuando era serpiente, sabía todo... —calló, fascinada por lo que sería saber todo. Largo rato más tarde, reaccionó:

—¿Sabéis vosotros qué significa saber todo?

Se miraron. Gacela aventuró:

—No estoy segura. Tal vez, cuando sepamos todo, podamos ser personas equilibradas y felices...

—Saber todo —terció Bazul—... Si es posible saber todo, debe ser más bien saber cosas de uno mismo, porque en cada ser humano está todo el conocimiento del universo... De todas formas, hija, no creo que se trate de saber matemáticas o historia..... sino de saber las pocas cosas esenciales que necesitamos...

Aunque por el momento esto de las “cosas esenciales” se le escapaba un poco, su sueño significó una visita al zoológico. Aló—i, fiel a su palabra, fue con todos; Voriel se detuvo ante la primera jaula, desplegó su material y se propuso dejar una colorida huella histórica del hipopótamo que dormía semisumergido y muy poco protagonista...

Los tres restantes se internaron un tanto más. Bazul y Gacela casi descontaban dónde se detendría primero su hija: frente a la pantera negra de ojos verdes como la selva. No creáis, no, que lo sabían por pura clarividencia: este felino maravilloso era el amigo preferido de Siwari en el zoológico.

La niña se pegó a las rejas. El cuidador la despegó de allí, así que ella se apartó sin problemas, se dirigió a la pantera y estuvieron conversando largamente. Como siempre, ocurrió lo que sus padres sabían: los ojos del noble animal se fueron poniendo primero grises y luego zarcos. Ya no se asustaban, desde que Siwari les había explicado:

—Cuando los ojos se le ponen de ese color es cuando mejor nos entendemos.

A mediodía, ya fuera del zoológico, Aló-i le preguntó a Siwari qué le había dicho la pantera.

–Hoy me dijo que ya no tiene deseos de escapar, como al principio. Ahora le gusta que la atiendan y que los visitantes la admiren...

Un gesto de contrariedad en el rostro de Siwari.

–¿Qué pasa, mi amor? –indagó Gacela, acomodándole el cabello.

–No sé, mamá, no estoy muy segura pero... ¿será que está dejando de ser pantera.....?

XLI

A no demasiados kilómetros de La-Bé-Rhin corría el río Vonad. Cristalino sobre piedras de colores, ofrecía cada tanto piletones naturales, tibios, donde era placentero ir a nadar, acampar y meditar.

Eran las últimas vacaciones universitarias para Marcé y Siwari. Un llamado telefónico la noche anterior había concretado la cita y ahora el autito rojo devoraba la distancia existente hacia una de las piletas del río. La naturaleza las había bendecido con un día diáfano, de nubes ausentes y fulgurante de trinos y perfumes.

Siwari estacionó cerca, junto a un paraíso alto y coposo y, al descender, quedaron los vidrios del coche bajos.

La ropa de las muchachas fue prolijamente extendida sobre una seca piedra plana y ellas se sumergieron totalmente desnudas en el agua.

Quienes han pasado por la experiencia de la juventud y la de bañarse en un río pueden dar cuenta del disfrute de aquel lunes. Las jóvenes entraron en el líquido elemento chapoteando y lanzando breves gritos por su frescura; enseguida se sintieron en un nicho de tibieza: posee algo de mágico y materno refugiarse en el agua.

En un momento determinado, un espía escondido que hubiera estado observándolas, frente a tanto silencio se habría extrañado. Nosotros sabemos, en cambio, que se había producido un fenómeno doble: la inmersión en el agua y la inmersión en los propios pensamientos.

Mirando a Marcé, Siwari la encontraba físicamente tan bella como por dentro. La observada, puesta en papel de observadora al mismo tiempo, seguía agradeciendo, a la vida,

que le hubiera hecho conocer a aquella extraña amiga. Ciertamente es que la primera vez que la vio ambular aéreamente creyó estar alucinando. Con el tiempo supo, sin duda, que Siwari vivía habitualmente en una región espiritual casi inaccesible. También de ella había aprendido Marcé que el único modo legítimo de vivir es soñando.

Siwari recordaba, mientras se masajeaba brazos y piernas en silencio bajo el agua, que si no fuera por su amiga ella nunca sabría qué vestir o calzar, pues le daban lo mismo sus túnicas, las calzas viejas o los trajes de pollera y saco a la moda.

Marcé pensaba que cuando se hacía patente el Resplandor Dorado en los bellísimos ojos de su amiga, ella misma resultaba bañada por un reflejo de energía de paz infinita.

—Así que quieres casarte, ¿cierto? —preguntó Marcé, por fin.

—Sí—. Toda novia enamorada, voladora o no, refulge cuando el nombre del novio se acerca a su boca. Pantier parecía elevarla, a su sola mención, a las más claras alturas existentes.

—¿Y tú, Marcé? ¿Qué piensas de esto? ¿No quieres casarte?

Marcé pensó. Nadó un arco de crawl e hizo pie sobre el fondo de piedras coloridas, que a esa hora refulgían con la luz oblicua del sol. El astro rey hizo brillar también su cuerpo blanco, apenas emergido.

—Mira, amiga, sueño con mi profesión, seguramente más tarde se me acercará alguien y podré planear una familia.

Las dos pensaron, en coincidencia sin palabras, que la que hablaba tenía una familia completa, llena de hermanos y con sus vitales padres aún en funcionamiento.

Siwari comenzó a reír, seguida de Marcé.

–Tengo frío –dijo la primera.

–Tomemos café.

Envueltas en toallas se sentaron a charlar, sintiendo el milagro del baño solar sobre su piel...

–... aunque a mí también me acaricia el cerebro –completó Siw el pensamiento de su compañera, quien hacía ya mucho tiempo que no se sorprendía de estas cosas.

–¿Qué sentiste cuando caminaste por el aire la primera vez, Siw?

–Nada, Marcé. Fue como caminar sobre el piso... Más liviano, digamos. Pero es bello, arriba no hay miedos de ningún tipo, todo se ve mejor, cesan los ruidos en mi mente...

Marcé la miró con atención. Sus promontorios dorados brillaban. ¡Se veía tan angelical...! Se le ocurrió una pregunta, mas en ese exacto instante aquélla interrumpió:

–Tú, Marcé, ¿qué sentiste la primera vez que asististe a una caminata por el cielo? –estaba francamente divertida...

–Pues... sentí que si la envidia fuera verde, yo estaría ya de ese color... Te confieso, sin embargo, que sufro de vértigo...

Mientras se reían espontáneas y frescas, se sirvieron más café.

–¿Quieres una medialuna? –ofreció Siwari.

Dos mordiscos más tarde, Marcé retomó la pregunta que había querido formular antes:

–¿A qué viniste al mundo, Siw? –el sol reverberó en los labios de donde emanara la pregunta.

Un gesto de sorpresa dejó sin probar el siguiente sorbo de café...

–¡¿A qué vine?! ... Pues... como todos, Marcé, a ser feliz.

–¿A ser feliz? –Marcé no entendió nada—. ¿No viniste a ser una especie de salvadora?

La carcajada más pequeña de Siwari hizo cosquillas a Zeus en el Olimpo:

—¿Estás chiflada o el sol te afectó el cerebro?

Era tan serio todo esto, empero, que el silencio se abatió sobre ellas y sólo sus mandíbulas lentas dando cuenta de las medialunas, el trasiego del café por sus gargantas y los coloridos sonidos de insectos y pájaros recordaron la presencia de seres vivos durante una pausa larga, larguísima.

—Amiga querida —Siw tomó las manos de Marcé con fuerza—, nadie nace para salvar a nadie. Venimos a ser felices, a cuidar de nosotros mismos. Cuando lo logramos, somos a la vez fuentes de felicidad para quienes nos rodean.

—¿Y los líderes, entonces? ¿Los reformadores?

Siw pensó, cerrando sus ojos de gata.

—En realidad, vienen a hacer su propio camino, su propio autodescubrimiento... Otros, que no lideran grupos ni discursen, que simplemente viven, con la sabiduría de su ejemplo callado nos dicen más cosas que llenándonos de palabras...

—Siempre creí que habías venido a algo especial... bah, quiero decir, por esto de que caminas alejada del suelo, puedes hablar con animales y entenderte con cualquier persona en su idioma, sin haberlo estudiado... —Marcé parecía desencantada.

—Oye, oye, no te confundas. Claro, clarísimo que he nacido para algo especial. Todos, todos los que nacemos lo hacemos para algo en especial... Sólo que debemos descubrir para qué vivimos...y en eso se nos va la vida...

—Me estás hablando del sentido de la vida... —entendió su interlocutora.

—De eso te hablo. Aunque parezca que no, a todos les es dado encontrarlo. No creas, tampoco yo me las sé todas... Quizás sea por aquello de que “todos son llamados pero

pocos los elegidos”... ¡Es una gran responsabilidad encontrar el sentido de la propia vida!

—¿...?

—Claro, amiguita. Cuando lo descubres, tienes que comprometerte con él...

—¿Eres feliz, Siwari?

—Sí, Marcé. Siempre lo fui, aunque no he dejado de sentirme forastera en todos lados. Ni recuerdo ya cuándo descubrí que si Dios está conmigo, morando en mi débil corazón y en mi débil voluntad, soy fuerte como el acero pero también flexible como un junco...

Al decirlo, fue como si un cono de luminosidad la envolviera desde la altura...

El día transcurrió maravilloso. Escucharon música radial, chimentaron sobre vestidos de novia y, sobre todo, rieron mucho, rieron sanamente, rieron, rieron...

A la caída del sol, mientras guardaban sus petates para emprender el regreso, Siwari notó que dentro del coche tibio se habían instalado dos abejorros ruidosos y pululantes, que se negaban a abandonar el lugar. Sabiendo que Marcé era muy miedosa, mentalmente les pidió que salieran, pues afuera encontrarían otro sitio más agradable donde estar...

—Os agradezco vuestra hermosa presencia, pero ahora debo marcharme —terminó con su sonrisa compradora.

Los insectos describieron una cabriola de despedida y salieron volando.

Mientras aceleraba en dirección a La-Bé-Rhin, transida de emoción ante la belleza indescriptible del universo que se iba durmiendo a su alrededor, se dijo una y mil veces, mientras Marcé cabeceaba, somnolienta, a su derecha:

—Aquí estás, mi Dios, siempre estás aquí...

XLII

Días antes de su decidido regreso definitivo a La-Bé-Rhin, entró Siwari en casa y, sin interrumpir, tomó asiento junto a Iliar frente al televisor. Poco amante de las noticias, la mujer sabía, no obstante, que era imprescindible conocer aunque fuera someramente las cosas que ocurrían en la superficie de este mundo. A veces, esas mismas noticias la impelían hacia el jardín y, de allí, al cielo.

El sillón en cuestión era muy mullido; su interior de plumas invitaba a un merecido descanso y ella se arrellanó bien dispuesta. Pronto, sin embargo, las imágenes coloridas y veloces de la pantalla la pusieron alerta: dos nuevos coches-bomba habían terminado con un edificio y decenas de personas. Las escenas del horror se tornaron insufribles y cerró los ojos. De inmediato dejó su cómodo lugar y salió a respirar a la calle.

Los últimos vecinos que pasaron la saludaron con calidez y dudó si entrar de nuevo en casa. A lo lejos, Venus dominaba el firmamento color carmesí subido y, adivinándole un guiño, la mujer caminó en su dirección, lo que la llevó al borde de donde comenzaba el desierto. Pensar en su soledad nocturna y en la fría arena calmó el olor a sangre y gritos que le poblaba la nariz. Impactada, dolida terriblemente por la violencia que manaba del televisor (“sí, sí, querida Voz, todo está en equilibrio, pero nadie dijo que deba convertirme en piedra”), caminó sin ideas, sólo con dolor. Como tantas veces, se fue elevando y, de pronto, mientras miraba desde arriba los tejados de su ciudad, estaba parada en medio del desastre de los coches-bomba, a miles de kilómetros de allí.

Esa noche, un anciano juró y rejuró a sus compañeros de cirujeo y alcohol, refugiados bajo el puente principal de la ciudad, que había visto a una dama de túnica oscura caminando “por allá...”, mientras sus nudosas manos de uñas sucias señalaban hacia las estrellas...

—Bah, bah —ironizó uno de ellos, más joven—, se ve que el último vino que te vendieron era demasiado ordinario...

Siwari se acercó a ayudar. Habían caído mujeres y varones, niños y ancianos, y pequeños incendios duraban aquí y allá, en los edificios: un hotel y una escuela. No reconoció la lengua que hablaban, pero igual los entendió y se hizo entender. Una niña de la escuela, con su delantal ensangrentado, yacía tirada y la miraba desconcertada... Con una sonrisa rota y ya imposibilitada de palabras, extendió una mano hacia ella. La mujer se inclinó y le recibió el último suspiro... ¿Hija de quién sería este angelito cuyos ojos acababa de cerrar?

Tras un montón de escombros, una mujer embarazada, jovencísima y con el cabello mezclado con sangre y tierra, se bamboleaba en su posición de sentada... Un charco oscuro color bermellón se iba agrandando debajo de ella. Siwari se comunicó con el niño de la panza: era varón y no sobreviviría, aunque su madre sí.

Era un loquero, una vocinglería, un nuevo infierno de Dante...

De repente, Siwari se descubrió estudiando nuevamente con interés las aristas bañadas de luna de los techos de su ciudad y se dejó llevar hasta la orilla opuesta al comienzo del desierto. En aquel lugar existía un delicioso jardín público, donde el empecinamiento de las autoridades lograba hacer reproducir todo tipo de flores. Acequias artificiales se inter-naban aquí y allá, entre las plantas y matas de arbustos. Glorietas de sin par belleza cobijaban a parejas sentadas en

los bancos de obsidiana y tendían una sombra invisible sobre amplias extensiones de césped y laja.

Al embrujo de la luna, brillante y grandiosa, Siwari se metió por entre los senderos y los parterres, hasta encontrar una mínima cascada artificial. Allí se arrodilló para dejar correr el agua por sus manos, arrullada por el rumor de besos no muy lejanos... A medida que se iba serenando y volviendo a ser ella misma, lejos del miedo y del dolor, el rostro de Pantier llenó su mente y ella esbozó una sonrisa: se preguntó si nunca dejaría de amarlo... ¿Dónde andaría?

Después de su huida, después del dolor y de su maternidad abandonada, Siwari había enfrentado la pérdida de su mitad más amada, y hasta había podido llegar a interpretar aquella extraña conducta masculina. ¡El miedo, siempre el miedo...! Todos los errores humanos, todos aquellos que se dicen pecados... nacían en el fondo de las cuevas del miedo...

Por primera vez en tantos, tantos años, Siwari se dio cuenta de lo muy sola que estaba. Aunque recordaba a sus padres queridos y aunque a veces los dos visitaban e iluminaban sus sueños, ahora percibió la otra soledad, ésa que no amaina ni haciendo lo que se desea: la del complemento... Súbitamente, se dio cuenta de que había olvidado incluso el sabor frutal de los besos...

A cortos pasos emprendió el regreso a casa. Iliar ya no estaba y Siwari se sentó a la mesa de la cocina, bebiendo sin parar varios vasos de agua. De pronto palpó algo en su bolsillo y lo sacó: ¿qué hacía allí el anillo azul de Belajo?

A la suave luz de la lámpara colgante, miró de nuevo la extraña inscripción, infructuosamente. Aún no le había sido dado descifrarla... “Paciencia”, susurró su Voz Interior.

Normalmente, para conciliar el sueño solía leer un libro siempre presente en su mesa de luz. Sin urgencia, dejando

que las palabras la fueran impregnando. “Las palabras”, le había susurrado una vez el viejo nol, “tienen un efecto mágico: o construyen o destruyen. Cuando sean malas, déjalas resbalar sin juzgarlas; si son buenas, embébetete de ellas y llenarás tu alma de luz”.

—Ah, veo que me estás recordando —dijo, sorprendiéndola, el nol, sentado en la esquina de su mesa de luz, mientras movía las piernas diminutas que colgaban.

—¡Hola, pequeño amigo! —su alegría fue sincera, chispeante; irradiaron sus ojos.

—Basta de tristeza, mujer. Te necesitamos saludable y hermosa, como siempre—. El nol saltó sobre un hombro femenino y, tomándose de los largos cabellos, comenzó a columpiarse...

—Hey, hey... ¡Vas a despeinarme, pequeño!

—Justamente para eso lo hago... Deseo despeinarte la tristeza, revolver tu dolor y arar tu arena... ¡Florece de una vez, sonríe, Siwari! De lo contrario, jamás sabrás lo que dice el anillo...

Siwari recordó a Belajo, ofreciéndoselo. Y advirtiéndole que sólo lo descifraría y podría llegar a la Comarca del Aire Dorado si obtenía dos virtudes: serenidad interior y desapego.

—Así es, Siwari —recalcó el intrusillo marrón—; si te quedas pegada a los hechos y al dolor, tus cadenas crecen y crecen, largas, largas como las raíces de los baobabs. Y el corazón te echa raíces donde no debes, hija...

—¿Echar raíces?— ¡Era tan gracioso este nol arrugado y sabio!

—¡Claro, niña! Tus raíces sólo deben crecer en el cielo, en el espíritu, en esas magníficas regiones que visitas cuando te elevas...

Siwari pensó en lo razonable que era. Pensó en su necesidad de descifrar el mensaje de la cara interna del anillo. Pensó en Belajo y en cuánto lo había amado... ¡En cuánto amaba a este nol travieso! Con una mano delicada lo tomó y lo colocó en el borde de su velador encendido...

–¡Ay, Siwari, que me quemo las asentaderas! –dio un salto tan fenomenal que quedó trepado en el bandó de las cortinas del dormitorio.

Siwari sintió entonces cómo el dolor se le desprendía cual si una costra, fácil y seguro; pudo dormir relajada y decidida, de una vez por todas, a no sufrir más...

XLIII

Un período de paz y sosiego había disuadido a Siwari momentáneamente de su deseo de regreso. Iliar la observaba gustoso: mamá parecía haber vuelto a florecer. La primavera le llenaba el rostro de luz suave y rosas solitarias, y los ojos mansos, de espejitudes celestiales. Por algún motivo extraño, últimamente la vecindad de su vivienda estaba plena de libélulas plateadas y aves de plumas salpicadas como de polvo de oro. Las autoridades municipales, consultadas por los habitantes de la barriada, no supieron dar razón.

Aunque a Iliar no le era dado verlos, sabía, por revelaciones maternas, que las hadas rondaban la casa y los noles impulsaban su vegetación hacia un más rápido y fuerte crecimiento: en esos días, las plantas de habichuelas parecieron llegar, por invisible escalera, al cielo.

Las horas de la tarde sorprendían invariablemente a Siwari jugando con el anillo, escrutándolo para arrancarle su tesoro. Ansiosa al principio, la mujer fue comprendiendo con lentitud la antigua enseñanza de Belajo: ¡despréndete, despréndete de todo lo que ate tu corazón! También de la ansiedad por saber, que puede ser una de las peores ansiedades.

Desapego. Desapego y serenidad. Su Voz Interior aplaudía, Espejo Blanco insistía en que cuando el corazón se desapega, entra en serenidad. Empezó a caminar su búsqueda sin obsesiones e inició nuevas rutas, distintas de las usuales. Orientó sus siguientes caminatas hacia otras áreas del firmamento.

Una de aquellas noches se elevó rozando apenas los tejados. Era muy tarde pero algunos habitantes nocturnos correteaban todavía por allí. Escuchó, entonces, un gorjeo

desacostumbrado. En él había dolor y ella reconoció un miedo visceral. Descendió sobre una terraza donde un gordo gato blanco había desbaratado una jaula con dos canarios y retenía ahora a uno de ellos, pronto a comérselo.

—Déjalo, gatito —instó Siwari, apoyándose suavemente sobre el piso.

—¡No! Es mío. Es mi comida.

—Sálvame, por favor.

En estas palabras... toda la confrontación del universo. Vaciló. ¿Ayudar al ave? ¿Ello cambiaría un ápice la historia? ¿Quién era ella para alterar las leyes naturales?

—Ayúdame.

—No, déjame comer.

Voz Interior se agitó inquieta: parecía no saber qué aconsejar. Sin mirarlo, Siwari hizo girar el anillo azul de su dedo con otro dedo. Volvió a elevarse, sin una mueca. Prefirió dejar que la historia siguiera su curso.

En medio de su sueño de la serpiente que despedía luminosidad de oro y que en la hondura de sus ojos sabios revelaba el mundo, esa noche vino Aló-i a su encuentro. El rostro contraído, fruncido el ceño y sin luz sus pupilas, le pidió ayuda. “Estoy mal, Siwari”. “¿Qué tienes?”, indagó su hermana. “Me duele el corazón”, se llevó las manos sobre el pecho. “Deja ya de tanto trabajar, dedícate un poco al descanso y a tu familia, ríete con tus amigos”... La voz de la mujer se evaporó en el sueño.

Durante tres noches consecutivas soñó la misma queja de su hermano. Las tres mañanas siguientes habló con él por teléfono. “Quédate tranquila, hermanita”, fue siempre la respuesta. Cuando quiso hablar con su cuñada, ésta estaba

en viaje de placer con unas amigas... ¡Ahá! Solo. Aló—i afrontaba su loca vida solo.

Siwari realizó por esos días largas caminatas terrenas por todas las zonas verdes de la ciudad. Pensaba en su hermano, en Adián —la ciudad de los Bancos y las Bolsas—, en el viejo dolor de Bazul por este hijo... y en su consejo de no sufrir.

Frente a la grandiosidad del vecino desierto, oró Siwari por aquel pecho oscurecido, que ya en su juventud había perdido la poesía, cambiándola por el tintineo inconfundible de las monedas... “Y tras ese oro perdió su fuente de oro”, pensó, dando un respingo. “¿Y eso?”

Este miércoles hacía una siesta tórrida. Refugiada en un banco de obsidiana de las glorietas de su ciudad, Siwari había cerrado los ojos y cobrado posición meditativa: la naturaleza la rodeaba, insectos zumbantes, rumor de acequias, trinos sutiles que no deseaban perturbar. De repente, sintió un arduo dolor en el pecho y se apoyó allí las manos.

—¡Aló—iiii...! —gritó, a tiempo que corría velozmente a casa. Se sentó, agitada, frente al teléfono. Tres horas más tarde, lo atendió, por fin, para recibir la noticia de la muerte de su hermano.

—¿Qué fue, Voriel? —quiso confirmar, pues ya lo sabía.

—Su corazón, hermanita —se hizo una larga pausa. Ella, de pronto, cobró cuenta de que estaba indecisa. La voz de Voriel la decidió: —No vengas. Es demasiado esfuerzo... Recuérdalo así...

Una breve intención de protesta...

—No, no vengas —insistió el hombre—. Yo lo despediré por ti.

Al regresar de su trabajo, Iliar la encontró hamacándose junto a la ventana del comedor. Algo en esos ojos plácidos le dijo la verdad.

—¿Estás bien? —corrió a abrazarla.

—Sí, mi amor. Quiso doler un poco aquí —señaló su pecho— pero ahora ha pasado.

Más tarde, el hijo reflexionó que tío Aló—i había sido siempre frío y no le habían interesado su familia ni su salud, ni siquiera había cultivado amigos, siempre por cultivar el dinero.

—Era un materialista, madre... —concluyó con pesar.

Siwari miró a Iliar en silencio. Lo observó intensamente... ¡Qué parecido a su padre...! ¿Dónde estaría su padre? Un brote de desasosiego se insinuó en sus entrañas. Corrió entonces frente a Espejo. Y volvió la paz.

Al día siguiente era un pequeño grupo el que se había arracimado en su “sala de hablar”. Iliar, que los jueves permanecía con ella, se sentó entre el auditorio. Siwari escuchó dos o tres preguntas y al responder supo que lo hacía para su joven hijo.

—Cuando la sabiduría antigua nos enseña a no juzgar para no ser juzgados, a no medir al prójimo porque con la misma vara nos medirán, en verdad nos está pidiendo que no confinemos a los otros seres humanos en adjetivos que los descalifiquen... —su voz planeó como una paloma suave sobre el auditorio—. Pensemos... Si alguien dice de mí que soy tonta, o loca, o borracha... me está privando de ser un montón de otras cosas buenas, me está quitando la libertad... —otra pausa. Siwari caminó hacia un costado.

—No tenemos derecho a quitar la libertad a los otros... recuerden que hay cadenas físicas y otras más sutiles, que no se ven pero atan y destruyen... Nuestras palabras son cadenas... ¡Cuidado!

Una mano se levantó para dar paso a una duda:

—Entonces... ¿qué pasa con todas esas personas malas o dañinas, ésas que sabemos alejadas del espíritu?

Siwari pensó.

—Mirad, sólo se me ocurre que debemos protegernos de ellas, para que no nos aparten del camino que elegimos... Pero en última instancia, ¿qué sabemos nosotros del mal?

—Cada uno de nosotros —continuó en otro momento— busca su felicidad. Inquieto está nuestro corazón en busca de Dios. Sólo que a veces ponemos en su lugar otras cosas: el placer, el conocimiento, el dinero. Entonces no sentimos satisfacción total —se detuvo. Escuchó los sonidos murientes de los vehículos nocturnos—. Os explicaré con una imagen: creo que todos nosotros nacemos como un gran trozo de madera o de mármol. Dentro, muy dentro, está quien verdaderamente somos: un yo interior maravilloso, pero muy esquivo, que debemos encontrar... Somos nuestros propios escultores: debemos sacar de nuestra roca exterior la bendita forma de lo que somos por dentro...

Luego:

—¿Qué pasa con los que consideramos equivocados?

—Creo que no buscan, o buscan mal, su forma interior, su esencia... Pienso que el mal, aunque causa daño, realmente no es mal. Es camino errado, es oscuridad y equivocación. Por eso se nos ha enseñado a no juzgar... ¿Lo entendéis?

Siwari calló, reflexionando mientras daba unos pasos. El silencio expectante de los asistentes la seguía. Agregó:

—El sol sale sobre justos y pecadores. Por eso no nos corresponde juzgar...

Iliar permaneció muy pensativo luego de la reunión. Ahora, las ventanas abiertas de par en par sobre el jardín dejaban penetrar, en la estancia donde madre e hijo se encontraban, perfume a noche saturada del concierto de los grillos. Allá afuera, una ronda de luciérnagas ponía brillo de esmeraldas entre las plantas.

–Ven –llamaron las luciérnagas.

Y mientras caminaba hacia ellas, Siwari entendió que Méntori, Aló–i y Zarús eran, quizás, de aquellos que no habían dado con el cincel y el martillo correctos... o con la precisión necesaria para esculpirse otra historia. Una historia más benévola. Hizo girar el anillo enigmático, en el dedo de siempre, con el dedo de siempre...

–¡Hola! –corearon las luciérnagas cuando llegó Siwari.

–¡Hola! –respondió con voz aliviada. Se sacó el anillo azul y lo sometió a su ampliada luz de terciopelo verde:

–¿Sabéis qué dice aquí? –les preguntó.

XLIV

Decidida, por segunda vez, Siwari emprendió por fin el regreso el día de las lunas rojas. Volvieron con ella Espejo Blanco y todas las experiencias de las que había aprendido... No Iliar, que había elegido permanecer en Mizún.

El regreso a La-Bé-Rhin, esta vez, no fue sólo por aire. La viajera tomó toda clase de transportes terrestres: le agradaba escuchar otras lenguas, hablar con las personas, oler la tierra, comer la comida y beber el agua de los territorios atravesados.

Una tarde, viajando en un tren, llena de polvo y transpirada, descubrió un árbol, un solito árbol allí afuera, lejos. “Así me veo”, se dijo, “tratando de unirme a la tierra con las raíces y, con la copa, al cielo. Como un árbol”.

En la siguiente estación subió un monje y ocupó el único asiento libre, frente a Siwari. Ella le convidó agua y un emparedado y la conversación fluyó libre y concisa. Le contó de su imagen como árbol.

—¿Sabes, Siwari? —le enseñó él—, los alquimistas creían que el árbol es el camino y el crecimiento hacia lo que no cambia y es eterno. Te presiento presa de cierta inquietud... Cálmate. Ya estás llegando a donde quieres, pero si no te tranquilizas, pasarás de largo sin siquiera darte cuenta...

El monje había sembrado un nuevo enigma. Pensando en él llegó Siwari, por fin, a la casona de piedra familiar.

Ésta le franqueó el paso con música de goznes.

—Perdóname, hija —se excusó su vecina cuidadora, por el aceite inexistente. La aludida rió, extrañamente feliz hasta de la falta de aceite. Recorrió casi místicamente cada estancia de la casa solariega. Recuerdos, hermosos recuerdos de

papá y mamá, de Iliar pequeño, de sus pasados sueños de futuro... La infancia recuperada. En la cocina, frente a los colgantes cacharros de cobre, un grupo de lucecitas inició su loca danza aérea al verla entrar. Siwari se acercó a ellas con gesto acariciante. Su vecina, que la seguía de cerca y en silencio, no pudo entender por qué Siwari sonrió ante las luciérnagas.

Ya sola, telefoneó a Pupé para pedirle que volviera a trabajar y luego salió al jardín... “Todo está como era entonces”, pudo confesarse, a tiempo que abría el chorro de agua de la fuente. Se sentó mientras presentía que una ronda de mujeres con cántaros sobre la cabeza la apoyaba. Tragó su insinuación de nostalgia. Más allá, acarició los bordes del asiento de hierro. “Lo pintaré de nuevo”, sentenció.

La soledad de ese espacio, el resplandor de los bucles de aire que parecían enredarla y la visión de Árbol, más atrás, la llevaron –casi inmaterial– hasta su leñoso abrazo. “Árbol...”, murmuró sentándose y experimentando el más sincero del último tiempo. “Te he extrañado mucho”, confesó mentalmente. “También yo”, fue la respuesta. Al día siguiente, había reverdecido y, aparentemente, ganado en esplendor y altura.

Espejo Blanco se acomodó a sus anchas detrás de la antigua cortina de su antiguo dormitorio. Le susurró que había esperado con ansiedad este momento.

Al día siguiente, en la sencilla mesa bajo la glorieta, merendaban Marcé y Siwari. ¡Qué abrazo cálido las había estrechado! Ceñidas fuertemente entre eufóricas y emocionadas, las amigas pasaron varias horas hablando de hijos, nietos y actividades realizadas durante su separación. Horas que obligaron a cambiar el té por vasos de jugo y entremeses, al caer las sombras sobre el mapa de La-Bé-Rhin.

Cuando la visitante se fue, quedó flotando su última pregunta:

—¿Qué harás ahora, Siw?

La noche lila de breve luna la llevó en brazos de la brisa hasta los acantilados. Buscó un lugar y descendió, liviana, hasta la pedregosa playa de allí abajo. Las hadas translúcidas y el viejo nol estaban construyendo un sobrio castillo de arena.

—¿Qué hacéis? —preguntó mientras se acercaba al grupo.

—¿Estás por encerrarte en tu castillito? —ironizaron a coro.

Lo pensó...Se rió. Sacudió la cabeza llena de incertidumbre. ¿Qué le convenía hacer a partir de ahora?

—Sois insoportables —amenazó con todo su rostro sonriente y siguió caminando. Luego volvió a ascender: un sonido rítmico y ronco se dibujaba en el borde acantilado...

—¡Que sorpresa! —dijo a las hilanderas que con sus ruecas devanaban unas hebras de oro...— ¿Estáis tejiendo algo especial? —se asombró.

La decana de las tejedoras nocturnas la miró con ojos resplandecientes de amor:

—Es tu vestido para emprender el viaje a la Comarca...

Permanecieron juntas, en silencio, hasta la madrugada. El vestido no había adelantado mucho, de todos modos...

Marcé y ella salieron de compras.

—Sólo para recordar mi ciudad... —acotó la recién regresada, ajustando su paso y llevando muy urgida a su amiga a lo largo y ancho de La-Bé-Rhin, tironeándola de aquí para allá con pocos prejuicios y sin reparo alguno.

—¡Cómo ha crecido!

–Sí–admitió Marcé– pero su mente y su corazón no tanto; la gente sigue siendo... ¡tú sabes!

–Amiga querida: ¿no pensábamos en otra época que es mejor no confinar a las personas tras etiquetas?

Carcajearon juntas. Era verdad.

Nuevamente pasaron buena parte del día conversando. Marcé deseaba beberse las narraciones de su amiga y escuchó especialmente lo relativo a la búsqueda interior.

–¡Mira que has peregrinado en tu propia búsqueda, Siwari...! –concluyó.

–Aún no he llegado. Aún busco la Comarca. Pero siento que está cerca– mentalmente se le representó una pepita de oro creciendo en un soplo hasta convertirse en fuente. “Fuente de Agua Viva”, susurró su Voz.

–Sin embargo, no creas que durante todo ese tiempo me encerré en una celda, Marcé...

–No te entiendo...

–Quiero decir que mientras iba buscando... lo que sea que busco, nunca dejé de perseguir el sentido de mi existencia...

–Ah, sí... –reflexionó la amiga–. A veces yo no se lo encuentro...

–¡Justamente! Cuando no lo encuentras, debes ponérselo, inventarlo, sacarlo de tu galera de maga...

–¡Maga eres tú! –cerró Marcé y largaron su vieja y juvenil carcajada unísona.

Esa noche Siwari estuvo cansada. E insomne. Aunque deseaba salir a caminar por el aire, comprobó su flojedad. Persistió en posición de acostada y cuando se sintió mejor ya daban cuatro campanadas en el reloj del living. Recordó el cuento de Navidad de Dickens. Con un estremecimiento abandonó el lecho, bajó la escalera de piedra y maderas lustrosas,

atravesó la planta baja y salió al jardín, a la oscura inmensidad. Tímidas estrellas tachonaban, allá muy lejos, el firmamento endrino. Deseó de todo corazón que viniera uno de sus compañeros invisibles. Entonces, un resplandor blanco señaló el descenso de dos hilanderas de la noche. Ambas se pusieron a hilar a su lado, en silencio comprensivo.

—¿Qué queréis decirme, qué calláis?

La más guapa y de mayor edad, dueña de una piel surcada de arrugas y de unos ojos azules profundos como un cenote lleno de joyas, fijó en la mirada de Siwari toda su ternura:

—¿Recuerdas el consejo de Gacela?

Siw asintió con la cabeza, impedida de hablar. Últimamente la memoria de su madre solía enredársele sin solución en la garganta. “¿Te estarás volviendo... sensible?”, preguntó su traviesa Voz Interior.

—Es hora de que te pongas en camino, mujer— la hilandera detectó un breve gesto de cansancio—. No te agites. Estás muy cerca, muy cerca... Te preguntas cómo sabrás que llegaste... ¡Ah! —un suspiro placentero expandió el pecho de la profetisa—. Lo sentirás en tu pecho, en tu corazón... igual a como sientes las respuestas de Espejo Blanco. Ese día latirán tus promontorios dorados, tus ojos parecerán lagos luminosos... Toda tú serás transformada por un proceso alquímico...

Con increíble inocencia, arrobada, Siwari había olvidado los ojos y la boca abiertos... ¡Sí, era hora, ya deseaba emborracharse de toda esa energía...!

—... Y la fuente de oro que se elevará en el centro de tu Comarca, te ofrecerá beber sus aguas mágicas, allí donde anidan eternamente el amor y la paz... Serás... aquella que realmente viniste a ser...

Las hilanderas y las estrellas se desvanecieron como humo y la noche misteriosa rompió a brillar en nácares y rosas; la

creación entera gimió, junto con Siwari, de puro amor... La mujer comenzó a temblar. Percibía en su carne un desplazamiento de napas interiores, de traviesos espíritus sueltos en su mente y en su lengua, bailándole locamente a lo largo de las venas.

Un dolor que ardía perforó por dentro su brazo izquierdo, en el exacto punto donde ella solía tomar el pulso a sus pacientes. Por ese hueco emergió una mínima rama llena de renuevos y de retoños diminutos. Por fin, en la punta de la ramita que creció varias pulgadas, se desenroscó una pequeña serpiente de color oro, que le susurró, telepáticamente: “Enhorabuena, Siwari. Por fin me pariste: soy tu sabiduría”.

XLV

Bazul y Siwari habían caminado muchísimas veces con lentitud, ¿un poco tristes?, por los senderos ocultos de la arboleda del parque más viejo y abandonado de La-Bé-Rhin.

Gacela ya no estaba con ellos. Por momentos, la risa no estaba con ellos... Bazul arrastraba en sus botas marrones el peso de su corazón viudo. Siwari, mientras tanto, se había tornado más callada. Parecía reconcentrarse en sí misma, en incesante silencio.

Luego de cada caminata, habían solido tomar asiento en un banco de piedra bastante carcomido. La poca gente que visitaba aquel sitio, rehuía el banco viejo...

—Mira, papá —señaló ella con entusiasmo una tarde. La luz del sol caía plena sobre una de las mordidas de la piedra y hacía reverberar una mínima porción de materia roja. Bazul observó a su hija: las mejillas se le habían arrebolado, la frente se veía tersa y una sonrisa maravillosa tensaba su boca.

—¿Qué ves, hija? —se obligó a preguntar.

Siwari le relató un cuento fantástico sobre lo que veía, algo acerca de colores y brillos, música y naves voladoras... Bazul la escuchó, sorprendido, una vez más, de su propia capacidad de aprendizaje. Esta increíble criatura lo tenía en jaque constante, planteándole un desafío tras otro, un cambio mental tras otro... Empezó a reír francamente y a la pequeña le encantó esa risa: notaba que su querido papá había estado triste desde la partida de mami y era hermoso ver de nuevo chispitas en su mirada...

La tarde del color rojo en el banco carcomido, al pasar frente a otro banco del sendero, modesto pero sano, en su

regreso a casa, Siwari dirigió una cálida sonrisa hacia el asiento vacío, y con un gesto amplio y simpático, gritó:

—Adióssssss, Belajo—. Acto seguido, agregó: —Oh, muy bien, gracias— y salió saltando por delante de su padre. “Vaya, nenita. ¿Verá visiones?”. Entonces recordó a Gacela y optó por llamarse a silencio.

Se detuvieron entonces junto al pequeño lago, refulgente a esa hora de tonos plateados. Numerosos patos de todo tamaño y color recibían alimento de dos o tres niños entretenidos en desmigalar una hogaza.

—Ven, niña, sentémonos —invitó Bazul, tocando su barba rubia con descuido. El borde del espacio acuático ofrecía un césped mullido y ambos cayeron allí con placer. Dos segundos duró la quietud infantil; Siwari se acercó a los niños y les pidió pan. Como se lo negaran, caminó hasta el propio límite en que el agua lamía el pasto y llamó:

—Patitos, patitos —acompañándose de palmadas livianas.

Cuando los plumíferos habitantes del agua se acercaron, la atrevida mujercita inició con ellos una conversación animadísima, a tal punto que los párvulos del pan no volvieron a conseguir que los animalillos aceptaran sus migas.

—¡Niñas! ¡Puaj! —despotricaron los frustrados alimentantes, abandonando sin ganas el lugar, que quedó más solitario que antes.

Bazul no salía de su asombro. En un momento se dio cuenta de que si no cerraba la boca, una mosca caería en ella. Sin embargo, así era: aunque Gacela se había ido, le había dejado esta maestra que, a cada paso, era capaz de enseñarle, sin esfuerzo y con la mayor inocencia, que ni los seres humanos ni los acontecimientos del mundo son ordinarios. Entonces él podía embriagarse imaginando la profundidad de los niveles en que mujeres y varones sobrevivían, interactuaban y soñaban. Entonces todo era perfecto, todo era amor, y

entonces, finalmente, Siwari podía percibir el mágico mundo que renacía en papá, impregnado de bellezas ocultas...

Una mañana la Siwari adulta se levantó liviana, ligera, diríase sin huesos ni dientes, nada que no fuera su propia carne espiritual, su propia sutileza de zafiros y esmeraldas. Apenas deseó tomar el jugo de naranjas exprimidas con gro-sellas, típico invento de Pupé, que ya la amaba con toda fidelidad.

Cuando la joven la vio enfilar para el fondo, le advirtió que estaba lluvioso, gris y deprimente...: –No salga, señora...

–¡Pero yo estoy feliz, Pupé! Voy a inventar mi propia alegría –y caminó hacia los parterres posteriores, ahítos de flores llenas de lluvia, copas de cristal transparente en concierto feraz con ese universo que le pedía devoción. “Ven a mí”, le oyó decir desde cada rincón de humedad y verdor.

“Ésta es mi región espiritual. Siempre lo supe y, sin embargo, sólo ahora lo sé”. Pensó en los miles de kilómetros cuya memoria guardaban las plantas de sus pies. Evocó palabras, miedos, sentimientos; decenas de caras ansiosas, sabias y estultas se le mezclaron; ríos, avenidas y cuevas holladas por sus talones le vinieron al encuentro. ¡Y todo, todo, había estado siempre allí, al alcance de sus manos! ¡Belajo, Belajo querido, dónde estaría ahora! “Tú me habías dicho que todo estaba en mi corazón”.

Siwari caminó hacia Árbol; lo rodeó, acariciando su tronco maravilloso y pegando una oreja sobre él: pudo sentir palpar el curso de la savia, de la vida... Sus hojas, ¿nunca las había mirado?, verdecían de puro terciopelo, de pura humedad, de ternura exquisita. “Perdóname”, murmuró y cortó una de ellas para luego partirla en dos. Aspiró el perfume de la

savia y éste ascendió hasta su cerebro, para estacionarse en el privilegiado sitio de los sueños...

—El Reino que buscas está por fin allí —le había señalado Belajo un día, apuntando su dedo directo al esternón. Instintivamente, Siwari había tocado su Signo, percibiéndolo tibio y suave...

Sí, había corrido mucho mundo detrás de la Comarca, detrás del Aire Dorado, detrás de la Fuente. Había escuchado que las aguas de esa fuente le darían vida eterna, agua viva para su eterna sed... Con infinito cuidado, la mujer tomó el dedal blanco de Belajo, extrayéndolo del fondo de un bolsillo de su batón rosado. Luego hizo lo propio con el Anillo Azul. Gruesas lágrimas velaron un largo rato su visión. Sentada en el borde de la ordinaria fuente de su jardín, el agua resplandeció y tuvo sed. Inmensa sed, su sed de todos estos años, de todos estos caminos, de todas estas raíces. Colocó las manos como un cuenco, las llenó de aquella bendita agua y bebió como nunca antes bebiera. Mientras el líquido iba acariciándole la garganta, en ese mágico instante de todas las humanas comprensiones, la Voz Interior le reveló que lo importante, para permanecer en el Reino de la Fuente de Oro, era jamás perder la conciencia, jamás caer en tentación de sustituir lo esencial por lo transitorio...

Cuando quedó ahíta de beber y llorar, cuando perdió noción de si ella era de carne y hueso o de aguas, cuando todo el verde y la fina garúa del parque le saturaron el alma y los ojos... levantó su mirada hacia Árbol Sabio y... de repente, Árbol era una fuente dorada de la que emanaba la mejor energía, la amorosa energía de la naturaleza palpitante. Corrió hacia él y se tiró contra su cuerpo vivo para ser abrazada, y sollozó, sollozó, sollozó...

Las nubes bajaron como versos a besarla, le acariciaron la frente y humedecieron su cabello... El amigo nol, más color

tierra y arrugado que nunca, se sentó arriba de una rodilla de Siwari y dio luego un espectacular salto sobre su coronilla.

–Mira, mira qué te traigo, amiga –dijo a tiempo que le extendía la túnica dorada que las hilanderas confeccionaran para ella... Siwari se la enfundó cuidadosamente por la cabeza, la adaptó sobre su delgado cuerpo y fue entonces cuando sintió que una música desconocida, diferente, la envolvía y elevaba, sin que la lluvia la mojara... ¡Oh, Dios, esta música salía de ella, era ella; su carne, sus huesos, sus órganos... qué armonía!

Caminó por el cielo, fresca, niña, tierna y osada. Dio volteretas y cabriolas en el aire; qué felicidad este estar sin peso ni preocupaciones, esta respiración alegre que la confundía con todo lo que la rodeaba...

Cuando jugó lo suficiente, cuando las luminosas hadas de nácar y los noles tuvieron que pedirle que se serenara, bajó hasta Árbol–Fuente y se sentó. Sólo muchos, muchos minutos más tarde, salió el sol y su túnica se convirtió en un pétalo de rosa. Sólo entonces miró dentro del dedal: los ojos de mamá sonreían aliviados. Y sólo entonces el Anillo Azul le reveló su mensaje: “Dios está dentro de ti, tú eres tu propio dios”, decían sus antes insondables jeroglíficos, “no lo busques afuera; busca en tu interior la auténtica felicidad”.

Por la tarde sus sandalias sin tacos recorrieron el olvidado trayecto hacia el hospital. Pidió trabajo. Quería permanecer en la Comarca del Aire Dorado, donde residen los verdaderos afectos... Donde se construye lo sencillo: el trabajo cotidiano y el amor.

Al pensar en el amor pensó en Pantier otra vez: nunca lo había olvidado. Y aunque era su voluntad ser feliz aún a solas

y pese a todo, recordó el día que lo conociera, justa, justamente el de su primera bilocación...

Una semana llevaba ya trabajando en su viejo hospital – como si jamás hubiera abandonado La–Bé–Rhin– cuando vio entrar en la sala de primeros auxilios a Pantier. La urgencia que atendían sirvió para disimular el encontronazo. Más tarde, con dos tazas humeantes sobre la mesa del refectorio del hospital, los antiguos esposos se reunieron.

Siwari tenía la boca sellada. Él, por el contrario, confesó que llevaba años buscándola...

–¿Por qué no le preguntaste a papá? –sonó escéptica.

–Le pregunté. Su respuesta fue: “Si tienes que encontrarte con ella, las cosas se darán solas”.

“Sí”, se dijo Siw, “típico de papá”.

Luego de entonces volvieron a frecuentarse.

–He cambiado, Siwari. Soy diferente.

Ello lo intentó. Vaya si lo intentó. Pero amaba demasiado esta libertad interior, su capacidad de no llevar cuenta de lo que los otros pensaran sobre ella... ¿Sería cierto que él había perdido el horror de verla caminar por el cielo? ¿Sería cierto? ¿Son ciertas las promesas de esa clase después de tanto tiempo...? En verdad, curadas las antiguas heridas, aunque a veces los cambios de clima las hicieran picar un poquito, ya no le importaba...

Con el tiempo, Pantier dejó de insistir y fueron, al menos en las palabras, los mejores amigos...

–¿Cómo está Iliar?– Pantier la trajo de vuelta a la mesita del bar que compartían y ella lo miró con ternura...

–Bien, muy bien. Ayer habló por teléfono...

–¿Sabes, Marcé? Sin él, las manzanas aún saben a manzanas y el sabor del agua es igualmente excelente.

Mirando, penetrante, los ojos de aquella tan querida amiga, con voz profunda y suave y casi en un susurro que se confundió con la brisa que jugueteaba por allí, agregó:

—Tal vez...sólo tal vez.....si un día las manzanas y el agua dejaran de saber como hoy.....Si la nostalgia me ciñera...

—¿Qué, qué...?— apremió su interlocutora tras un largo silencio.

—...¡Nada! Volvería a centrarme en mí misma, armonizada con la creación...

El ocaso, que iba cayendo cual cobre espeso sobre sus cabezas, se puso de pronto morado y todo el universo pareció aletargarse, dejando un extraño brillo de perlas en las pupilas maduras de la mujer.

XLVI

–No, querido Iliar. No regreses. Si amas tu ciudad, si has cultivado amigos o amores, si tienes tu trabajo... ¡honra todo aquello!

Iliar había recibido un correo electrónico de su madre, con el emocionado relato del descubrimiento de su Comarca del Aire Dorado. Por eso la había telefoneado en respuesta:

–Yo también quiero ir a encontrar mi propia Comarca –y de allí la cariñosa negativa de la médica.

La rutina se había tornado una excusa para alimentar el alma, una razón para el cultivo de nuevos amores cada día. Siwari sabía ahora que cualquier persona puede transformar el barro en oro o en diamantes, la noche en día, la indiferencia en amor. Cada paciente que atendía le dedicaba su confianza y su mirada, le transmitía calor en los apretones de mano... “Somos seres extraordinarios. Todo lo creado, humanos y cosas”, solía confesarse.

Fue por entonces que dejó la medicina para siempre. Confiaba en que el Universo la conduciría, cuando correspondiera, a nuevos rumbos de actividad.

Al volver a casa, la dulce soledad la contenía: disfrutaba de la lectura y de la música, de meditaciones diversas y charlas con las hadas y los noles. Una sola vez había regresado en un sueño la serpiente iluminada, aunque persistía en el interior de su brazo la breve marca de su nacimiento. Todo le hablaba, hablaba con todo... Si gris, gris; si verde, verde... Ahora no preguntaba tanto... Escuchaba más...

Uno de aquellos días estalló en su alma un bouquet de recuerdos y salió apresurada por la ciudad: el banco de Belajo estaba solitario, pero permanecía a su alrededor la lúcida

presencia; la pared eternamente curada por Lúhar había dado paso a un negro galpón de depósito de mercaderías y ella extrañó el jardín de sus confidencias; recirdó que Zarús había muerto ... Al salir del laboratorio de la universidad se cruzó con Méntori, más viejo que ella pero también infinitamente más enclenque, sus ojos aviesos y llenos aún de tormentas mal contenidas. Lo siguió de lejos hasta perderlo de vista dentro de la biblioteca. Luego lo espió desde el campus: acodado sobre la antigua mesa contra la ventana, gris y grave se hallaba, concentrado, escribiendo.

—Todavía viene todos los días a escribir —le confesó una antigua conocida de la administración—. De vez en cuando saca premios con sus poemas... Aquí ya lo conocemos: cada vez que tiene un arranque de genio, nos apartamos.

Se veía tan acogedora la tarde afuera, zumbante de insectos y musical de aves, que se preguntó por qué Méntori no venía a trabajar bajo un árbol... Dio vuelta sobre sí misma y se apresuró hasta la biblioteca...

—Méntori, Méntori —él casi no la reconoció—. Préstame lo que estás escribiendo, por favor.

—¡No! Todavía no está procesado.

—Dame, por favor. No te criticaré.

Leyó la primera página del largo poema en fabricación. Se lo devolvió con un “gracias” alegre y tornó al campus liviana y alígera... ¡Qué hermoso era aquí, y qué negro dentro de la poesía que acababa de leer! “Todo está como era entonces, salvo, tal vez, mi serenidad”, se dijo, acelerando su coche.

Frente al semáforo de Popíos, Cranor y Manlín sólo encontró recuerdos. Árbol Sabio recibió todas su nostalgia no bien llegó a la casona. ¡Cuánto bien, ah, cuánto bien hacía en la Comarca!

Más tarde caminó internándose por su bosque. La luz se entremetía desde lo alto y recortaba encajes y filigranas en

el suelo cubierto de pinaza. El aroma resinoso y el intenso de las rosas, de fuente desconocida, saturaron sus pulmones. ¿O era de limones mezclados con duraznos y manzanas? Cuando pensó estas imágenes, se detuvo y encendió una pequeña fogata en el íntimo calvero de siempre. Los ojos de mamá, acompañados ahora de los de papá, aparecieron en medio de las llamas. El mundo, aquí, era un refugio. ¡Cuántas veces le habían dicho que uno creaba su propio continente, su propio castillo y labraba su propia estatua...! Su basto trozo de roca a medio esculpir, ¿agradaría a la Inteligencia Cósmica que la sumergía en este abismo de paz?

Extinguió el fuego familiar y volvió a casa. El televisor gritaba horrendas noticias: ella se iría de este mundo y aquello nunca cambiaría. Un remezón conmovió su pecho e imploró piedad y compasión, a quien correspondiera, para los que sufrían... Esta vez no se deprimió.

El domingo despertó al son de campanadas llamando a misa. Un avecilla, sobre el alféizar de su ventana del dormitorio, le dedicó toda la fuerza de sus gorjeos. Ella la saludó. El ave replicó:

—¿Por qué te ves tan joven hoy, Siwari?

Un brinco la sacó de la cama y abrió el ventanal... ¡Ah, cómo lucía!

—Ven conmigo —sugirió el ave.

Y Siwari voló tras el alado ser que la invitaba. Abajo, más lejos aún que los parterres floridos, una ronda de mujeres con cántaros le hizo lugar para jugar con ellas. La más vieja, luego, le susurró: “¡Aprendiste!”, y se le hizo el mediodía aún entre sus amigas.

Cuando quedó sola, se acercó a la fuente y llenó sus manos de líquido.

–Bebo a tu salud, magnífico Universo –declaró, y el agua transparente entró por su boca, atravesó la garganta y llenó de paz y frescura todo su ser.

Las flores cercanas se chistaron entre ellas y se pusieron a advertir a los pájaros y mariposas que circulaban por los alrededores...

–Mirad, mirad a Siwari, por favor. ¡Se ha puesto otra vez dorada y brilla como Venus! ¿Sabéis qué le pasa? ¿Sabéis qué le pasa? –corearon por fin, desconcertadas.

–Es que regresó a sí misma. Callad. ¡Callad de una vez! –instó el buen nol.

Epílogo

Siwari, ignorante de su transparencia, cerró y abrió los ojos varias veces. Finalmente los dejó abiertos de par en par y con gran ternura miró sus manos, sus mismas manos de siempre, llenas de caminos y de historias, dándose cuenta de que estaban llenas de amor y cosas buenas...

“¡Tengo mucha alegría para dar!”, se confesó con temblorosa emoción, en tanto inexplicables lágrimas rodaban por sus mejillas aún bastante lozanas y le abrían un canal de océanos y espacios incontrolables en la garganta...

Llevó entonces los delgados dedos hacia sus cejas, siempre bellas y perfectamente delineadas. Y casi sin sorpresa, casi sin pena...descubrió que el Signo había desaparecido...

De inmediato, en un gesto de complicidad risueña, con delicadeza y sorprendente lentitud levantó la cabeza, y sus ojos de gata, de almendra, de miel perfumada, se fijaron sobre el tejado de la casona, allá adelante...

Siwari-niña estaba sentada ahí mismo, pegada –como antes– su recta espalda a la chimenea, mientras comía con estudiados bocados una manzana y retorció pícaramente el largo lazo blanco del moño que coronaba su grácil nuca. Sus ojos de gata, de almendra, de miel perfumada, se fijaban sonrientes y vivaces sobre Siwari-transfigurada...

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de julio de 2009



Alvarado 2049 – Salta (Rep. Argentina)
Telefax. (0387) 422 9473
E-mail: vmhanne@arnet.com.ar

